

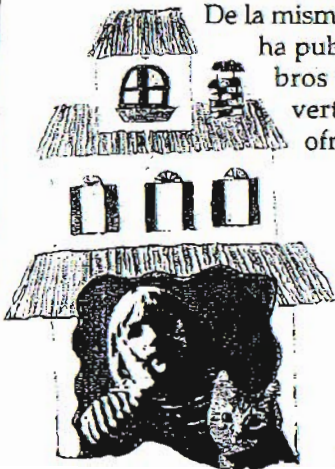


TORRE AMARILLA
a partir de 11 años

La consecuencia más grave para Susi después de la separación de sus padres ha sido tener que vivir en la casa de su abuela y de su tía abuela. Susi ya no soporta un minuto más los regaños, la extrema limpieza y los refranes. De repente se le ocurre una extraña idea para resolver la situación: Encontrarle un marido a su mamá, para así mudarse a un nuevo hogar. Infortunadamente, sus planes no siempre son los más sencillos ni los más prácticos, y por eso, se ve envuelta en un tremendo lío.

Christine Nöstlinger nació en 1936 en Austria. En 1984 obtuvo el premio Hans Christian Andersen, considerado el Premio Nobel de la literatura infantil, por su obra representada en más de sesenta libros para niños y jóvenes.

De la misma autora, Torre de Papel ha publicado muchos otros libros tan interesantes y divertidos como el que aquí ofrecemos.



CC 10266275
ISBN 958-04-2382-2



9 789580 423829 >

UN MARIDO PARA MAMÁ

Christine Nöstlinger

GRUPO EDITORIAL norma

GRUPO
EDITORIAL
norma
INFANTIL-JUVENIL

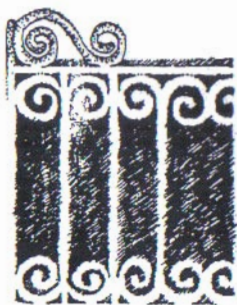
UN MARIDO PARA MAMÁ

CHRISTINE NÖSTLINGER



T O R R E · D E · P A P E L

CAPÍTULO I



En el jardín había una rosaleda. Era redonda y en ella crecían rosales frondosos de flores amarillas. Se llamaban rosas de té, según la abuela, aunque ni tenían el color del té, ni podía prepararse té con ellas. (La tía abuela tenía razón cuando decía: «Ruido y humo son los nombres».)

Susi se paseaba despaciosamente por la rosaleda. Su nombre completo era Susana Alicia Enriqueta Carolina Kratochwil. Se paseaba en torno a la rosaleda y llevaba las manos cruzadas a la espalda y la cabeza inclinada. Estaba componiendo un poema. Lo hacía con frecuencia. Antes tenía un cuaderno grueso color rosa. En la cubierta había escrito: «Cuaderno de poemas: Susana Kratochwil».

Allí había escrito sus mejores poemas con letra de molde, pero un día su hermana lo encontró y le leyó algunos de los poemas a toda la familia. Se paró en medio de la sala y, con los brazos extendidos y a voz en cuello, gritó:

«¡Atención, atención! ¡He aquí la última producción de la joven poeta! *Los Hombres*, por Susana Alicia Enriqueta Kratochwil».

Hizo una pausa y, poniendo los ojos en blanco, dijo:

«¡Les pido silencio!»

Susi hizo cuanto pudo por arrebatarse el cuaderno, pero no lo logró porque su hermana era mucho mayor. Sosteniendo el cuaderno en alto, leyó con voz potente:

Los Hombres

En el mundo los hombres están muy sonrientes.

Y muestran graciosos sus dientes.

Desde entonces Susi sólo componía poemas mentalmente. Así nadie podía reírse de ella. Y eso que su padre decía que le gustaban. Pero papá no contaba. No estaba allí, ni vivía en la casa de la rosaleda de rosas de té. Vivía en una vieja mansión en Alsergrund, totalmente solo. Su única compañía era el gato Felipe. La madre de Susi afirmaba que el gato no había venido con ellas porque los gatos se acostumbraban mucho más a las casas que a las personas. Susi lo du-

daba. El gato Felipe siempre había preferido a papá. Además se alegraba de que el gato Felipe no estuviera allí. La tía abuela Alicia hubiera convertido su vida en un infierno. Lo hubiera cepillado todos los santos días y desempolvado con el plumero. Y le lavaría las patas cada vez que entrara del jardín. Allí la limpieza era lo más importante. Cuando uno entraba tenía que limpiarse los pies en la estera de la entrada durante dos minutos, igual que un caballo que quiere su terrón de azúcar. El gato Felipe no lo hubiera soportado.

La casa era de la abuela o de la tía abuela Alicia. No era fácil determinarlo con precisión. El testamento del bisabuelo no era muy claro. Por eso la tía abuela afirmaba que la casa le pertenecía, mientras que la abuela decía que la casa era suya y que la tía abuela no decía sino bobadas.

Entonces la tía abuela Alicia susurraba:

«¡Nuestro padre, alma bendita, debe estarse estremeciendo en su tumba!»

Al pensar en papá y en la vieja mansión de Alsergrund, y por estar dando el reloj de la torre las seis, Susi compuso el siguiente poema:

*Entre las cinco y las seis
mi mundo se vuelve al revés.*

*Sigue una sombra,
Recuerda un aroma.*

Y no olvides los sueños
que tienes ahora.

«No está nada mal», pensó Susi.

Se lo aprendió de memoria, pero alguien la interrumpió. Era la tía abuela Alicia, que la estaba mirando por la ventana del medio de la sala:

—¡Susana! Está haciendo frío. La altanería sin freno pocas veces trae algo bueno. ¡Entra enseñada en la casa!

Susi entró en la casa. No tenía sentido oponerse a la tía Alicia. Tenía nervios de acero. Si Susi no hubiera entrado de inmediato la hubiera seguido llamando durante una hora con voz quejumbrosa y le hubiera recitado por lo menos diez refranes. Y cuando hubieran regresado la abuela, la tía Irmela y mamá, la tía abuela habría dicho durante toda la tarde: «He estado llamándola desde la ventana como la voz que clama en el desierto. La he llamado hasta reblandecer las piedras. Una hora completa. A mí no me hace caso. ¡A mí no!»

Susi decidió entrar inmediatamente en la casa. Pero antes le quebró el tallo a una rosa de té del rosal preferido de la abuela y pensó: «¡Mañana temprano se habrá marchitado!»

Susi hizo esto a pesar de que le agradaban las rosas de té amarillas y por el momento no tenía nada en contra de la abuela.

Se sentó en la sala en el sofá color azul cielo que la tía abuela llamaba «cheslong», que es una palabra francesa aunque se escribe «chaise longue». Junto a la *chaise longue* había una mesita redonda de una sola pata. La pata era gruesa y redonda y no se podía tocar con los pies porque era muy costosa. Sobre la mesita costosa había un mantel de seda con grandes flecos en los bordes.

Susi comenzó a trenzar los flecos. Trenzas pequeñas y resistentes.

—¡Susana, te lo suplico! —se quejó la tía abuela—. Si quieres hacer trenzas, ve a buscar una muñeca.

—Ya estoy muy grande para muñecas —contestó Susi.

—Entonces también estás muy grande para hacer trenzas —aclaró la tía abuela.

—Está bien, tía —murmuró Susi, destrenzando los flecos.

La tía abuela Alicia fue de un lado para otro de la sala. Jaló aquí, empujó y corrió allá. Puso en orden los pliegues de las cortinas y las carpetas triangulares de las cómodas. Corrió el televisor un centímetro a la izquierda, y la lámpara de pie un centímetro a la derecha. Empujó el frutero hasta el centro de la mesa y corrió la alfombra pequeña para que formara un ángulo recto con la alfombra grande. Sólo dejó en paz al tilo de la sala y a la planta de caucho, pues acostum-

braba decir: «Lo más importante para las plantas de interior es la tranquilidad».

—¿Dónde está Irmí? —preguntó Susi.

«Irmí» era el apodo de Irmela, la hermana de Susi. Tenía catorce años, cuatro más que Susi.

La tía abuela Alicia puso en orden las borlas de la cubierta del piano. Movi6 los hombros y dijo con voz quejumbrosa:

—¿Y por qué habría de saberlo? A mí nadie me cuenta nada. —y añadió—: Creo que fue a casa de una amiga. Una cierta Erna. Pero no sé si fue o no pues es posible que esté hablando por teléfono. Desde que ustedes tres viven aquí se ha duplicado la cuenta del teléfono.

Susi se fijó en la tía abuela, en sus cabellos blancos y delgados, en sus ojos pequeños color azul Danubio y en su barbilla de carnicero.

«¡Cabra vieja! ¡Cabra vieja y mala!», pensó Susi.

La tía Alicia cerró la ventana.

—Hace frío —murmuró—, demasiado frío para principios de septiembre.

—Veintitrés grados centígrados —dijo Susi y le dio un puntapié a la alfombrita para que no quedara tan recta.

La tía Alicia no se dio cuenta de esto porque estaba mirando a la calle que daba al jardín.

—Es indignante —bufó.

—¿Qué es indignante? —interrogó Susi, aunque sabía que la tía abuela no había visto nada indignante.

—Ese Meier, ese mal educado. De nuevo ha estacionado su auto frente a nuestra cerca.

—¿Acaso está prohibido? —preguntó Susi.

A ella le caía bien el señor Meier. Y le caía aún mejor cuando estacionaba su auto frente a la cerca de la abuela.

—Estrictamente hablando no está prohibido —dijo acalorada la tía abuela—, pero es una ley no escrita que la cerca, la acera y la calle frente a una casa pertenecen también a la casa.

—Pues díselo al señor Meier —sugirió Susi. La tía abuela rechazó la propuesta aterrizada.

—¡Yo no me meto con ese mal educado! Y además se ríe, el impertinente. ¡Pero la altanería precede a la caída! Y quien no quiere oír tendrá que sentir. Además yo no tengo auto. Eso tendrán que arreglarlo con él tu mamá, tu abuela o tu tía. ¡Todas ellas tienen auto!

Susi no se aguantaba a la tía abuela un instante más.

Se levantó de la *chaise longue* y abandonó la sala de estar. Se dirigió a la cocina, abrió la ventana y de un salto salió al jardín. Corrió hasta la cerca del jardín de los vecinos. Se encaramó para poder ver sobre los arbustos y llamó:

—¡Beni, Beni, oye, Beni!

No lo llamó demasiado alto porque no quería que la tía abuela la oyera. Beni, Benjamín Meier, era el hijo del señor Meier. La tía abuela se

enfurecería si supiera que Susi trataba al hijo de ese mal educado.

«La manzana no cae lejos del tronco», dijo, y añadió: «¡De tal palo tal astilla!» La tía abuela siempre tenía un par de refranes para cada ocasión.

Beni no oyó a Susi, pero su perro, un sabueso viejo y gordo a quien llamaban Don José, vino hasta la cerca.

—Buenos días, Don José —dijo Susi—. ¿Está Beni en casa?

Don José ladró suavemente. Susi concluyó que había dicho que sí. Saltó la cerca y corrió a casa de Beni. Don José la siguió, jadeando; era asmático y no podía correr rápidamente.

En la cocina de Beni, Susi comió jamón, tomó Coca-Cola y habló de la maldad de las tías abuelas (a lo cual Beni no pudo añadir nada, porque él no tenía tías abuelas).

Intentemos aclarar quién era quién en la familia de Susi y qué tipo de vida llevaban.

Comencemos:

En primer lugar la abuela. Se llamaba Enriqueta Buchinger (Susi había heredado de ella el segundo nombre). La abuela tenía sesenta años, más o menos. Era muy alta, bastante gorda y tenía una voz profunda.

El padre de Susi la llamaba «señora sargento» y hacía todo lo posible por evitarla. Decía que

con verla una vez durante la Pascua era suficiente; sin embargo, ella siempre había sido muy amable con él.

La abuela tenía un negocio en donde vendía las cosas más disparatadas: taburetes, mantequilleras, cepillos para caballos, cucharones con mango de madera, saleros, planchas de metal y ollas de cobre.

A la tía abuela Alicia, ya la conocemos. No tenía profesión. Llevaba sobre sus hombros el cuidado de la casa de la abuela. No sólo limpiaba el polvo, ordenaba y movía los muebles de aquí para allá, sino que además preparaba mermelada de frambuesa con cognac y torta de limón. Odiaba a los hombres. No solamente a Meier; no le gustaba ningún hombre. La engañó un hombre con quien se iba a casar, hacía casi medio siglo. Nunca llegó a la iglesia.

El esposo de la abuela Enriqueta había muerto hacía muchos años. En la sala había un retrato suyo, pero no es importante para nuestra historia.

La abuela tenía dos hijas: Carolina, la madre de Susi, y la tía Irmela, que tenía apenas treinta años. Se veía como de veinte. Era sumamente delgada, rubia y ojiazul, y tenía una naricita pequeña y tierna. En una ocasión Susi le dedicó un poema.

La tía Irmela le ayudaba a la abuela en el

negocio. Siempre atendía a los clientes hombres. Cuando un caballero entraba en el negocio de la abuela — el padre de Susi lo llamaba «el baratillo» — y miraba los ojos azules de la tía Irmela, se convencía de que una mantequillera floreada era precisamente lo que debía poner en su vestíbulo, y no entendía cómo había podido sobrevivir tanto tiempo sin tener en su casa un pie de elefante. O quizás se convencía de que un hombre sensato debía sentarse en un taburete antiguo si quería estar cómodo y que todo hombre de mundo debía tener colgada sobre su cama una pipa de espuma de mar. La tía Irmela se valía de su sonrisa para convencer a los caballeros más tercos y menos inclinados a comprar. Tenía dos hoyitos en cada mejilla y uno en el mentón, y cuando sonreía y miraba con sus ojos azul profundo, hasta el caballero más fuerte terminaba regalándole a su esposa una plancha de hojalata para sembrar un cactus.

La madre de Susi era un poco mayor que la tía Irmela, y no era tan delgada, rubia y ojiazul. Trabajaba en una *boutique* llamada «Soho-Lady». Su trabajo era agotador. Debía saber exactamente qué suéteres y qué faldas se llevarían el año entrante y cuántos abrigos se venderían al año siguiente. También debía predecir si las clientas preferirían abrigos a cuadros o a rayas.

La hermana de Susi también se llamaba Irmela, pero todos la llamaban simplemente

«Irmí». Era muy linda. Era casi tan flaca, rubia y ojiazul como la tía Irmela.

Hasta hace dos meses Susi vivía en Alsergrund con mamá, Irmí, papá y el gato Felipe, en el tercer piso de una casa enorme. Hace dos meses estuvieron de vacaciones en Yugoslavia. En el aeropuerto hubo una pequeña pelea sobre quién llevaría los pasaportes y los pasabordos. Y otra, porque papá compró cuatro cartones de cigarrillos en una tienda *Duty Free*, donde todo era más barato, en vez de un perfume Dior.

Como tales peleas no eran nada raras en la familia Kratochwil, Susi no se preocupó. Se subió al avión y durante todo el viaje entre Viena y Split no hizo más que comer todo lo que le ofreció la azafata. Miró por la ventanilla, admiró las montañas de nubes rosadas, le encantaron el mar, el sol y las sandías. Entre una y otra cosa, pensó que tal vez había dejado en casa, debajo de la cama, una de las aletas de natación.

—Irmí, he olvidado una de las aletas en casa —le dijo a su hermana, cuando el avión aterrizó. Irmí subió los hombros:

—Yo dejé la parte superior de ambos bikinis en el baño —murmuró.

—¿Todavía están enojados? —preguntó Susi señalando a sus padres que esperaban las maletas.

—Parece que sí —dijo Irmí.

—¿Para qué necesita mamá un perfume Dior durante las vacaciones? —preguntó Susi—. De todos modos el agua le quita a uno todo el aroma.

—¿Para qué necesita papá cuatro cartones de cigarrillos? —exclamó Irmi—. No puede fumarse dos cigarrillos a la vez.

Cómo le fue a la familia Kratochwil el resto de las vacaciones, lo sabremos por el diario de Susi.

El diario era cuadriculado, pues en realidad era un cuaderno de matemáticas. Mamá lo había comprado antes de que partieran a vacaciones, diciendo:

«Susi, tienes que estudiar durante las vacaciones. En otoño comienzas el bachillerato y estás mal en matemáticas».

Susi no pensaba echar a perder sus vacaciones con ejercicios de cálculo. Escribió en la cubierta *Diario* y le confió concienzudamente todas sus impresiones. (Claro, sólo las que pensó que valían la pena.)

Podemos saltarnos tranquilamente las tres primeras páginas del diario. Dan cuenta de la compra de un par de aletas y de un bikini, describen el cuarto del hotel, y dan detalles sobre el camarero jefe del restaurante. También cuentan que las olas alcanzaban dos metros y que Susi se lanzó de cabeza tres veces, pero esto no es del todo correcto. Las olas eran solo de

medio metro y Susi se zambulló solamente hasta las rodillas.

Comencemos con el cuarto día de vacaciones.



5 de julio

Irmi pescó un resfriado o tal vez tiene pólipos en la nariz. Ronca tan alto por la noche que me despierta. Anoche me desperté. Me levanté y fui al balcón, porque alguna vez leí que una de las experiencias más sublimes es escuchar el solitario bramido del mar en medio de la noche. El mar está en frente de nuestro balcón, pero no bramó. Estaba en total calma. Iba a empezar a componer un poema sobre el mar cuando oí voces en el balcón de papá y mamá.

Papá y mamá han vuelto a pelear. No sé que hay de malo en eso. Irmi y yo peleamos con frecuencia y sin embargo nos llevamos bastante

bien. Pero el modo como papá y mamá pelean últimamente no es divertido. Mi amiga Bina-Emmy me contó que sus papás discuten tan fuerte que la mitad del edificio oye lo que dicen. Papá y mamá no levantan la voz. Susurran y se oye como el silbido de las culebras. Además, pelean sobre cosas que pasaron hace mucho tiempo. Anoche oí que mamá le decía a papá que hace diez años, cuando yo era apenas un bebé, se había ido solo de vacaciones. Después papá le reprochó a mamá que hace siete años hubiera sacado de la casa al tío Johnny. Dijeron un montón de cosas que no son ciertas, o sólo a medias. Es cierto que mamá se ve un poco cómica con la crema facial de noche, pero no se ve como Drácula. Y papá no sale todas las noches con sus amigos. A mamá tampoco se le deshacen todas las albóndigas. Y papá no gana tan poco dinero como ella dice. Bina-Emmy se sentiría feliz de que su padre tuviera tanto dinero. Sólo de vez en cuando papá se queda embobado mirando a una rubia que pasa. Y a mamá no le duele la cabeza todos los días. Máximo un día sí y otro no.

Con gusto me hubiera encaramado al muro del balcón y les hubiera dicho que estaban equivocados. También me hubiera gustado decirles todo lo que nos dicen a Irmí y a mí cuando peleamos, pero con seguridad me hubieran mandado a la cama diciéndome que eso no era asunto mío.

Hoy, antes de comenzar a escribir, salí y fui hasta su habitación. Todavía estaban dormidos y se veían muy tranquilos. Irmí también estaba dormida. Decidí ir a desayunar.

Ya era por la tarde. Irmí yacía sobre la cama y estaba leyendo una novela policiaca. Seguramente se trataba de una novela excelente, porque no podía dejar de morderse las uñas. Hoy fue un día caluroso. Mamá se quedó todo el día en la cama porque el calor le produce molestias en la circulación. Papá no hizo nada diferente de leer y fumar un cigarrillo tras otro. Me respondió todas las preguntas con un gruñido de perro viejo. Ni papá ni mamá bajaron a almorzar. Mi hermana y yo tuvimos que almorzar solas. El camarero, joven y amable, con dos risos negros sobre la frente, preguntó:

—¿Ton papá et ta māmá ne se sentent pas bien?

(Habla un idioma distinto del nuestro)

Le hice un gesto afirmativo al amable camarero y le dije:

—Sí, sí. Papá y mamá *non bien*.

Nos reímos un buen rato, pero no estábamos contentas.

Pedimos Coca-Cola e hicimos un brindis.

Irmí dijo:

—¡Buen provecho! Qué lindo día de vacaciones —y luego añadió entre dientes—: ¡Qué padres los que tenemos!

Yo le contesté que nadie elige a sus padres y ella respondió que yo lo sabía todo. Lo dijo en son de burla. Comenzamos a pelear, e Irmi salió corriendo del comedor.

He pasado toda la tarde sola. Di un paseo por la playa e intenté hablar con un muchacho, pero no lo logré. Entonces me senté junto a un niño chiquito que hacía tortas de arena. Sólo podía decir «da, da, agú, agú» y cada vez que yo intentaba tomar uno de sus juguetes, empezaba a gritar.

7 de julio

Ayer no escribí en el diario. Fue un día alegre. Papá y mamá se reconciliaron. Irmi dice que son sólo suposiciones mías. De todos modos no han peleado, y eso es lo importante.

Nuestro hotel se encuentra lejos de todo. Uno tiene que caminar media hora hasta el pueblo más cercano.

Mi helado favorito se acabó en el hotel hacia el mediodía, y no quedaba sino de vainilla y de avellana. Ninguno de los dos me gusta. Entonces fuimos hasta el pueblo con papá y mamá a comprar helados. Pero el camino hasta allá es pedregoso y papá dijo que se arrepentía de no haber traído el auto.

Por la tarde papá, Irmi y yo fuimos a navegar en vela. En Viena, en el viejo Danubio, hemos

navegado muchas veces. Es mucho más complicado navegar en el mar. A pesar de todo, fue maravilloso porque me di cuenta de lo alegre que puede ser papá. Por la noche estuvimos hasta tarde en el bar al aire libre donde había una cantante y donde tocaba una banda. La cantante era una morena muy linda, pero, gracias a Dios, papá no hizo ningún comentario al respecto. Sólo dijo que cantaba muy bien.

Después estuvimos paseando a la luz de la luna, sobre la larga pasarela que conduce al mar. Había algunas parejas de enamorados, aquí y allá.

A la hora del desayuno papá y mamá todavía estaban contentos. Mamá le untó un panecillo con mantequilla a papá y papá pidió un jugo de naranja para mamá, lo cual siempre es una buena señal. Después del desayuno fuimos a la playa. Papá se molestó un poco porque mamá llevaba muchas cosas. Opinó que había traído cosas como para una expedición de quince días. Pero mamá necesita todas esas cosas para divertirse. Papá tuvo que cargarlo todo como si fuera un camello: tres colchonetas, un parasol, una almohada de aire, tres toallas, un radio portátil, una caja de galletas y un talego plástico lleno de uvas. (Más tarde, la caja de galletas se llenó de hormigas e Irmi gritaba que se había tragado una hormiga.) También llevaba una bolsa con cremas para el sol, aceite especial para mí por-

que aún tengo la piel delicada de niña, una crema para Irmí porque tiene piel de adolescente, y diferentes tubos y cajas para mamá. Ella necesita una loción en aerosol para las piernas y una gelatina para el vientre.

Mamá estaba muy contenta. Cuando está contenta, hace comparaciones poéticas. Irmí le da gusto, llevándole la cuerda. Estaban sentadas sobre la colchoneta roja, la grande, la que papá tarda un cuarto de hora en inflar. Se untaron sus lociones solares la una a la otra y admiraron el paisaje. El diálogo se desarrolló así:

MAMÁ: ¡Dios mío, Dios mío! ¡El mar! ¡Como seda azul!

IRMI: ¡Y las nubecitas! ¡Como crema batida!

MAMÁ: ¡Mira el sol como una naranja!

IRMI: ¡Y los niños! ¡Tan morenitos como chocolates!

Así duraron una hora. La cara de papá empezó a ponerse cada vez más larga. No le gustan los símiles. A la hora del almuerzo ya estaba furioso. Al pasar una dama con un vestido de seda azul, dijo en voz alta:

—¡Dios mío, un vestido como el mar!

En ese momento, el camarero trajo una torta de crema. Papá tomó una cucharada, la miró y exclamó:

—¡Como una nubecilla en el cielo!

Mamá ya no quiso torta. Pesa diez kilos de más (ella, no la torta). El camarero le trajo una

naranja. Papá miró la naranja con los ojos en blanco y susurró:

—¡Una naranja como el sol!

—Fred, no más —dijo mamá. Papá dijo que no iba a parar. Quería ser tan poético como mamá. Y desde entonces no ha dejado de hacer comparaciones.

Ayer vimos una pareja de negros franceses en el hotel. Papá los miró detenidamente y exclamó:

—¡Como los niñitos, tan morenitos!

Mamá prometió irse del comedor si papá no dejaba de hacer comparaciones.

Papá dijo que de todos modos no le gustaba estar con gente que no apreciaba las bromas, y acto seguido se fue del comedor. Mamá estaba furiosa y comenzó a regañarme por meterme el dedo en la nariz, así que yo también decidí irme. No me importó porque ya había terminado de comer y mi Coca-Cola estaba vacía. Irmí se estaba tomando otra media botella, ¡y no hay nada más molesto que mirar a otro tomar mientras uno tiene sed!

8 de julio

Ya era tarde. Irmí se había quedado dormida leyendo la novela. Roncaba y tenía la boca abierta. Se veía como una tonta. Nadie se imaginaría que de día es una niña muy bonita. Quizás

se veía como una tonta porque estaba disgustada con ella. No habíamos peleado, pero nos habíamos dicho palabras ofensivas aquí y allá. Para ser honesta, yo la molesté bastante, pero ella no se portó mucho mejor.

Para comenzar, durante todo el día llamó «mau-mau» a mamá. A ella eso le parece distinguido. Y yo sé que quería verse distinguida porque a tres colchonetas de distancia había una familia con un hijo larguirucho y de pelo rubio que le gustó. Todo el mundo se dio cuenta de que Irmí no hablaba para nosotros sino para el rubio. En segundo lugar, se puso el anillo de cerámica en el dedo índice y, la cadena de oro en el tobillo.

En tercer lugar, me hizo dar una rabia tremenda porque yo quería que me acompañara al mar o a comprar helados. ¿Para qué más quiere uno una hermana?

Pero Irmí se quedó sentada.

—Baby, vete sola —me dijo. Y eso es lo que más me envenena. Siempre que quiere impresionar a alguien, como hoy al rubio de al lado, no se le ocurre nada mejor que convertirme en una bebida. El rubio tiene un hermanito. Es un niño muy alegre. Como estaba tan aburrída jugué en la arena con el pequeño.

Hicimos una larga zanja. El rubio, que se llama Pedro, vino y nos ayudó. No está nada mal. Fuimos a nadar juntos. Nada como un

pescado. Me regaló tres conchas que sacó del fondo del mar. Está en décimo grado. Su padre es otorrinolaringólogo en Graz y es especialista en operar amígdalas, pues mucha gente en Graz tiene amigdalitis debido al yodo del agua.

Irmí se puso furiosa conmigo porque el rubio se hizo amigo mío y no de ella. ¡Tan boba! ¡Se hubiera podido quitar el anillo y la cadena, y venir a jugar en la arena!

Irmí también se puso furiosa con papá.

Papá le dijo que con la cadena en el pie se veía como un canario, pues a los canarios les ponen anillos en las patas. ¡Y pensar que yo me enfadé con mamá porque me dijo que me meto los dedos en la nariz...!

Como resultado, somos una familia dividida.

A pesar de estar divididos, decidimos que el domingo, es decir mañana, iremos en autobús a Split. Quisiera saber si iremos. Yo creo que sí. Papá y mamá casi siempre cumplen lo que prometen, aunque estén enfadados. En Split hay muchas cosas para ver. Por ejemplo, un palacio subterráneo. Probablemente también tengan allí un gran mercado con cosas de madera, telas, zapatos y sandías. En un mercado así la gente es alegre y ruidosa. Eso me gusta. Yo podría quedarme allí mientras papá admira el palacio subterráneo.

9 de julio (Muy de mañana, antes del desayuno).

Nuestro autobús salía a las nueve. Tuve que apresurarme, pero no sabía cómo lograrlo. Irmi llevaba una hora dentro del baño. El cuarto de baño era diminuto y no cabía otra persona. Si Irmi seguía allí, no tendría tiempo para bañarme.

Mamá tocó a nuestra puerta y me dijo que tenía que ponerme medias, sin excusa. Le pregunté por qué y me dijo que no hiciera tantas preguntas. ¡Eso no lo soporto!

Luego llamó a papá para avisarle que era hora de desayunar. ¡Decidí irme así! ¡Sin bañarme! Y tampoco me puse medias. Sólo encontré las medias verdes que no van con el vestido verde y menos con las sandalias azules.

Finalmente Irmi salió del baño y me dijo que era un marranito por no bañarme. No respondí nada. No quiero volver a pelear.

9 de julio (Por la noche)

Fuimos a Split. ¡Dios mío! Eso fue... Estoy muy confundida. Y también muy cansada. Ya debe de ser media noche. La banda de la playa dejó de tocar. No sé qué hora es exactamente, porque mi reloj no funciona. Bueno, en realidad, nada funciona.

Irmi estaba sentada en el balcón. Dijo que no

se acostaría. Nada iba a cambiar con eso. Le pregunté si yo había tenido la culpa, y dijo:

—No, no tuviste la culpa. Sólo has sido el agente provocador.

No se qué es ser un agente provocador, pero suena consolador. Prefiero ser un agente provocador a tener la culpa de todo.

Me voy a acostar ahora mismo.

Gozo soñando. Sueño cosas bellas cuando estoy triste o preocupada. Cosas amables, suaves y amigables.

¡Así que hoy tendré buenos sueños!

10 de julio (Antes del mediodía)

Irmi estaba empacando. Mamá estaba empacando. Mamá iba a salir hasta el aeropuerto a ver si había tres puestos libres para el vuelo a casa. Nuestros tiquetes eran para el 28 de julio. Mamá tenía que negociar con la dirección del hotel pues habíamos pagado nuestras habitaciones hasta el 28. Mamá quería que le devolvieran parte del dinero, pero las negociaciones con la dirección del hotel no fueron nada fáciles. Sólo hablaban en servocroata y francés, y mamá no hablaba ni lo uno ni lo otro.

Yo no tuve que hacer mi maleta porque, gracias a Dios, no había sacado casi nada de ella. En ese momento estaba en el balcón. Esto fue lo que sucedió en Split:

A las nueve llegamos corriendo al paradero del autobús. Sin embargo, tuvimos que esperar toda una hora. Aquí los autobuses no se atienen a los horarios. En el paradero había muchísima gente y el calor era insoportable. Papá maídecía y juraba no volver a salir de vacaciones sin el auto. Por fin llegó el autobús. Jamás había visto un vehículo así. El ruido de latas era horrible. Todos los tornillos estaban flojos o simplemente faltaban. Faltaban tornillos en los asientos y en las ventanas. Las latas del piso estaban rotas. Por eso el ruido era infernal. Después de un rato ya no se notaba nada, pues subió tanta gente que el autobús dejó de vibrar. Cada tres minutos hacía una parada. Cada vez que paraba pensaba: «¡Ya no cabe ni un alma más!» Pero me equivoqué. En cada paradero subían por lo menos cinco personas. Mamá gemía y decía que se iba a desmayar. Papá decía que por primera vez se iba a desmayar de pie, pues no había espacio para caerse.

A mí me fue bien, aunque tenía que estar de pie sobre una sola pierna. En un momento dado la subí y cuando la quise bajar ya no había espacio para ponerla de nuevo. Contra mi estómago había un canasto lleno de uvas. La señora que lo llevaba me hizo señas de que tomara algunas. Olía a todo. A uvas, a polvo, a tomates y a manteca. También olía a perro mojado, aunque no había ningún perro mojado.

Del hotel a Split hay solo 20 kilómetros, pero

el viaje duró casi una hora. Irmí lloró cuando descendió del autobús. Estuvo prisionera entre dos bolsas llenas de tomates, y como los tomates se revientan fácilmente, quedó con el pecho y el trasero llenos de manchas rojas. Mamá respiró profundamente durante un minuto y se recuperó. Caminamos por callecitas antiguas y estrechas. Mamá exclamaba constantemente «¡Ah! ¡Oh, qué belleza!» Yo procuré mirar hacia todos los patios y todas las casas a través de las ventanas. Eran peores que la casa de Bina-Emmy. Una vez que mamá fue a recogerme a casa de Bina-Emmy, dijo que era un escándalo cómo tenían que vivir algunas personas. Pero en esa ocasión no dijo: «¡Ah! ¡Oh, qué belleza!»

Luego pasamos por algunos edificios parecidos a los que hay en Viena. Entonces mamá exclamó que era terrible que permitieran esos bloques de viviendas y dijo que debieran prohibirlos. Papá dijo que gracias a los intereses culturales de mamá, los habitantes de Split no tendrían que vivir más en esos viejos agujeros.

Irmí no dijo nada. Solo se arrastraba detrás de nosotros y se limpiaba las machas del vestido.

Papá se fue a ver el palacio subterráneo mientras nosotras nos sentamos en un café con mesas al aire libre, muy cerca de las ruinas. Tomamos Coca-Cola, comimos helado y admiramos las ruinas. Cuando uno está sentado ve las cosas con gusto. Irmí se limpió todas las manchas y

tuvo tiempo para decir también sus «jahs!» y «johs!»

Luego vino papá del palacio subterráneo y pagó la cuenta. Nos fuimos todos al mercado. Mamá quería comprar un frutero para la abuela, una cigüeña de madera para la tía abuela Alicia y un bolso de cuero para la tía Irmela. Para ella, un abrigo de cuero porque allí eran muy baratos. También quería un molino de café turco. Irmí quería unas sandalias, una blusa campesina y un gorro con una borla negra. Papá no quería pagar todo eso. Mamá decía que todo era muy barato. Ella como vendedora podía decirlo. Papá aclaró que no se trataba de si algo era barato o caro, sino de si uno necesitaba o no las cosas. Dijeron muchas cosas más, pero el ruido del mercado era tal, que sólo entendí: «Siempre acumulando cosas como urracas» y «nunca me permite el más pequeño de los gustos».

Entonces salimos como en estampida a la estación del autobús. Papá iba adelante, y detrás, mamá e Irmí. Yo iba de última. Me dieron picanas en los costados y tuve que caminar más despacio. En un momento dado no veía ni a mamá ni a Irmí ni a papá. A mi alrededor había muchas señoras con pañuelos negros en la cabeza, melones, pimientos y tomates. Me dio miedo y pregunté dónde estaba. Corrí dando la vuelta por la esquina equivocada. Todas las esquinas eran iguales. Corrí de un lado para otro,

pero no pude encontrar el paradero del autobús. Entonces choqué contra una señora que se dio cuenta de mi pánico y que gracias a Dios me entendió lo que le decía. Enseguida me llevó a la plaza donde estaba el paradero del autobús, pero por desgracia el paradero estaba al otro lado de la plaza y el semáforo para peatones estaba en rojo.

Cuando miré hacia el autobús, pude ver cómo se perdían el sombrero lila de mamá y el sombrero de paja color rosa de Irmí. Se cerró la puerta y el autobús partió.

¡Me encontraba sin una sola moneda en el bolsillo en medio de una ciudad extranjera! La única palabra que sabía en servio era «sladoled», que quiere decir «helado». Lo que no podía entender era cómo habían sido capaces de irse sin mí. (Irmí me aclaró más tarde: Papá se había subido primero al autobús, y pensó que yo iba con mamá. Mamá subió de última, y creyó que yo iba con papá. No se podían ver mutuamente.)

Pero eso no lo podía sospechar yo en ese entonces. Lloré. Por fin llegó un policía y me dijo que si no dejaba de llorar y le contaba todo despacio, no podría entenderme. Dejé de llorar y le conté todo despacio. Entonces me entendió y me llevó a la estación de policía. Llamó a un par de estaciones y al hotel.

Luego me dijo:

—Bueno, jovencita. Ya pronto papá y mamá venir a buscar.

Pero no era tan fácil.

Al llegar al hotel, papá bajó primero y mamá después. Cuando mamá e Irmí se bajaron del autobús, papá iba dando ya la vuelta a la esquina, y su figura se ocultaba tras los olivos. Papá no fue al hotel sino al café de la playa. Mamá e Irmí se fueron también al café de la playa, pero a otra mesa, pues mamá estaba enfadada con papá por no haberle dejado comprar las cosas. Lentamente se fueron dando cuenta de que alguien faltaba. Mamá se inquietó. Envió a Irmí a la mesa de papá para preguntar por mí. (Siempre que se enfadan entre ellos, Irmí tiene que hacer de intérprete.) Entonces se dieron cuenta de que yo me había perdido. Papá y mamá se pusieron furiosos, y se echaron la culpa el uno al otro.

Yo no sabía nada de esto. La espera en la estación de policía fue muy aburrida. Por fin papá llegó a buscarme. Subimos a un taxi. El taxista dijo que sería muy caro, pero papá dijo que no resistiría un cuarto viaje en autobús. ¡Daba lo mismo! Papá me preguntó si había sentido miedo. Yo mentí y dije que todo había sido muy divertido. Entonces se tranquilizó.

Mamá estaba esperando a la entrada del hotel. Creo que exageró un poco. Se arrojó sobre mí y me abrazó deshecha en sollozos. Me sen-

tía en el cine. Me acarició y dijo apenas susurrando:

—¡Mi querida hija! ¡Mi buena hija! ¡Pobre hija mía!

Papá le dijo entre dientes que dejara ya el teatro. Mamá siguió acariciándome y le gritó a papá que era un bruto endurecido y que estaba pisoteando su corazón de madre. Luego me llevaron a comer. El camarero me trajo un *beef steak*, torta y Coca-Cola. Mamá estaba sentada a mi derecha y papá a la izquierda.

Mamá dijo: «Come, tesoro, debes estar medio muerta de hambre».

Papá dijo: «¡Si no quieres más, déjalo!»

Mamá dijo: «¡No vas a dejar tu comida favorita!»

Papá dijo: «¡Claro que puede dejarla!»

Mamá dijo: «¿Y la deliciosa torta?»

Papá dijo: «¡La torta engorda!»

Entonces tiré el tenedor y el cuchillo sobre la mesa, y salté tan rápido que la botella de Coca-Cola se cayó y salió rodando por el comedor.

Irmí estaba en el balcón, lloraba a gritos y decía que no resistía más unos padres así. Me quedé dormida rápidamente. Estaba muy cansada.

¡Al otro día papá simplemente desapareció! Empacó sus cosas por la noche y salió corriendo. No sabíamos a dónde se había ido.

Irmí dice que papá es malo y ordinario y que no quiere volverlo a ver. Tal vez tenga razón. Mamá no hubiera salido corriendo dejándonos abandonadas. A pesar de todo, yo quiero a papá.

Tengo que dejar de escribir. El taxi del aeropuerto nos recoge en diez minutos.

No entiendo por qué tenemos que irnos a casa. Aún sin papá podríamos tomar el sol, comer helado y nadar. Y tal vez papá regresaría en un par de días. Pero mamá no quiere saber nada de nada.

Tal vez papá esté esperándonos en el aeropuerto en Viena cuando lleguemos.

¡Eso sería maravilloso!

CAPÍTULO III



Con la anotación del 10 de julio acaba el diario de Susi. En realidad no acaba. Se convierte en un simple cuaderno de apuntes perdiendo así su dignidad de confidente. Aparecen aquí y allá ejercicios de matemáticas, un gran número de cabezas de profesores de perfil y muchos grupos de cincuenta cuadritos, que Susi bordea con marcador durante las clases aburridas. Así, bordeando cuadrado por cuadrado minuciosamente, acorta el tiempo de espera en cada clase mientras suena la campana.

Seguiré, entonces, con la narración:

Susi, Irmí y su madre tomaron el avión del mediodía a Viena. La azafata le trajo a Susi un

rico refrigerio, pero no tenía apetito. Miraba por la ventanilla. Cerca del avión se divisaban nubes blancas y un poco más lejos, nubes rosadas. Se veían tan sólidas que daban la impresión de que uno pudiera dar un paseo sobre ellas sin peligro de que cedieran al pisarlas.

Susi comenzó a imaginarse que iba caminando sobre las nubes, que el sol brillaba como el oro y que rayos rosados la bañaban. Pensó que el vestido más apropiado para este paseo sería un pijama blanco de encaje. En ese momento oyó la voz de la azafata a través de los parlantes: «*Please fasten your seat belts*». Adelante, junto a la puerta de la cabina, se encendió un letrero: «*No smoking*».

—Ya vamos a llegar —dijo mamá.

El padre de Susi no estaba en el aeropuerto.

Estaba en casa. Cuando llegaron, estaba acomodado en el sofá de la sala con un vaso de cerveza en la mano y leyendo el periódico. Felipe, el gato, estaba sentado sobre su barriga...

El cenicero rebosaba de colillas y un suave velo de humo flotaba en el cuarto.

—¡Buenos y bellos días! Pero por qué han... ahora mismo iba a... —dijo papá. Puso el vaso de cerveza en el piso—. En serio —aclaró—. Sólo iba a terminar la cerveza y después...

—¡Terminar la cerveza! —dijo con voz chillona mamá—. Eso es lo más absurdo que he oído.

El gato Felipe maulló desconcertado. Temblaba de pies a cabeza. Los gatos no resisten los gritos. Susi se acercó a Felipe y lo acarició, y aprovechó para acariciar un poco a papá.

—¿Mamá está muy furiosa? —preguntó papá en voz baja. Susi asintió con la cabeza. Papá sonrió tímidamente.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Susi.

Papá susurró:

—No aguantaba más. Cuatro días y cuatro noches de peleas es algo que acaba hasta con el hombre más paciente.

Susi asintió de nuevo con un movimiento de cabeza como si entendiera a papá, pero no entendía nada. ¿Por qué tenía que pelear cuatro días y cuatro noches? Siempre se necesitan dos para una pelea.

Mientras Susi asentía y acariciaba a su padre, mamá hablaba por teléfono. No se oía lo que decía, pues estaba hablando desde su alcoba. Había atrapado el cable del teléfono con la puerta del dormitorio. Cuando alguien toma el teléfono y se encierra en otro cuarto para hablar, se puede esperar lo peor. Susi miró fijamente el cable. En ese momento pensó que lo mejor era cortarlo en dos, pero uno casi nunca hace lo que realmente quiere hacer.

Mamá regresó del dormitorio con el teléfono en la mano, se enredó con el cable y lo tiró estrepitosamente sobre la mesita. Por poco se va

de bruceas. Papá sonrió de nuevo tímidamente, y mamá le echó una mirada furibunda. Volvió a entrar en el dormitorio, abrió el ropero de par en par, sacó a tirones los vestidos y la ropa interior, y los arrojó sobre la cama doble. Corrió al dormitorio de las niñas y regresó sin aliento con un envoltorio enorme de vestidos. Pantalones de pijama y mangas de blusas volaban a su alrededor. Corrió de un lado para otro trayendo cosas hasta que sobre la cama matrimonial se levantó una montaña de vestidos, ropa interior y zapatos. Mientras estaba en éstas, murmuraba: «Así es mejor! ¡Así es mejor para todos!»

Decía estas palabras como quien se está aprendiendo algo de memoria. Incluso sacó la ropa de invierno.

Enseguida llamó por teléfono al señor Berger, el jefe de transporte en Nebenhaus.

—¡Venga inmediatamente! Sí, sí, un microbús es suficiente. ¡Sí, sí, a Hitzing, a la casa de mi madre! —gritó.

Las intenciones de mamá eran claras. Hasta el niño menos inteligente lo habría captado. Sin embargo, Susi le preguntó a papá:

—¿Qué quiere mamá?

—Creo que va a mudarse de casa.

—Yo no quiero irme —susurró Susi—. ¡Por favor, haz algo!

—¿Qué quieres que haga?

—¡Di que lo sientes!

—Pero no lo siento.

—No importa, dílo.

—No.

—¡Por favor, papá!

—¡No!

Susi dejó de acariciarlo y se apartó de él. No entendería jamás cómo su padre había podido quedarse acostado en el sofá bebiendo cerveza y leyendo avisos mientras su esposa quería irse de la casa con sus hijos.

Mamá trató de meter al gato Felipe en el canasto, pero el gato no quiso; se bajó de la barriga de papá de un salto y se escondió debajo de la cama matrimonial. Mamá corrió tras él tratando de atraparlo. Papá dejó de lado el periódico y gritó:

—¡Carolina! ¡Deja al gato en paz! Se va a quedar aquí, ¿entendiste? ¡Es mi gato!

Susi fue a su alcoba y se sentó en la cama. Irmí estaba apoyada contra la ventana.

—¡Papá no quiere que le quiten el gato! Dice que es de él —dijo Susi.

—Ya lo oí —dijo Irmí.

—¡Podría haber gritado que nosotras somos sus hijas y que no nos dejará ir!

—Pero no lo hizo —aclaró Irmí.

—No, no lo hizo.

Berger llegó en ese momento y le ayudó a mamá a empacar la montaña de ropa. Irmí arrastró las maletas de la escuela, el juego de damas y

el tocadiscos (que por supuesto era de papá, pero esta vez no protestó).

Después de salir y entrar de la casa jadeando con un atado gigantesco de ropa, siete veces consecutivas, el señor Berger dijo:

—Todo listo.

Mamá gritó:

—¡Por fin! —y murmuró en voz muy queda—: Es mejor así. Es mejor así para todos.

(Ya se sabía esa frase de memoria.)

Irmí estaba en la puerta de la casa. Se veía muy graciosa cargada con un montón de bolsos. Tres de ellos eran de Susi, siete de Irmí y catorce de mamá.

Mamá gritó dirigiendo su voz al cuarto de las niñas:

—Susi, ¡ven ahora mismo!

«Debo hacer todo muy despacio, muy despacio, a ver si papá se vuelve sensato y grita: '¡A mis hijas no las entrego!'», pensó Susi.

—¡Tengo que ir al baño! —gritó.

—¡Pero rápido, por favor! —apremió mamá.

Susi entró en el baño. Se sentó lentamente y esperó, pero papá no hizo nada. Mamá golpeó a la puerta del baño. Su voz era chillona y amarga. Susi salió del baño. Mamá la apresuró y la puerta se cerró tras ellas, sin hacer casi ruido. Todo parecía normal. La escalera estaba como siempre.

El taxi esperaba ante la puerta, y mamá le dijo al taxista:

—A casa de mi madre.

El taxista esbozó una sonrisa:

—No tengo el honor de conocer a la señora.

—¡A Hitzing! —gritó mamá.

El taxista partió al instante. Susi lo envidiaba de todo corazón por no conocer a la abuela.

Bueno, ahora que todo está aclarado podemos regresar al principio de nuestra historia.

Susi estaba sentada en la cocina con su amigo Beni, que no tenía ni abuela, ni tías abuelas, y le estaba contando cómo eran las cosas cuando uno sí las tenía. Beni la escuchaba pensativo y compasivo.

En la casa de al lado, la tía abuela pasaba el plumero color azul cielo una última vez sobre los muebles. Estaba limpiando el polvo por tercera vez, porque «una vez es como si fuera ninguna vez».

En ese momento, Irmí llegó a casa. Preguntó dónde estaba Susi. La tía abuela contestó encojiéndose de hombros:

—¿Y por qué habría de saberlo? A mí nadie me cuenta nada —y añadió—: Seguramente ya saltó la cerca para ir a casa de ese sujeto.

Irmí fingió no darse cuenta de lo que la tía abuela había querido decir.

—¿Dónde hay un sujeto, querida tía? —preguntó. La tía abuela contestó que no se soportaba más su hipocresía. Irmí puso los ojos en

blanco y se fue a la habitación que compartía con Susi.

Luego llegaron la abuela y la tía Irmela, cada una en su auto. Se indignaron al comprobar que el señor Meier había estacionado el suyo frente a la cerca y entonces decidieron bloquearlo. La tía Irmela estacionó su auto delante del auto del señor Meier y la abuela detrás.

—¡Ahora no podrá salir! —dijo la abuela.

La tía Alicia observó la operación desde la ventana de la sala y comentó:

—La letra con sangre entra.

La madre de Susi también llegó a casa. Conducía un *Volkswagen* antidiluviano. Lo estacionó en la esquina, pues no quería meterse en problemas.

Cuando Susi volvió a la casa por la ventana de la cocina, oyó las voces confundidas de todas las mujeres que se encontraban en la sala. La tía Alicia, gritando más que todas, decía en ese preciso instante:

—Quien le cava un hoyo a otros, cae en él.

Susi quería escabullirse sin ser vista, pero la puerta de la sala se abrió. La abuela se encontraba a la entrada y gritó:

—¡Mírala! Ahí está. ¿Dónde estaba la jovencita? ¿Por qué llega tan tarde, eh?

Susi se puso furiosa, muy furiosa, y dijo:

—¡A la orden señora sargento! ¡Me permito comunicarle que me encontraba con el hijo del

señor Meier, señora sargento! ¡El señor Meier, les manda cariñosos saludos y les hace saber que no necesitará su auto sino hasta mañana por la tarde, por lo cual la señora sargento lo ha bloqueado innecesariamente!

A papá esto le hubiera parecido gracioso. Y también al señor Meier. A Beni mucho más. Pero allí no estaban ni papá ni el señor Meier, ni Beni, y a nadie le pareció gracioso. Ni siquiera a la tía Irmela.

La abuela le gritó:

—¡Esto era lo que nos faltaba!

Mamá le ordenó:

—¡Susi, discúlpate inmediatamente con la abuela!

¿Por qué dijo eso mamá? Susi no se disculparía por ningún motivo. Sencillamente no habría podido hacerlo ni aunque lo hubiera querido.

La tía abuela, sacando la papada de carnicero, añadió:

—Es el colmo. Si me hubiera llamado a mí «señora sargento», se las vería conmigo.

La abuela miró a la tía abuela con mirada compasiva y le dijo:

—Alicia, no seas tonta. ¡A ti te dirán máximo «señora cabo»!

La tía abuela apenas pudo respirar, como un pez que ha saltado fuera del estanque. La papada de carnicero le descendía y el pecho le temblaba de rabia.

Salió entonces del cuarto de estar al tiempo que murmuraba algo sobre los espíritus desagradecidos y advirtió que no esperaran que su bondad fuera infinita.

La tía Irmela se quejó:

—¿Es que en esta casa ya no se puede pasar una sola tarde agradable?

Irmi susurró:

—Susi, trata de no comenzar siempre las peleas.

Mamá gritó:

—¡Susi, estoy esperando tus disculpas!

La abuela aclaró que a ella no le hacían falta las disculpas de esa criatura inmadura.

Susi estaba en la ventana del centro de la sala y miraba los rosales. Tenía la cara pegada al vidrio, y en ese momento alguien detrás de ella dijo:

—¡Susi! ¡Otra vez Susi!

Parecía ser la voz de mamá, pero todas tenían voces parecidas. Entonces oyó pasos y la puerta de la sala se cerró con estrépito.

CAPÍTULO IV



Susi se quedó sola y pensó:

«Beni tiene razón. ¡Beni Meier tiene razón! Beni ha dicho que muchas mujeres juntas crean un ambiente venenoso. Ha dicho que las mujeres no se soportan las unas a las otras. Lo sabe por su padre, el señor Meier. En esta casa hay demasiadas mujeres y ¡ni un solo hombre! Tengo que hacer algo. A la abuela y a la tía abuela no se las puede echar porque la casa es de ellas. Pero necesitamos un hombre en la casa. Alguien debe casarse. ¿Mas quién? La abuela es un sargento. ¿La tía abuela? Tampoco. Irmi es demasiado joven. La tía Irmela podría casarse, podría tener hasta veinte maridos, pero ella no se decide por ninguno. Entonces, ¿quién queda? ¡Mamá! ¡Claro, mamá!»

Susi llegó a la siguiente conclusión: Mamá tenía que casarse. Infortunadamente, Susi se dio cuenta de que no podía esperar hasta que ella buscara un candidato. Esto podría tomar demasiado tiempo, además mamá elegiría al hombre equivocado. Susi decidió, entonces, buscarle un marido a mamá. Un hombre apuesto, discreto, amigable y gracioso. ¡Así la vida volvería a ser bella, razonable, divertida y amable!

Se apartó de la ventana y se subió al sofá. Como no había nadie en la sala, pudo subir los pies al sofá. El bolígrafo de la tía Irmela estaba sobre la mesita. Sacó una hoja de papel arrugado y escribió: «Hombres». Y anotó los nombres de todos los hombres que conocía.

En primer lugar escribió «papá», pero lo tachó enseguida. ¡Excluido! Mamá ya no lo quiere. Casi todos los días se lo dice por teléfono a una amiga suya y a la tía Irmela. Hizo una lista de treinta y seis nombres. Bueno, en realidad fueron sólo treinta y tres, pues «el de a cuadros en la parada del autobús», «el rubio de la lechería» y «el hombre con un perro que se llama Kai», en realidad no eran nombres.

Tachó a los tres sin nombre.

Tachó también a Ernesto Hobelzahn. Hobelzahn era pastelero y no estaba tan mal, pero Susi

no quería que mamá tuviera ese apellido¹. También tachó, con mucho pesar, a Carios Bunsenbichler y a Antonio Schimann. El primero era bizco y el otro era cojo. Mamá tenía algo en contra de los defectos físicos; alguna vez lo dijo.

Le quedaban aún treinta hombres. Excluyó otros cinco porque era posible que no les gustaran los niños. Otros siete salieron de la lista por no tener auto. Tres porque sus autos eran descuidados. Otros cinco porque Susi se dio cuenta de que las edades no coincidían con la de mamá (dos tenían menos de veinte y tres pasaban de los setenta.)

A Hugo Hameier, que era un profesor de piano amable y apuesto, lo sacó porque Irmela lo detestaba. Bröselmeier era poco divertido. Steininger no era muy hábil; con seguridad no podría ayudar a Susi con sus tareas de matemáticas.

Leopoldo Linder, el veterinario, tenía mamá, abuela y tres tías abuelas, e iba a pasear con ellas todos los domingos. Susi lo tachó tres veces. El doctor Edgar Meier-Traun-Forchtinger era apuesto y tenía un Mercedes 300, pero era terriblemente inasequible.

«Uno no debe tratar de alcanzar lo imposible», murmuró Susi con la voz quejumbrosa de la tía abuela.

N. del T. ¹La palabra «Hobelzahn» en alemán significa «diente de cepillo de carpintero».

Carlos Brauner, quien era ahijado de la tía abuela Alicia y que se sentaba en la opera junto a mamá en las funciones de abono, hablaba constantemente de música. Además decía que todo niño, especialmente toda niña, debería aprender a tocar un instrumento. Berger quedó por fuera porque tartamudeaba al hablar y Hawranek porqueapestaba a agua de colonia.

El resultado del proceso de selección de Susi fue el siguiente:

El primer lugar: Doctor Alejandro Hieberger, cuarenta años, odontólogo y cirujano maxilar; vivía a unas tres casas de distancia. Tenía dos perros pastor-húngaros, auto americano y una cicatriz de sable en la cara de su época de estudiante.

En segundo lugar: Doctor Juan Salamander, treinta y tres años, profesor de alemán de Susi. Poseía todas las cualidades requeridas, tanto externas como internas. Era el favorito. Susi se puso feliz. Vio un destello de esperanza en el horizonte. En la escuela lo llamaban «Salamandra de Fuego», porque era pelirrojo.

Susi empezó a imaginarse la vida en familia con Salamandra de Fuego. Tal vez mamá tuviera hijos con él. ¡Trillizos! Los trillizos llaman la atención. ¡Trillizos pelirrojos! Susi los sacaría a pasear por la calle y la gente se detendría a admirar a los jóvenes Salamandra de Fuego.

Salamandra de Fuego le escribiría en todos los exámenes de alemán «muy bien». Los otros pro-

fesores también le pondrían buenas calificaciones por ser hijastra de Salamander. En la boda mamá llevaría un vestido largo color turquesa que iría con el color de pelo de Salamander.

De repente recordó que sus padres no estaban divorciados. Papá y mamá estaban todavía casados, lo cual era un impedimento para un nuevo matrimonio. Sin embargo, pensó que encontraría una solución. Una vez que mamá decidiera casarse con Salamander, papá no se opondría. Un hombre que prefería al gato Felipe a sus hijas, no se opondría al nuevo matrimonio de su esposa. ¿O sí? No lo sabía con certeza. No podía pensar en papá con agrado. Papá era alegre, hábil, amable, apuesto y gracioso, pero también era vulgar, obstinado y gruñón. Era complicado llegar a un juicio sobre él.

Papá la había llamado un par de veces y le había preguntado si quería ir a visitarlo, o si quería ir al cine, al parque o al teatro. Mamá dijo que no tenía nada en contra, y aclaró que no quería interponerse entre sus hijas y papá. Susi, hasta ahora, no había aceptado ninguna de sus invitaciones, aunque quería volver a verlo. Suspiró y se puso de pie. Limpió con pequeños golpes la tierra que sus zapatos habían dejado sobre el sofá. Se echó al bolsillo la lista de los pretendientes y el bolígrafo de la tía Irmela, porque le encantó como escribía.

Fue a la habitación que compartía con Irmi.

Era horrorosa. Cada vez que abría la puerta se paralizaba al ver todas las cosas espantosas que allí había.

Se sentó en la cama. Era tan alta que apenas tocaba el piso con las puntas de los pies. Tenía un cobertor de terciopelo color verde espinaca con rosas rojas bordadas, que crujió cada vez que Susi se balanceaba a uno y otro lado. Y cuando se mecía hacia adelante o hacia atrás, gemía igual a la tía Alicia.

Miró la lámpara que colgaba del techo. La pantalla era de cristal con lirios azules y verdes de horrorosos y largos tallos.

—¡Qué horror! —murmuró.

Irmi estaba tendida en la cama. La cama de Irmí era todavía más alta que la de Susi, y en la cabecera y a los pies tenía unas cortinas floreadas plisadas.

Irmi estaba leyendo una novela policiaca. Le encantaba leer novelas policiacas en sus ratos libres. Cerró la novela y preguntó:

—¿Qué es un horror?

—La pantalla de la lámpara —aclaró Susi—. Tiene demasiados tallos.

—Estilo juvenil —respondió Irmí.

—¿De la juventud de quién? —preguntó Susi.

—De la abuela y de la tía abuela —dijo y continuó leyendo la novela.

—¿Las cortinas también tienen estilo juvenil? —preguntó Susi y señaló las cortinas pesadas

que colgaban sujetas a grandes argollas de latón. Estaban orladas con un ribete de borlas negras y sujetadas a los lados con lazos violetas de tafetán.

Irmi miró las cortinas:

—No —dijo Irmí—. Las cortinas son de la época «fundadores», pero no son originales, sino imitación —luego agregó:

—A veces creo que me voy a enloquecer entre todos estos trastos viejos.

Susi tenía ganas de contarle a Irmí sus planes con respecto a Salamandra de Fuego, pero pensó que no era conveniente. Irmí se había convertido en una misántropa, y todos los hombres le parecían detestables. Por ejemplo, arrojó a la basura todos los discos en los que una mujer le cantaba su amor a un hombre.

—Todo tiene su fin —dijo Susi misteriosamente.

Irmi no entendió a qué se refería y dijo:

—¿En verdad lo crees? Las mesas de noche no tienen fin. Son irrompibles y eternas —y continuó leyendo la novela.

Susi se tendió en la cama, cerró los ojos y pensó: «Creo que, por lo menos, debiera hacer la tarea de inglés. Cinco frases con *I am*, cinco frases con *He is* y cinco frases con *He has*.»

Trató de convencerse de que quince frases no era demasiadas. Primero se le ocurrió que podría copiarle la tarea a Novotny, pero pronto se acordó de que Novotny estaba enfermo. A los

otros chicos de la clase aún no los conocía bien. Apenas llevaba tres semanas en ese colegio.

Le dijo a Irmí:

—Querida hermana: ¿me podrías ayudar con una oración que comience con *I have*?

Irmí murmuró:

—*I have a stupid sister.*

—*Stupid* todavía no lo hemos aprendido.

—¿Qué han aprendido entonces?

—A decir verdad, solamente *red, blue, green, white, pink y black.*

—Con esas palabras no se puede hacer ninguna oración —aclaró Irmí.

—Entonces no haré ninguna —dijo Susi.

—Pero tienes que haber aprendido algún sustantivo —insistió Irmí.

—¿Algún qué? ¡Por favor! Te prometo que eso no lo hemos aprendido.

—Un nombre —aclaró Irmí.

—¡Ah! —murmuró Susi—. ¡Eso! ¡Sí, sí! Eso probablemente lo he aprendido.

—¡Dios mío! —exclamó Irmí—. Tienes que haber aprendido algo de vocabulario. ¡Dame tu cuaderno de vocabulario!

—Se me extravió —respondió Susi.

—¡Pues búscalos! —ordenó Irmí.

—Claro que puedo buscarlo —respondió Susi furiosa—, pero ¿para qué lo quieres? Está totalmente vacío.

—Te van a expulsar del colegio si sigues así

—pronosticó Irmí. Susi sonrió. Irmí no podía sospechar que le iría bien con las calificaciones pues aún no sabía nada acerca de Salamander y de la protección que pronto le iba a prestar. Se dejó caer de nuevo sobre la dura cama. No haría la tarea de inglés pues debía concentrarse en algo mucho más importante: ¿Cómo pondría en contacto a mamá y a Salamandra de Fuego?

No sería nada fácil. El colegio era una cosa y la casa otra. Salamandra no se encontraba donde estaba mamá, y mamá no se encontraba donde estaba Salamandra de Fuego.

El asunto era aún más complicado si se tenía en cuenta que últimamente Susi no se estaba entendiendo bien ni con Salamandra de Fuego ni con mamá. Ambos decían que era terca. Mamá lo decía probablemente porque Susi no era lo suficientemente amable con la abuela. Salamandra, porque Susi no hacía las tareas de alemán. Además, dijo que Susi era descarada. El día anterior, le había dicho:

—Susi Kratochwil, tus notas son muy deficientes. Si esto continúa así, tendré que citar a tu madre.

Susi exclamó:

—Sí, ¡por favor! Es muy amable de su parte —Salamandra de Fuego pensó que eso era un descaro, pero Susi lo perdonó. Uno no puede ser tan orgulloso.

Todos los profesores estaban descontentos con su rendimiento. Querían saber cosas tan curiosas... En cálculo, por ejemplo, Susi no podía entender los conjuntos. Uno tenía que saber cuánto era $(M1-M2)$ $(M1+M2)$. Curiosamente la mayoría de sus compañeros lo sabían.

Cuando uno no entiende algo en la escuela, naturalmente puede preguntarle al profesor, pero Susi sabía demasiado poco como para poder preguntar. Tendría que ponerse de pie en la clase de matemáticas y decir:

«Por favor, profesor, no entiendo nada. ¿Podría ser tan amable de comenzar de nuevo desde el principio?»

¿Pero quién se atreve a decir algo así?

En algunas ocasiones, Susi le pedía ayuda a Irmí, pero casi siempre acababan peleando. Además, Irmí le decía que era un caso perdido.

Ese día discutieron de nuevo a causa de las matemáticas. Susi gritó desesperada:

—¡Maldita sea! ¡Dos salchichas unidas a tres salchichas son sin duda alguna cinco salchichas!

Irmí gritó que eso era correcto pero sólo con salchichas y no con conjuntos. Irmí terminó haciendo toda la tarea y Susi la copió en su cuaderno.

—¿Entendiste? —preguntó Irmí.

Susi asintió con la cabeza y aseguró que todo le había quedado claro. Por supuesto que no era verdad. Si hubiera copiado caracteres chinos no

le hubieran parecido tan desconocidos como los signos matemáticos.

Susi sentía que todo en el colegio nuevo era indignante. En ese preciso momento, estaba de nuevo sentada en la cocina con Beni, quejándose del «Colmillo de Historia Natural» (apodo de la profesora cuyo verdadero nombre era Ernestina Zahn).

Susi se quejó:

—Colmillo de Historia Natural es una frescura sin límites.

—¿Cómo? —preguntó Beni.

—Le encanta hablar acerca de todos y cada uno de los huesos humanos. Después pinta en el tablero el esqueleto. Dice que debemos tomar notas únicamente sobre aquello que nos parezca importante.

—Y, ¿entonces? —preguntó Beni—. ¿En qué radica la frescura?

—En que tiene algo en contra mía.

Beni era un buen estudiante y le costaba entender esas cosas.

—¿Por qué va a estar en contra tuya?

—Sí, porque en mi cuaderno no hay nada —respondió Susi.

—¿Nada de nada? —dijo Beni.

—Bueno, no exactamente —murmuró Susi—. En la primera página escribí «EL HOMBRE» con letra de molde y subrayado en rojo. Sincera-

mente, no es que yo sea perezosa. Es que ella no ha dicho nada importante; ¡jamás ha dicho algo importante!

Beni respondió conmovido:

—Susi, te van a expulsar del colegio si sigues así.

Por la tarde, acostada en la cama y a la luz de la lámpara de perlas lilas, pensó que era hora de que Salamandra de Fuego ingresara en la familia. De otro modo pasaría lo que Beni le había pronosticado y tendría que buscar otro colegio.

«¿Qué he conseguido hasta ahora?», pensó. «¡No mucho! Cuando le cuento a mamá las cosas más bellas sobre Salamandra de Fuego, no se interesa mucho. Sólo dice: 'Qué bueno que tu nuevo profesor de alemán sea tan amable. ¡Pórtate bien con él, tesoro mío!'»

—No es suficiente —murmuró Susi y apagó la lámpara.

CAPÍTULO V



Pasaron algunos días en los que no ocurrió nada raro ni divertido.

Irimi cumplió con sus tareas, aprendió palabras en latín, vio televisión y leyó novelas policíacas.

La tía Irmela llevaba dos semanas en cama con gripe.

La tía Alicia movía aquí, empujaba allá, limpiaba el polvo y aclaraba las horas oscuras con refranes. Siempre se quejaba de que nadie jamás le decía nada.

Mamá pasó mucho tiempo en la tienda «Soho-Lady». En algunas ocasiones trabajó horas extras pues en esa época todas las señoras compraban abrigos y vestidos de invierno.

La abuela estaba más sargento que nunca. El negocio iba mal desde que la tía Irmela estaba en cama. Como la abuela no tenía ojos azules, ni cabello rubio, ni hoyitos en las mejillas, no le era fácil convencer a los señores de que compraran, y cuando la abuela no vendía nada, se ponía insoportable.

Finalmente algo sucedió.

Susi e Irmel cumplieron años. Susi cumplía el veinte de octubre e Irmel el veinticuatro, pero la tía Alicia decidió celebrar los dos cumpleaños el veintiuno de octubre. Dijo que dos tortas de cumpleaños tan seguidas eran malas para el estómago.

La tía abuela horneó una torta preciosa. Por desgracia le puso una cantidad enorme de ron, y Susi odiaba el sabor a ron. La tía Alicia se ofendió. Dijo que la receta provenía de la cocina de su majestad real e imperial y que si la torta era buena para los hijos del emperador, debía ser buena para Susi.

Mamá le dijo que probara al menos un pedacito, pero Susi no quiso. La abuela opinó que a la juventud de hoy le vendría bien una guerra porque así aprendería a apreciar las buenas tortas.

La tía abuela le pidió a la abuela que no formara un problema. Irmel estaba feliz. Le encantaba el sabor a ron y se comió cuatro porciones de torta. A Susi tampoco le gustó el resto de la cena: ciervo asado con tocino.

—El hambre es el mejor cocinero —opinó la tía Alicia. Para Susi, cumplir años era una tragedia. Recibía un montón de regalos. Algunos de ellos eran útiles, pero generalmente no sabía qué hacer con ellos.

Jamás usaría los doce ovillos de lana rosa pálido que le había regalado la abuela y mucho menos el frasquito de perfume de flores de mayo que su tía Irmel, con la mejor de las intenciones, le había regalado.

Irmel le regaló una navaja preciosa de bolsillo con cuatro hojas. Mamá, un abrigo largo de piel de zorro, una maleta para el colegio y marcadores de punta de felpa. Todo esto le encantó. Lo único malo era que Beni tenía algo en contra de los abrigos largos.

Papá envió dos paquetes. A Susi le envió una cámara fotográfica preciosa, la que siempre había querido. Y a Irmel un gorro ruso, precisamente el que ella siempre había deseado. Lo mejor fue que el paquete para Susi llegó el veinte de octubre y el de Irmel el veinticuatro.

Con la cámara venía una carta en la que le decía a Susi que la extrañaba y que quería que fuera a visitarlo a la casa o a la oficina.

A Susi le gustaba ir a la oficina.

Llamó a papá por teléfono porque mamá le exigió que le diera las gracias por el regalo. Papá aprovechó la oportunidad para invitarla de nuevo, y Susi le dijo:

—Sí, sí. Con mucho gusto.

Papá le dijo que iría a la escuela a recogerla y que luego la invitaría a comer a un restaurante.

Susi no sabía si alegrarse o no.

Al día siguiente, al final de las clases, papá la esperaba afuera del colegio. O a Susi se le había olvidado por completo cómo era papá o papá había cambiado enormemente. Se veía extremadamente apuesto. Incluso las alumnas de las clases superiores lo miraban al pasar.

—Genial —dijo Susi.

—¿Qué? —preguntó papá.

—¡Tú! —dijo Susi.

—Muchas gracias —dijo papá.

Susi se dirigió al auto con él.

—En tu honor —dijo papá—, he traído el auto del tío Johnny, para que no vayas a avergonzarte de mí. (Johnny era el hermano de papá y el auto era un Alfa Romeo.)

Era fenomenal sentir que la clase entera lo miraba a uno subirse a un Alfa Romeo blanco.

A papá le había crecido el pelo. Negro como el azabache, le caía brillante sobre el cuello de la camisa. Y el cuello de esta camisa era el doble de alto que los de las camisas que tenía antes. Llevaba una corbata lila de seda hindú y un vestido de cuero negro.

—¿Invitamos al tío Johnny? —preguntó Papá—. Se muere de ganas de verte.

Susi asintió.

—¿Y qué quieres comer? —interrogó papá.

Susi no lo sabía.

Ésa no era una ocasión para comer lo primero que se le ocurriera. Susi quería que el día fuera muy especial.

—¿Qué es lo más distinguido que uno puede comer? —preguntó.

—Comida francesa.

—Bueno, entonces francesa —respondió.

Comenzó a sospechar que no estaba lo suficientemente elegante como para una comida distinguida. Sus uñas estaban un tanto sucias, tenía las medias rotas y la chaqueta estaba manchada de grasa. Además, la falda se le había arrugado de tanto estar sentada. Pero papá dijo que la gente distinguida no se preocupaba por esas pequeñeces.

Fue un placer ir en el auto con papá. El auto era hermoso y papá era excelente conductor. Cuando mamá conducía no se le podía hablar. Iba con la mirada fija en la calle, agarraba el timón con fuerza y peleaba constantemente con los otros autos. Papá conducía como si estuviera caminando. Incluso la miraba cuando le hablaba. Cuando llegaron a la oficina de papá y del tío Johnny, estacionó el automóvil en un espacio diminuto con sólo dos movimientos. Mamá hubiera necesitado de varios intentos para estacionar el automóvil en un lugar tan pequeño.

Papá había puesto un leirero nuevo a la entrada del negocio. En naranja y verde se leía: *K & K Publicidad*.

(Antes decía: *Hnos. Kratochwil, Publicidad de todo tipo*.) Papá dijo que el letrero antiguo ya no llamaba la atención.

Arriba los esperaba el tío Johnny. Era más joven que papá y se veía elegantísimo. Llevaba el cabello hasta los hombros, tenía puesto un pantalón de terciopelo rosado y botas altas. Llevaba una camisa de seda blanca bordada y, alrededor del cuello, una cadena de plata larga y gruesa de cuyo extremo colgaba un ojo de vidrio auténtico.

—Es de un almacén ortopédico —dijo el tío Johnny, y le regaló la cadena con el ojo de vidrio a Susi, porque ella era su sobrina preferida. Susi se la puso y preguntó:

—¿La puedo llevar al colegio?

El tío Johnny opinó que sí. Dijo que habría usado una igual en su niñez si alguien se la hubiera regalado. Papá dijo que eso era mentira. Afirmó que el tío Johnny siempre había sido un cobarde y que no se hubiera atrevido a llegar con el ojo hasta la puerta del colegio. El tío Johnny dijo que eso era una ofensa.

—Caballero, lo reto a un duelo —le gritó a papá.

Susi le entregó a cada uno una regla de dibujo. Entonces dijo:

—¡Atención! ¡Listos! ¡Ya!

Papá y el tío Johnny se batieron entre sí hasta que la regla de papá obligó al tío Johnny a refugiarse en el baño.

Sonó el teléfono y Susi gritó:

—¡Buenos días, baños para perros «La felicidad del Bulldog»! —y luego—: No necesita disculparse, señor. Cualquiera puede marcar un número equivocado. ¡De veras, lo siento! ¿Dice que llama a la firma de propaganda Kratochwil? ¿La que se trasladó a Alaska? Sí, sí, lo sé. Ahora hacen publicidad para los osos polares. Pero, por favor, señor, si alguna vez nos necesita, nuestros baños para perros estarán siempre a su disposición.

Papá y tío Johnny se murieron de risa junto al auricular. Susi no se explicó por qué había sentido tanto recelo de volver a ver a papá.

El tío Johnny preguntó después:

—Y bien, respetable señora sobrina, ¿cómo le va a usted?

Susi respondió:

—En el momento como a un oasis reseco que recibe las gotas de lluvia.

—No te pongas tan poética —dijo papá.

Entonces fueron a un restaurante muy francés. Todo era rojo, blanco y azul: los manteles, las servilletas y los percheros del guardarropa. Lo que no era rojo, blanco o azul, era de latón o de mármol.

Papá y el tío Johnny pidieron primero algo que sonaba como *Bu-la-bés*. Sonaba bien, pero era de pescado y Susi prefirió un pastel caliente llamado «Luis XIV». Después comieron un plato que el camarero llamó *Cha-to-bri-an*.

El camarero lo trajo todo de la manera más distinguida. Acercó una mesita a la mesa. En la mesita puso una tabla y un cuchillo largo y afilado. Luego llegaron dos camareros más. Deslizaron otra mesita. En ella pusieron la bandeja de plata con el *Cha-to-bri-an*. En ese momento apareció un supercamarero. El supercamarero levantó el *Cha-to-bri-an* de la bandeja de plata, lo puso sobre la tabla, y lo cortó con el cuchillo largo y afilado.

Cortó despacioso, con devoción, emocionado.

—Tiene manos de cirujano —susurró papá y le guiñó el ojo a Susi. Mientras el supercamarero trinchó la carne, los otros camareros les sirvieron arvejas, zanahoria redonda, espárragos y pequeñas croquetas de maíz. Luego llegó otro camarero y acercó otra mesita. Sobre ella había salsas y especias.

El *chef* abrió la botella de vino para papá y para el tío Johnny. Giró e inclinó la botella como un mago de circo cuando dice: «Sin trucos, sin engaños, sin doble fondo». Papá y el tío miraron la botella admirados.

—*Cha-to-nef-di-pap* —murmuró papá.

—Cosecha de mil novecientos cuarenta y siete

—susurró el *chef*. El tío Johnny hizo una venia dando su aprobación.

Más tarde le trajeron a Susi un *Par-fé-o-ca-fé*, que resultó ser simplemente un helado de café. Papá comió un queso con un nombre impronunciable y el *chef* insistió en que bebiera algo con el nombre de *Scha-tó-e-to-ai*.

Finalmente, volvió a aparecer el supercamarero. Trajo la cuenta envuelta en una servilleta de tela sobre una bandejita de plata. Papá levantó un poco la servilleta para poder ver los números al final de la cuenta. Sacó enseguida un billete del bolsillo. ¡Un billete grande! Lo deslizó bajo la servilleta con mucha naturalidad y el supercamarero, con la misma naturalidad, se llevó la bandeja. Luego trajo el cambio bajo la servilleta. Susi no era nada buena en matemáticas y en conjuntos, pero una resta común y corriente, la podía hacer. Del grueso billete restó mentalmente el cambio y se quedó petrificada. Papá había pagado por el almuerzo la misma cantidad que solía darle a mamá para toda una semana. En esas ocasiones le decía siempre a mamá:

«¡No entiendo por qué no te alcanza el dinero para nada!»

—¡Cómo has cambiado! —dijo Susi.

Papá no entendió lo que Susi había querido decir. El tío Johnny sí entendió. Le guiñó el ojo y rió:

—Es obra mía, querida. Ha vuelto a vivir. Ya no es la momia que era. Ahora podemos sentirnos de nuevo orgullosos de él, mi adorada sobrina.

Susi asintió, pero no se sintió demasiado entusiasmada. De repente se acordó del perfume Dior del aeropuerto. Sin embargo, no tuvo tiempo para pensar en ello pues estaba por llegar otra sorpresa: El *chef* se despidió de papá y le dijo que regresara pronto. En ese momento, le dijo a Susi:

—Esta señorita es como copiada de la señorita mayor.

—¿Cómo? —preguntó Susi.

El *chef* repitió:

—Usted y su hermana son como dos gotas de agua. ¡Los mismos ojos azules, la misma nariz!

Susi quiso preguntarle dónde había conocido a su hermana, pero en ese preciso momento una señora pasó junto a ellos y miró sorprendida el ojo de vidrio que colgaba del cuello de Susi. Papá le hizo una señal y le susurró al oído:

—Le pertenece a la abuela. Lo hemos sacado a pasear un rato. Como la abuela es parálitica, el ojo no tiene muchas oportunidades de ver la luz del sol.

La dama movió la cabeza indignada, pero en ese momento miró a papá un poco más de cerca. Papá sonrió y entonces la dama le devolvió la sonrisa.

Más tarde, ya en el auto, sentada entre el tío Johnny y papá, preguntó:

—¿Cómo es que el *chef* conoce a Irmí?

El tío Johnny se rió:

—Mi adorada sobrina. No sólo la conoce, sino que la adora sobre todas las cosas. Dice que es más tierna que un *entrecôte* curado durante seis semanas, más chispeante que la *Champagne-Rosé*, dulce como el *Eclair au Chocolat* y tan excitante como la *Salade Niçoise*.

—Y tan llena de aroma como el «*soufflé au fromage*» —añadió el papá. Susi no conocía el suflé de queso, no sabía nada de *eclairs*, y menos de *entrecôtes*. Pero ¡conocía a su hermana y los dientes le rechinaban de la rabia!

Papá era observador y, aunque estaba adelantando un auto, se dio cuenta de que Susi estaba furiosa.

—¿Estás furiosa? —preguntó.

—Contigo no —rechinó Susi.

—No será tampoco conmigo —dijo el tío Johnny.

—Con Irmí —dijo Susi.

—No seas tonta —dijo papá riéndose—. Cuando el *chef* te conozca tan bien como a ella, dirá que eres tan bella como el *Ris de Veau a la Financiere*.

Susi asintió y sonrió. Fingió que la rabia le había pasado, pero aún estaba furiosa. Papá era muy ingenuo si creía que esos cumplidos

franceses ridículos sobre comidas le gustaban.

«¡Qué hermanita la mía! Finge odiar a los hombres. Dice que todos son unos ordinarios. Dice que no quiere saber nada de papá. ¡Qué cantidad de cosas decía de él aquella vez en Yugoslavia! ¡Y va constantemente a restaurantes franceses con papá y el tío Johnny! ¡Y monta en Alfa-Romeo! Seguramente los martes y viernes, cuando dice que va a estudiar latín a casa de su amiga».

Descargó toda su furia al sonarse y murmuró:

—¡Seguro que es suflé de queso! Eso es lo que ella es: ¡requesón con vinagre y aceite!

Entonces olvidó su rabia. Papá se dirigió a los bosques de Viena. El guardabosques tenía dos perros, cuatro vacas y tantos gatos que era imposible contarlos. Susi jugó con los gatos. Uno de ellos era exacto al gato Felipe. Mientras tanto, el papá y el tío Johnny hablaron de negocios y de un pobre fabricante de muebles de oficina que había producido diez mil sillas de la marca *Boss* y que ahora nadie quería comprárselas. Estaba al borde de la ruina y por eso había visitado la agencia publicitaria *K & K*.

Papá dijo:

—Johnny, utilicemos las sillas *Boss* para la cubierta del catálogo de muebles.

El tío Johnny dijo:

—Y en la propaganda de las máquinas de

afeitar sentemos al que se afeita en una silla *Boss*.

Papá preguntó:

—¿Crees que la niña que come cereal deba sentarse en una silla *Boss*?

El tío Johnny asintió emocionado. Susi no entendió y preguntó por qué tenían que sentar a todo el mundo en unas sillas que a nadie le gustaban.

El papá le explicó:

—Es tan claro como el agua. Cuando la gente ve una silla con tanta frecuencia, piensa: «Esa silla tiene que ser estupenda».

—Además —añadió el tío Johnny—, la silla va quedando en el subconsciente.

Al decir eso, le dio una palmadita en el estómago, por lo cual Susi concluyó que el subconsciente quedaba en el estómago. Pero eso no era lo más importante. Lo importante era que ahora entendía algo de publicidad.

«¡Propagabanda! ¡Anuncios! ¡Ésa es la clave!», se dijo para sí misma. «Si hubiera sabido esto hace un mes, Salamandra de Fuego ya se habría enamorado de mamá».

Cuando llegó a casa le fue mal. Mamá y la abuela le prohibieron que llevara el ojo de cristal. La abuela gritó:

—¡Ese adefesio al cuello es lo más terrible que jamás haya visto!

Susi no quería quitarse el ojo de cristal, pero mamá tenía más fuerza y le arrancó la cadena de un solo tirón. Le dijo que no iba a permitir que enloquecieran a sus hijas. Susi estaba a punto de explotar de la rabia, y en ese momento recordó que al mediodía también había tenido otro ataque de rabia. Se dirigió al cuarto de los chécheres y sobresaltó a Irmí, que como siempre, leía una novela policiaca. Le reprochó que le hubiera mentado con respecto a papá, pero eso no afectó en lo más mínimo a Irmí.

—Escucha, niña, no tengo por qué rendirle cuentas a un gusano.

—Debieras habérselo dicho a mamá —le aclaró Susi.

—¡Ni más faltaba! —gritó Irmí—. No tengo la culpa de que se hayan separado. Tengo derecho a ver a mi padre tantas veces como quiera, y no cuando mamá diga.

—¡Antes hablabas muy distinto, falsa! —rugió Susi.

—Uno puede cambiar de opinión, ¿no? —gritó Irmí—. Me he dado cuenta de que tanto papá como mamá son buenas personas. Lo que pasa es que no se entienden.

—Eso no es así —dijo Susi—. Dos buenas personas se tienen que entender.

Irmí no contestó y se rió burlona.

Susi añadió:

—Papá y mamá se casaron. ¿Cómo es posible

que no se hubieran dado cuenta de que no eran el uno para el otro?

—¡Diablos! —dijo Irmí—. Eres una estúpida. Antes de casarse no se conocían bien.

—Eso sí que es una estupidez —repuso Susi—. Fueron novios durante tres años. Mamá me lo contó.

—Hay una diferencia muy grande entre ser novios y conocerse bien —la instruyó Irmí—. ¿Sabía acaso papá que mamá iba a andar diez años después con rulos en la cabeza por toda la casa? ¿Sabía que se iba a engordar y que por eso sentiría celos de todas las delgadas? ¿Y que además iba a tener constantes dolores de cabeza y jaquecas? ¿Y que le iba a caer el tío Johnny en el mismísimo hígado? ¿Pudo papá haber sabido todo eso, eh?

Susi negó con la cabeza, muy preocupada.

Irmí siguió diciendo:

—¿Pudo haber sabido mamá que papá comenzaría a odiar a la familia de mamá? ¿Y que le gustaría más salir con sus amigos que con ella? ¿Sabía mamá que papá abriría la agencia de propanga Kratochwil en vez de quedarse en la fábrica grande y ser el apoderado?

Susi no sabía nada eso. Hasta este momento no sabía que los rulos, el tío Johnny, la *Propaganda K&K* y las jaquecas fueran tan importantes. Pero aclaró testaruda:

—Mira, Irmí. Si mamá se ha vuelto terrible

entonces papá también. Yo los quiero a los dos, y por lo tanto no pueden ser tan terribles. Y si los quiero a ambos, entonces también podrán que-
rerse el uno al otro, ¿o no?

Irmí suspiró.

Susi decidió no discutir más. Lo más impor-
tante era salir de allí. ¡Lo más importante era
Salamandra de Fuego!

Hacia unos días Novotny le había contado
que Salamandra de Fuego tenía una casa en
Newaldegg con jardín y con un gato.

Sacó su maleta de debajo de la cama, y buscó,
entre todos los chécheres, el cuaderno de ale-
mán.

—Por la tarde se avivan los perezosos —se
burló Irmí.

—Más vale tarde que nunca —murmuró
Susi. Desde que vivían con la tía Alicia, am-
bas habían aprendido una buena cantidad de
refranes.

En realidad Susi no tenía la intención de
hacer la tarea de alemán. Iba a decir en el cole-
gio que, por desgracia, su cuaderno se le había
quedado en la casa. ¡Pero la propaganda antes
que el bien propio! Tomó el cuaderno y se
sentó a la mesita. Se mordió el pulgar y pensó.
Tenía que escribir una composición corta so-
bre el bosque. Destapó la estilográfica y escri-
bió:

EL BOSQUE

*Ayer estuve con mi madre en el bosque. Mi
madre es muy bella y muy querida. Tiene cabe-
llo rubio claro y se ha engordado un poquito.
Sus dientes son bellos y muy blancos, lo que a
su edad es una rareza, como dice su dentista.
Mamá es también muy hábil y amable. Tiene un
puesto de gran responsabilidad en una tienda de
moda.*

¡En el bosque lo pasamos muy bien!

—Así está bien —dijo Susi—. Es **suficiente**
para empezar.

—¿**Quieres que 'lo lea para** corregirte los
errores?

—No, **gracias** —respondió Susi—. Yo no
cometo errores.

En este momento se le ocurrió algo. Sacó
del cajón un papel **secante** nuevo y pintó un
dibujo de una **mujer hermosa: con cabello**
rizado, con **busto de artista y talle de avispa**.
Por desgracia **el busto** y las piernas le queda-
ron **demasiado cortas**.

Levantó la hoja y preguntó:

—¿**Quién crees que es?**

Irmí miró con cuidado:

—Es el ama de llaves de la Villa Irminger
—afirmó convencida.

—¡Tonta! —dijo Susi indignada—. ¡Es mamá!

—Bueno, pero no se lo enseñes a ella por nada del mundo —se rió Irmí—. Sabes lo sensible que es cuando se trata de su aspecto.

Irmí siempre tenía que criticarlo todo.

Los rizos le habían quedado muy parecidos, y en realidad las piernas de mamá no eran largas.

Susi escribió con letra de molde debajo del dibujo: MAMÁ, y guardó la hoja en el cuaderno de alemán. Después se acostó tranquila.

CAPÍTULO VI



Al día siguiente, Salamandra de Fuego preguntó si alguien quería leer la composición sobre el bosque. Susi levantó la mano, lo que sorprendió enormemente al profesor. Era la primera vez que Susi se ofrecía. Le dio permiso para que leyera, y cuando Susi acabó la lectura, toda la clase se rió.

—Uno no se ríe de una compañera —dijo Salamandra de Fuego, lo cual fue muy amable de su parte. Susi le sonrió.

—Kratochwil —dijo Salamandra—, tu composición está incompleta. No has dicho nada sobre el bosque, sino sobre tu digna señora madre.

Susi asintió radiante y pensó: «Digna señora

madre, ha dicho», y se sentó sintiéndose satisfecha.

Desde ese día, Susi hizo todas las tareas de alemán. Incluso hizo trabajo extra. Si Salamander ponía de tarea diez frases, ella hacía veinte. Si decía «Una página, por favor», Susi escribía dos. Le entregó trabajos preciosos. Por ejemplo, cuando tuvo que escribir palabras terminadas en able, al, dad, ente, cia, illa, Susi escribió en su cuaderno: «Madreable, madre real, madre ad, madre triente, madre ncia, madre illa».

Salamandra de Fuego no podía dejar de contemplar a Susi con sorpresa. A veces se quedaba mirándola por minutos enteros. Susi lo notó y no se quería cambiar por nadie.

En una ocasión estaba en su casa haciendo la tarea de alemán. Tenía una lista de verbos, y debía usar cada uno de ellos tanto en voz activa como en voz pasiva. Esto fue lo que escribió:

La bella mamá recoge.

La buena madre destroza.

La valiente mamá resiste.

La inteligente mamá encuentra.

La bella mamá es recogida.

La buena madre es destrozada.

La valiente mamá es resistida.

Irimi la miró por encima del hombro horrorizada:

—¿Acaso pretendes convertir a Salamander en tu enemigo?

—Todo lo contrario —respondió Susi y escribió: «La inteligente mamá es encontrada».

Salamandra de Fuego era muy cariñoso con Susi. Siempre revisaba su cuaderno antes que los de los demás y leía sus trabajos con detenimiento. A veces le acariciaba la cabeza. El asunto era todo un éxito, pero para el gusto de Susi, iba demasiado lento. Se acordó que el tío Johnny le había hablado en una ocasión de los mensajes subliminales. En la siguiente visita que le hizo a papá, le preguntó más sobre los mensajes subliminales. Pero papá le explicó mal o Susi no entendió bien. De todos modos se formó sus propias ideas acerca de los mensajes subliminales, y las aplicó en el siguiente dictado de alemán.

Salamandra de Fuego abrió un libro de Fábulas y dictó: «El diablo y la modista». Susi escribió: «La madre y la madre», y continuó:

Érase una vez una madre que era tan maternal que no se podía encontrar otra tan azul y tan verde. Una vez dijo la madre medio en madre que quería con la madre sobremadrear. La madre la inmadrearía. La madre tenía más madre

que lo que uno podría madrecir. Entonces madijo bajo la madre todo lo que arriba había sobre la madre lo madreció.

Así siguieron dos páginas más, y para terminar, Susi escribió sobre el papel secante: «Madre, madre, madre», y le entregó el cuaderno. Le hizo un guiño a Salamander y volvió a su puesto.

Estuvo de excelente humor durante las dos horas restantes. Sabía que había logrado algo extraordinario. «La felicidad es un pájaro», le decía a veces la tía abuela Alicia. Susi creía haber capturado el pájaro.

Como era jueves, le costó trabajo ir a casa. El jueves era el día de las albóndigas de ciruelas. Todos los jueves, desde hacía cuarenta años, la tía abuela preparaba ese plato, aunque fuera Navidad o el cumpleaños de la abuela. Decía que no iba a cambiar por Susi. Todos sabían que ella odiaba las albóndigas de ciruela, pero a la tía abuela eso la tenía sin cuidado. Cada jueves le servía un plato enorme de albóndigas, y Susi, que no podía tolerar ni siquiera el olor, tenía que apartar la nariz antes de enfermarse.

—El mejor cocinero es el hambre —decía la tía abuela.

—Querida tía abuela, tus platos no conquistan ni al hambre —entonces, la tía abuela se enfurecía y decía que la masa de las albóndigas llevaban cuatro huevos, que habían sido freídas en

mantequilla y que el jugo de ciruelas había sido hecho en casa.

A pesar de todo Susi no se comió las albóndigas. Apartó el plato y se puso de pie.

—¡No creas que se te dará otra cosa de comer! —exclamó la tía abuela.

Susi se dirigió a la puerta y antes de cerrarla dijo:

—Mañana almorzaré con papá. ¿Qué importa no comer hoy, si mañana comeré doble ración de pato pequinés?

La tía abuela la miró indignada como si hubiera dicho algo indecente.

—¡Pato de Pekín! Siempre he dicho que Fred maleduca a las niñas. ¡Pato de Pekín! —abrió violentamente la puerta de la cocina y fue tras de Susi—. Cuando te enfermes por comer esas porquerías, no vengas a que te cure. ¡No seré yo quien lo haga! ¡Además, un tal doctor Eidechse ha llamado! —gritó.

—¿Quién? —Susi se quedó petrificada.

—Un doctor Eidechse —repitió la tía abuela—. Se supone que es tu profesor de alemán.

—¡Salamandra, Salamandra! —gritó Susi emocionada—. ¡Salamandra de Fuego ha comenzado a arder!

Saltó en una pierna. Por poco se le tira al cuello de la tía abuela de la emoción. La tía la apartó, pero eso bastó para que le perdonara lo de las albóndigas de ciruelas.

Le pidió más detalles. Al principio la tía abuela dijo lo de siempre: «Que no sabía nada porque a ella nunca nadie le contaba nada», pero luego continuó:

—El doctor Eidechse llamó porque quiere hablar con Carolina. Yo le dije que ella no llega sino hasta el anochecer, pero como dijo que era urgente, le di la dirección de la *boutique*.

—¿Eso es todo? —investigó Susi.

—¿Que más? ¡Ah, sí! Carolina llamó para avisar que hoy llegará más tarde porque tiene una cita con el doctor Eidechse.

—¡Ha resultado! —exclamó Susi.

Salió corriendo al cuarto y como la tía abuela no encontró un refrán apropiado para este comportamiento tan singular, exclamó quejumbrosa:

—Uno sólo debe alegrarse de la mañana cuando ha llegado la tarde.

La buena de la tía no sabía cuánta razón tenía al decir esto.

Susi pasó toda la tarde imaginándose el encuentro entre Salamandra de Fuego y Carolina Kratochwil. Tal vez Salamandra de Fuego dijera:

«Señora, no puedo vivir más sin usted». O:

«Digna señora Kratochwil. ¡Yo mismo no sé cómo ocurrió, pero mi subconsciente me obliga a conocerla!»

Desde las siete Susi comenzó a esperar a mamá en la puerta de la casa. La tía abuela no se dio cuenta de esto porque no la estaba viendo. Estaba en ese momento limpiando los estantes de las mermeladas, y murmurando:

—El orden hay que aprenderlo y practicarlo. El orden ahorra tiempo y esfuerzo.

La abuela y la tía llegaron y le ordenaron que entrara en la casa enseguida. Irmi llegaba de estar con papá y le dijo a Susi que pescaría un resfriado.

Beni fue hasta la cerca y le dijo:

—Oye, Susi, ven.

Susi movió la cabeza negativamente.

—¿Te convertiste en un centinela o es que la vieja te echó de la casa? —preguntó Beni.

—Estoy esperando un cambio radical en mi vida —exclamó Susi.

Ante esto, Beni decidió no interrumpir y, dio media vuelta hacia su casa. Por fin llegó mamá. Se veía pálida. Susi se admiró de que la felicidad la hubiera transformado tan rápidamente. Mamá abrazó a Susi y le susurró:

—¡Pobre hija mía! ¡Mi querida hija! ¡Mi tesoro!

De nuevo todo era como en el cine, pero no como en el cine antes de una boda, sino como en el cine antes de que alguien muriera. Susi se extrañó. Era cierto que la mamá exageraba con frecuencia al expresar sus sentimientos, pero nunca representaba la película equivocada.

—¿Qué pasa? —preguntó Susi.

Mamá comenzó a sollozar y dijo que se había preocupado poco por Susi, que la había dejado sola con sus problemas, pero que intentaría reparar su descuido.

Susi llevó a mamá a la alcoba. La tuvo que sostener, pues estaba muy débil. Después de un rato supo por qué mamá estaba tan confundida y desesperada. Sus dientes rechinaban como el cascajo bajo unas botas con clavos.

Salamandra de Fuego le dijo a mamá que Susi se había enloquecido, que tenía un trastorno psicológico horrible, una neurosis o algo peor. Como prueba le mostró a mamá el cuaderno de alemán, y añadió que si no hacía algo pronto por curar a Susi, estaría perdida.

Susi tenía un gran dominio de sí misma. Aunque en este momento se unía a su gran rabia la tristeza de una esperanza perdida, pensó con tranquilidad y claridad en cómo habría de comportarse.

Decidió hacerse la tonta y dijo:

—Mamá, yo no oigo mal. Salamandra dijo claramente: «Madre, madre». Eso fue lo que dictó.

La mamá acarició suavemente la cabeza de Susi y susurró.

—¡Sí, sí, mi gorrioncita! No te preocupes. Arreglaremos esto.

Susi preguntó:

—¿Puedo ir un rato a casa de Beni?

No quería estar más con mamá. El tema de la conversación no le agradaba.

—Sí, sí, mi conejita —susurró la señora Kratochwil—, ve, pero vuelve pronto.

Susi salió de la casa dando pequeños pasos y vacilando. La mamá la observó llena de melancolía.

En cuanto dio la vuelta a la esquina comenzó a correr. Galopó hasta la cerca, la saltó y llegó al jardín de los Meier. Tocó a la puerta como si la fuera a tumbar. El señor Meier abrió la puerta.

—¿Hay fuego, señorita?

—Acabo de perder una gran esperanza —dijo Susi— y quisiera hablar con Beni.

—Mis condolencias más sentidas —dijo. Cuando llegó Beni, el señor Meier se retiró. Era un hombre con tacto y no deseaba molestar.

Susi le contó todo a Beni con gran detalle y para acabar le preguntó:

—Dime Beni: ¿crees que actué como una tonta?

—Como tonta y media. Una basura completa —le aclaró Beni y le preguntó luego—: Y ¿qué vas a hacer ahora?

—Todavía me queda el doctor Hieberger. Podría fingir dolor de muelas para que termine conociéndose bien con mamá —dijo Susi.

Beni negó con un movimiento de cabeza.

—El doctor Hieberger no pertenece al seguro.

por lo tanto tu mamá no te llevará allá, y en segundo lugar, la ayudante no te ayudará.

—¿Y qué tiene que ver la ayudante con mi dolor de muela? —exclamó Susi.

—Pues que está casada con el doctor Hieberger y tienen dos hijos.

Susi se entristeció. El futuro no era nada halagador.

—Lo de la publicidad es correcto —dijo Beni—. Lo que necesitas es un nuevo producto y una propaganda más adecuada.

—¿Cómo?

—Un hombre distinto, quiero decir. Y tienes que proceder con más tino.

—No conozco a ningún otro hombre.

—¿Has pensado en mi padre?

—¡Beni! —Susi dio un brinco y lo abrazó—. ¡Eres un genio! Tu padre es mucho mejor que Salamandra de Fuego. ¡Y podremos hacer la propaganda juntos! —gritó Susi.

Susi se volvió a esperar con esta nueva idea. Comenzó a planear con Beni una detallada campaña publicitaria, pero en ésas los interrumpió el señor Meier que entró en el cuarto y dijo:

—Perdonen que interrumpa, pero afuera hay una señora que está gritando como una loca.

—Debe de ser mi querida madre —dijo Susi, y le dio las gracias al señor Meier con una sonrisa de oreja a oreja.

—No lo sé —murmuró el señor Meier—. Nunca he podido distinguir a las Buchinger.

—Mi madre es la más querida y las más bella de las Buchinger —dijo Susi.

—Es posible —opinó el señor Meier—. Aunque de pequeña era la más gorda y la más llorona del barrio.

—¿Hace tanto tiempo que la conoce? —preguntó Susi.

—Claro —respondió el señor Meier—. Nosotros siempre hemos vivido aquí y también ellas.

—Y, ¿jugaba siempre con ella? —preguntó intrigada Susi.

—¡Dios me libre! —exclamó el señor Meier.

—¿No le gusta mi madre? —preguntó Susi, mirando fijamente al señor Meier como conjurándolo. Éste no se atrevió a negarlo, pero dijo:

—Está a punto de enloquecer: ¡Una auténtica Buchinger!

Susi salió corriendo. Mamá la estaba esperando y le dijo que ya era hora de irse a dormir. Le preguntó si tenía fuerzas para saltar la cerca. Con un hilo de voz dijo que lo intentaría. Susi tenía fuerzas de sobra para trepar la cerca, claro está. Esto alegró a mamá, que aprovechó para decirle que al otro día no tendría que ir al colegio porque visitarían al médico en la mañana.

Susi no les tenía miedo a los médicos. Todo lo contrario, le gustaban. Siempre le pedían que

dijera «Aaaaa», le auscultaban la espalda y le descubrían los pies planos.

Pero ese día iría a donde otro tipo de médico: A donde un psicólogo.

Irmí estaba a punto de salir para el colegio.

—¿Qué otra bobada se te ha ocurrido ahora? —preguntó Irmí.

Susi contestó con los ojos cerrados:

—Ninguna. Soy una neurótica.

Irmí le respondió:

—A mí no me vas a convencer de que estás loca. No sé qué pretendes con las mil madres en tu cuaderno de alemán, pero estás tan loca como yo.

—Tal vez tú también estás loca.

—¡Vaca tonta! —dijo y salió del cuarto.

«Si me sigo haciendo la tonta, tal vez el psicólogo me prescriba un tratamiento especial y yo no quiero que me hagan tratamientos. Además, el seguro no cubre ese tipo de enfermedades. Sería terrible que mamá tuviera que gastar dinero por una bobada así», pensó Susi.

La tía Alicia le trajo el desayuno al cuarto. Infortunadamente, se trataba de galletas y de agua de manzanilla. ¿Qué significaba esto? ¡Estaba enferma del alma, pero no del estómago!

La tía abuela dijo que el alma y el cuerpo estaban unidos para siempre.

Mientras tomaba un sorbo de agua de manzanilla, Susi pensaba en cómo ingeniárselas para enfrentar al psicólogo.

Mamá entró en el cuarto, le ayudó a vestirse con su mejor vestido y la peinó. Todavía no sabía cómo comportarse con el psicólogo. En el auto tampoco logró concentrarse. No había terminado de acomodarse en el asiento cuando ya estaban frente a la puerta del doctor. Susi pensó:

«Ya se me ocurrirá algo en la sala de espera, antes de que llegue nuestro turno».

Por desgracia no había ni un solo paciente. Una ayudante bellísima las condujo de una vez ante el doctor. Se parecía al tío Johnny, y un poco a papá.

Susi no sintió que fuera necesario hacerse la tonta ante ese hombre. Se dio cuenta de que no le creería ninguna de las mentiras que se le ocurriera. De todos modos, comenzó diciendo cortésmente:

—Buenos días, doctor.

El doctor también le dijo cortésmente:

—¡Buenos días!

El doctor dijo que la madre de Susi ya le había contado algo por teléfono y que además había hablado con el doctor Salamander. Mamá quería contarle algo sobre las circunstancias de la vida de la niña, pero el doctor opinó que eso podía esperar. Le pidió a mamá que saliera del consultorio y le dijo que podía ir tranquilamente a una cafetería pues era posible que la consulta se prolongara.

Con seguridad mamá hubiera preferido que-

darse en el consultorio, pero le obedeció al médico. Besó a Susi, dijo que de momento no deseaba tomar café y que prefería quedarse en la sala de espera.

Susi se quedó sola con el doctor, y éste le preguntó si sería tan amable de someterse a un par de pruebas. Susi se sentó en una hermosa silla roja. La mesa, que también era roja, era preciosa. El doctor le entregó unas figuras sin terminar para que Susi las completara.

Luego le entregó unas figuras para que las mirara. Eran manchas de tinta.

Susi debía decir a qué se le parecía cada una de las manchas, lo cual le pareció muy divertido. Una de las manchas le recordó el mar, y otra, al gato Felipe.

A la tía Alicia la asoció con una mancha gruesa y muy negra.

Después el doctor le dio una hoja en la que había una línea con letras. En algunas partes faltaba una letra. En lugar de la letra había un punto. Más o menos así:

MAN.BOC.PIERN.BRAZ.

Susi tenía que averiguar qué letras iban en el lugar de los puntos. Lo pudo hacer a ojo cerrado. Había hecho este tipo de ejercicios muchas veces, porque era una de las pruebas del examen de admisión para pasar al bachillerato.

Luego tuvo que unir un montón de triángulos y cuadrados para que formaran un cuadrado

grande. Ese ejercicio no le gustó. Se quedó mirando al doctor y le preguntó:

—¿Es usted un médico de verdad?

El doctor asintió.

—¿Un médico de verdad tiene la obligación del secreto? ¿No puede contarle a nadie lo que los pacientes le cuentan en la consulta?

El doctor asintió de nuevo. Afirmó que él callaría como una tumba.

—¿Palabra de honor? —preguntó Susi.

El doctor le dio su palabra de honor.

—¡Yo no estoy loca! —dijo Susi.

El doctor dijo que él nunca había dicho tal cosa.

—Tampoco tengo ninguna perturbación —aclaró Susi.

El doctor dijo que eso tendría que averiguarlo.

—No hay ninguna necesidad de que lo averigüe. Yo lo sé —dijo Susi—. No he entendido bien en qué consiste la publicidad, pero no estoy loca. Vivo con mi abuela y con mi tía abuela. ¿Tuvo alguna vez una tía abuela?

—Todavía tengo una —suspiró el doctor. En este momento Susi sintió una misteriosa simpatía por él.

—Quiero irme de la casa de la abuela y de la tía abuela. Pensé que si mamá se casaba con el doctor Salamander, lo lograría.

El doctor asintió; no pareció sorprenderse. Eso era agradable.

—He estado escribiendo todo este tiempo «madre, madre» porque no he entendido bien lo de los mensajes subliminales. Pensé que el mensaje se iría introduciendo poco a poco en la mente de Salamander y que comenzaría a sentir nostalgia por mamá.

El doctor dijo que consideraba a Susi totalmente normal, pero le aconsejó que en adelante no se metiera en la vida de los adultos.

—Pero doctor —protestó Susi—, ¿por qué no? ¡Los adultos se meten constantemente en mi vida! ¿Usted cree que yo vivo voluntariamente con el sargento y con la tía abuela?

El doctor no lo creía, pero opinó que tenía que intentar llevarse mejor con la tía abuela. Y añadió:

—O por lo menos déjala tranquila si es que no puedes llevarte bien con ella. No te pongas en su contra.

—¡Ah! —gritó Susi —¡Ella es la que no me deja tranquila! Siempre quiere algo de mí. «¡Entra en la casa! ¡Quita los pies de la silla! ¡No dejes nada en el plato!» Y en ninguna parte puede uno sentarse tranquilo porque va de aquí para allá limpiando el polvo y las manchas.

—¿También te dice refranes? —preguntó el doctor.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Susi sorprendida.

El doctor murmuró:

—¡Yo también tengo una tía abuela!

El doctor llamó a mamá y le dijo que Susi era totalmente normal. No le había encontrado ninguna perturbación. Mamá se alegró mucho. El doctor también dijo que Susi no volvería a escribir «madre, madre, madre», y añadió:

—Señora, yo puedo tratar enfermedades mentales, pero cuando las dificultades tienen su origen en el medio ambiente, y este ambiente no se puede cambiar, no hay nada que yo pueda hacer.

Mamá lo miró confundida y preguntó:

—¿Qué quiere decir con eso, doctor?

—¡Se refiere a la tía abuela Alicia! —exclamó Susi.

Mamá la miró aún más confundida. El doctor sonrió y asintió. Entonces mamá pagó la consulta.

Susi dijo con excelentes modales:

—¡Hasta la vista, doctor!

—Esperemos que no —suspiró mamá.

Susi le tendió la mano para despedirse y pensó: «Ha recibido un magnífico honorario sólo por haberme dicho que también tiene una tía abuela que dice refranes».

CAPÍTULO VII



La monotonía de los días que siguieron fue total. No hubo cambio alguno. Susi no visitó a papá, pues éste salió de viaje de negocios por tres semanas. El tío Johnny se ofreció a llevarla a comer, pero no aceptó porque ya lo había hecho una vez y se había aburrido mucho. El tío Johnny invitó, en esa ocasión, a una señorita que no le gustó. Tenía los ojos aún más azules y el pelo aún más rubio que la tía Irmela. Con seguridad vendería en un solo día todas las existencias de la tienda de la abuela.

Después del almuerzo, Susi le dijo furiosa a Irmel:

—Tenías que haberlo visto. ¡Miraba el plato como el perro de los Meier mira un hueso!

Irmi también había ido una vez a comer con el tío Johnny y la señorita de las zanahorias, y estuvo de acuerdo con Susi. El tío Johnny era demasiado bueno para una mujer así.

La Navidad se acercaba, y la tierra estaba fría y húmeda. Había nevado una vez, pero el paisaje aún no estaba blanco.

Susi sintió la cercanía de la Navidad, especialmente por el comportamiento de la tía Alicia. Aseó con mayor fervor la casa y comenzó a hornear dulces navideños. Las galletas olían delicioso.

Y aunque la tía abuela horneaba tantas galletas como para alimentar a todo un asilo de niños, no dejaba que probaran ni una sola.

La tía Irmela decía:

—¿Sabes, Susi? La tía empaca todos los dulces duros como piedras y los lleva como regalo a los niños pobres.

—¿Ha sido la tía abuela siempre tan cómica?

La tía Irmela prendió un cigarrillo y dijo:

—Ésa es una pregunta que me ha quitado el sueño en muchas ocasiones.

La tía Irmela abrió el armario, sacó un álbum grueso de fotografías y lo abrió.

—Mira esta fotografía —le dijo a Susi.

Susi miró la foto cuidadosamente. En la foto había una joven que podía ser la tía Irmela. Claro, si no tuviera puesto un vestido tan pasado de moda y el peinado no fuera tan extraño.

—¿Eres tú? ¿En un baile de disfraces? —preguntó Susi.

—Es la tía abuela —dijo la tía Irmela y cerró el álbum de nuevo.

Susi tomó el álbum. Buscó la página con la foto de la tía abuela, y la miró fascinada.

—¿Dónde tiene la barbilla de carnicero?

—Le salió más tarde. Y los ojos azules se le han vuelto más aguados y más grises con los años, el busto se le ha aplanado y el vientre le ha crecido. Ha sido tan despacio que nadie se ha dado cuenta —la tía Irmela apagó el cigarrillo y continuó—: En veinte años yo también me veré así y tus hijos preguntarán: «¿De dónde ha sacado la tía esa barbilla de carnicero?»

En esos días le dieron las calificaciones a Susi.

—¡Tengo muchos dieces, un nueve y ningún ocho! —dijo.

Era verdad. Tenía diez en gimnasia, en canto, en dibujo y en religión. Y ésos son muchos dieces. Tenía un nueve en conducta. No tenía ochos, pues en todas las demás tenía seis, y en inglés tenía un cinco.

A Susi no le preocupaban las calificaciones. Había aprendido muy poco, pero de ahora en adelante aprendería más y sus calificaciones mejorarían. Gracias a Dios nadie la reprochó. Todos sabían que había tenido «transtornos anímicos», e incluso los profesores fueron muy amables con ella. Salamandra de Fuego estaba encantado con

los trabajos de alemán. Incluso la frase más simple lo emocionaba.

Desde la consulta con el psicólogo, Susi no había vuelto a escribir una sola vez la palabra «madre». Ni siquiera en ocasiones en que hubiera sido imprescindible escribirla.

Susi e Irmí estaban acostadas y mamá vino a la alcoba. Les dijo que había tomado una determinación, aunque no sabía cómo decírsela a la abuela y a la tía abuela:

—Niñas, este año celebraremos, por primera vez, la Navidad. Yo sé que a ustedes no les gustan muchas cosas de esta casa. El árbol de Navidad, la tía Alicia... y puedo entenderlo. Por eso he pensado...

—¿Qué has pensado? —Susi saltó de la cama. Por un momento tuvo la tonta idea de que mamá quería pasar la Navidad en compañía de papá en Alsergrund, pero esa idea no se le había ocurrido a mamá. Sin embargo, la idea no era mala.

—Nos iremos a alguna parte en donde haya nieve. Voy a tomar vacaciones. Tengo los nervios a punto de estallar y Susi también necesita un descanso.

—Y yo necesito un nuevo pantalón de esquiar y una chaqueta —exclamó Irmí.

Mamá estuvo de acuerdo. Susi preguntó si podrían llevar los regalos de Navidad.

—¡Claro! —explicó mamá—. Saldremos el primer día de vacaciones.

Luego Susi se sentó en la sala y comenzó a hacer una tarea de geografía. Escribió:

Nuestra patria es el corazón de Europa. Los Alpes cubren dos tercios de ella. Tenemos los Alpes del norte, los Alpes del sur y los Alpes centrales. Están separados entre sí. Unos son calcáreos, otros son de granito y otros glaciares. Además, el Danubio atraviesa innumerables campos y cultivos. Se cosecha mucho vino. Pero los mineros no tienen mucho de qué reírse. También tenemos acero, telas y fábricas de azúcar, pero vivimos del turismo. ¡Amo a mi patria!

La última frase no era estrictamente necesaria, pero Susi opinó que una frase así siempre era apropiada, porque era un bello final y porque a los profesores les gustaba que uno amara la patria.

Ahora tenía que hacer la tarea de matemáticas. Era muy difícil dividir números de cuatro cifras por números de tres cifras. Con las piernas en alto y en una silla coja, era aún más difícil. Tenía que levantar las piernas porque la tía abuela estaba de nuevo encerando el piso. La tía abuela ya lo había encerado, pero por la tarde brilló el sol a través de la ventana y se vieron algunas imperfecciones.

Susi se había vuelto un poco más tolerante con la tía abuela, pues sabía que pasaría la Navidad sin ella. Incluso estaba dispuesta a ir a buscar los trapos de untar la cera. Después le ayudó a la tía abuela a limpiar la alfombra, y además se ofreció a limpiar con aceite las teclas del piano, lo cual era divertido. Uno podía producir las melodías más horribles, con la excusa de que una tecla tenía una mancha. Después la tía abuela le ayudó a Susi con la tarea de matemáticas.

¿Cuántas veces cabe quinientos ochenta y cuatro entre tres mil ochocientos ochenta y cinco?

Podría haber siete veces, podría ser también seis. Tenía que pensarlo con cuidado. Pero la tía abuela contestó sin dudarle:

—Naturalmente cabe ocho.

Susi dedujo que cabía siete veces y tuvo éxito. La receta siempre funcionaba: Siempre uno menos de lo que opinaba la tía abuela y la división salía perfecta.

—¿Siempre has sido así de buena para dividir? —preguntó burlona Susi.

—Lo que no aprende Juanito, no lo aprende Juan —respondió la tía que en ese momento se sintió adulada.

Susi miró a la tía llena de preocupación. Se acordó de la foto en el álbum de la tía Irmela. Trató de descubrir los rasgos hermosos del pasado en su rostro, pero le fue imposible.

Por la tarde, Susi e Irmela fueron a la *boutique* Soho-Lady. Tenían una cita con mamá, que saldría una hora más temprano. Irían a la agencia de viajes a buscar un lugar para las vacaciones de invierno.

Aunque mamá prometió salir de la *boutique* a las cinco y media, se demoró mucho más. Susi no podía dejar de moverse porque estaba haciendo un frío terrible. Había olvidado los guantes y aunque el abrigo tenía piel en los bordes, no tenía bolsillos. Además, necesitaba ir al baño.

—¡Siempre tienes que ir al baño! —dijo Irmela.

—Pero no hay ningún baño cerca.

—Entremos y busquemos a mamá —sugirió Irmela—. En la *boutique* tiene que haber un baño.

Entraron en la *boutique*, que tenía varias decoraciones navideñas. Había un enorme pino adornado con chales, gorros y cinturones. Del techo colgaban estrellas plateadas, y se escuchaba la canción «*Jingle Bells, Jingle Bells, Jingle all the way...*»

No se sentían cómodas allí. Todas las paredes estaban cubiertas de espejos. En el espejo de la derecha uno veía el espejo de la izquierda y allí de nuevo el de la derecha. Además eran ligeramente curvos para que las señoras se vieran más delgadas.

—Esta tienda es como para volverse uno loco —se quejó Susi. Luego se tropezó con una especie de carretilla rosa llena de blusas, que no

había visto porque la luz en Soho-Lady era también color rosa.

—¡Qué desorden! —exclamó Susi. Puso la carretilla en su lugar y acomodó las blusas. Irmí se detuvo ante una montaña de pantalones. Tiró de la pierna de uno, lo sacó y declaró que era precioso.

—¿Por qué no cuelgan la ropa ordenadamente? —preguntó Susi.

—Porque la han transformado en una *boutique* inglesa —dijo Irmí.

En ese momento Irmí dio un grito estridente. Susi saltó sobre una montaña de vestidos y atravesó un bosque de cinturones hasta llegar a donde su hermana. Pensó que Irmí estaba en peligro. Sin embargo, el grito había sido de admiración. Irmí tenía en la mano algo largo y muy colorido. Susi alcanzó a ver que se trataba de un vestido largo.

—Un *patchwork* —gimió Irmí.

El grito de Irmí llamó la atención de una vendedora de cabello negro largo partido por la mitad, que salía de una fila de abrigo de cuero y chaquetas de *jean*. Sonrió fingidamente. Al reconocer a Susi y a Irmí dejó su sonrisa seductora y les sonrió amigablemente. Les dijo que mamá todavía no podía atenderlas, pues tenía que hablar por teléfono con un productor importante de blusas tipo ejército de Graz.

—Pero tenemos que ir a la agencia de viajes —dijo Susi.

La vendedora encogió los hombros como diciendo que lo sentía. Susi estaba junto a una mesa sobre la cual había una gran cantidad de camisetas.

—Pero si aquí hay más ropa de la que se necesita —dijo Susi.

La vendedora repuso:

—Sí, pero no todo está a la moda.

Susi sacó del montón una camisa verde con una estrella rosa en el pecho y preguntó si estaba pasada de moda. La vendedora dijo:

—En la primavera las estrellas estaban de moda. En verano todas eran del Che Guevara y en otoño de Charlie Brown. ¡Ahora quieren camisas del ejército!

Susi pensó en su única blusa a rayas blancas y rojas.

La vendedora quería cerrar la puerta de la tienda, pero en ese momento entró una señora:

—¿No podría haber venido este tonel un poco antes? —la vendedora susurró entre dientes mientras sonreía seductoramente. La señora afirmó que sólo deseaba una pequeñez. Tal vez una blusa bonita, pero no sabía, por desgracia, qué estaba de moda. Era para su sobrina. La vendedora continuó sonriendo seductoramente. Tomó la camiseta con la estrella y le dijo que era lo último. La dama no estaba segura de que la

talla fuera la apropiada para su sobrina. La vendedora le aseguró que le quedaría perfecta, así que la dama pagó la camiseta y la vendedora la guardó en una bolsa de plástico.

La vendedora dijo que si llegaba un cliente más le daría un ataque. Cerró la puerta, y llevó a Susi y a Irmí a la oficina de la *boutique*. Las paredes estaban sucias y grises, y del techo tan sólo colgaba una bombilla. Mamá estaba sentada en un escritorio viejo, y hablaba por teléfono sobre las camisas de Graz. Aparentemente todas las camisas que llegaron eran talla 46.

Por fin dijo:

—¡Hasta pronto!

Sin embargo, era muy tarde para ir a la agencia de viajes. Mamá tomó su abrigo. Se veía cansada.

—¿Iremos mañana a la agencia de viajes? —preguntó Susi.

—Seguro— dijo mamá, pero no sonaba muy convincente.

Al día siguiente tampoco fueron a la agencia de viajes. Hacia el mediodía, mamá llamó para decir que tendría que trabajar dos horas extra.

—Mira, tesoro —le dijo a Susi por teléfono—. Así me pagarán más dinero y en las vacaciones podremos comer en restaurante todos los días.

Al día siguiente tampoco pudieron ir a la agencia. Mamá tenía dolor de muelas y tuvo que

ir al dentista. Susi entendió que un dolor de muelas no podía esperar.

Sentada sobre la cama, Susi se preguntaba qué le regalaría de Navidad a mamá, a papá, a Irmí, al tío Johnny y a la tía Irmela.

Susi buscó dinero. En el bolso rojo encontró algunas monedas y en el bolso de cuero otras. Sin embargo, no encontró el billete que estaba buscando. Sabía que lo tenía guardado en un libro entre la página 104 y 105. Pero, ¿en qué libro?

Buscó en todos los libros, pero no lo encontró. Entonces se acordó de que había comprado un prendedor y un cinturón de cuero. Pero, ¿dónde tenía el prendedor? También se le había perdido. Su capital consistía en unas cuantas monedas que no le alcanzarían sino para el papel de regalo.

Tendría que hacer como todos los años. Le pediría dinero a papá para los regalos de mamá e Irmí. A mamá le pediría para papá e Irmí. Con el dinero que le sobrara del regalo de Irmí, le podría comprar algo al tío Johnny y a la tía Irmela.

Aliviada por la solución al problema, salió de la habitación.

Se deslizó por el corredor y observó si había alguien en la cocina. Abrió el refrigerador grande. El tercio inferior estaba lleno de las cajas de galletas para la Navidad. Tomó una grande.

Abrió la puerta de la cocina y salió al jardín. Cruzó la cerca de la casa de los Meier. Allí nadie horneaba galletas navideñas desde que la señora Meier se había ido. Nadie sabía dónde estaba la madre de Beni. La tía abuela dijo que Meier la había llevado al manicomio, y la abuela dijo que se había ido con otro hombre. Lo único cierto era que hacía cinco años no vivía allí. Susi le había preguntado a Beni por su mamá, pero Beni le había dicho que eso no era asunto de ella.

Susi corrió por el jardín de los Meier, a través del surco de los tulipanes, ahora vacío, hasta la ventana de Beni, y tocó. Siempre entraba por la ventana.

Beni estaba haciendo un regalo de Navidad para su padre: Una lámpara de pie. El pie era un viejo cañón de escopeta sobre un bloque de yeso, y la caperuza un canasto. Susi admiró el producto final:

—¡Beni, en la tienda de la abuela una cosa así cuesta una fortuna!

Beni se sintió orgulloso. Dijo que en el futuro, cuando formaran una sola familia, fabricarían cosas para la tienda de la abuela.

—Nos haremos ricos —dijo.

—¿Tu padre no es rico? —preguntó Susi.

—Si es rico —respondió Beni—, me lo ha ocultado cuidadosamente.

—Sería bueno que mamá consiguiera un es-

poso rico —aclaró Susi—. Así no tendría que trabajar en Soho-Lady.

Beni estaba claveteando la pantalla de la lámpara de pie. Se sacó tres clavos de la boca antes de contestar:

—¡No! ¡Eso está descartado! Ella tiene que trabajar. Si la tengo que ver aquí todo el día dando vueltas, ¡me enloquezco!

—¿Por qué hablas así de mamá? —dijo Susi indignada—. ¿Acaso no te gusta?

—A mí no me gusta ninguna mujer. Ninguna.

—¿Por qué quieres entonces que mi mamá se case con tu papá?

—Para que te vengas a vivir con nosotros.

—Lo siento, pero yo también soy una mujer —aclaró Susi decidida.

Beni se golpeó la frente y dijo:

—¡Boba! Tú eres una criatura.

—¡Pero una criatura muy mujer! —exclamó Susi.

Beni gritó:

—¿Acaso tienes busto? ¿Tienes uñas lacadas? ¿Tienes un trasero que se contonea? ¿Pides constantemente dinero a un hombre? ¿Te compras vestidos todos los días? ¿Chillas todo el tiempo porque alguien te ha ofendido?

Susi negó cada una de estas preguntas.

—¡Entonces no eres una mujer!

Susi sabía que Beni tenía ideas erradas sobre las mujeres. Por eso se involucró en una larga

discusión sobre las mujeres. Al fin terminaron haciendo un pacto. Beni aceptó que no todas las mujeres eran iguales, y Susi aceptó que había mujeres como Beni las pintaba.

—¿Alguna novedad sobre nuestro plan matrimonial? —preguntó Beni. Se refería al casamiento del señor Meier con Carolina Kratochwil. Beni lo había pensado todo cuidadosamente. Como la araña en la tela, se debía esperar la oportunidad más apropiada, y Beni ya había vislumbrado esa oportunidad: Ni más ni menos que las vacaciones de Navidad de las Kratochwil.

—Bajo el árbol lleno de luces se aprenderán a amar —le juró Beni a Susi.

En la mesa de Beni había un cuaderno en blanco. No tenía nada escrito porque se trataba de un plan secreto. Pero dentro del cuaderno había una hoja con un plan detallado. Susi lo estudió. Decía así:

Meier y Meier — Susi, Irmí, C. Kratochwil.

1. Encuentro: vacaciones de Navidad.

2. Lugar: Hotel El Gamo Verde.

3. M y M viajan del 23.12 al 31.

Susi debe ponerse de acuerdo sobre las mismas fechas.

4. Susi debe convencer a C. Kratochwil de ir a El Gamo Verde.

5. Lo demás se irá presentando en Stoder.

Susi cerró el cuaderno y frunció el ceño.

—¡Mira esto! —murmuró—. Susi debe, Susi debe, Susi debe, y tú, ¿qué vas a hacer?

Beni dijo:

—No seas así. Hoy he hecho un montón de cosas importantísimas.

Susi lo dudó, pero Beni exclamó:

—¡No seas tonta! He conseguido habitaciones para ustedes tres en El Gamo. Una con una cama y otra con dos camas, ambas con balcón. ¡Y no fue fácil! Todo está reservado para las vacaciones. Lo pude hacer porque papá y yo vamos a El Gamo Verde hace seis años, dos veces por año. La dueña me dijo que sólo lo hacía por «amor a ti».

—¿Cómo pudiste hablar con la dueña? El hotel está en Stoder y no en Viena.

—La he telefoneado.

—¿Qué? ¿Has hecho una llamada de larga distancia?

—¿Y por qué no? ¡Eso lo puede hacer un niño!

Susi estaba encantada de tener a un hombre de mundo como hermano, pero la rapidez de Beni le preocupó un poco. No debió haber reservado los cuartos. ¿Qué harían si mamá no quería ir? Beni la tranquilizó:

—He preparado todo perfectamente —sacó un montón de folletos de debajo de la cama. Por lo menos quince.

—Hoy por la noche se los das a tu mamá. Le dices que le querías evitar la búsqueda y que fuiste a siete agencias de viajes distintas.

Susi hojeó los folletos. Había pistas de esquí, bosques de abetos, casas tirolesas, profesores de esquí y pistas de baile en todos.

—¿Y por qué tengo que dárselos a mamá?
—preguntó Susi confundida.

—Porque escogerá uno de estos hoteles. Mira. Hotel Schneppenberg: Sauna, piscina con agua caliente, bar, pista de esquí propia, cinco comidas, cuartos con balcón, baño... ¡Mira bien, tonta!

Beni le mostró la última línea del prospecto. Allí estaba escrito: siete días, pensión completa, todo incluido: 2500 cheelines, pero Beni había borrado los 2500 cheelines y había escrito con letra gruesa 3500 cheelines.

—Yo mismo lo imprimí con la caja de tipos
—aclaró orgulloso Beni—. ¡Y se ve estupendo!

—¿Has cambiado el precio en todos los folletos? —preguntó Susi asombrada. Temía que eso llamara la atención de mamá.

—¡No nací ayer! La mayoría de los hoteles son tan caros que de todos modos no podrían ir a ellos. Los caros los he dejado como estaban.

Entonces Beni le preguntó a Susi si lo había entendido todo. Susi afirmó con la cabeza y dijo:

—¡Sí, jefe! Y ahora me voy a casa. Cuando mamá llegue le entregaré los folletos. Le diré que quise evitarle problemas. Mamá mirará los

folletos y se asustará con los precios. En ese momento cuento que hay una amiga de la escuela que va todos los años en Navidad a una pensión preciosa, barata y muy buena en un sitio perfecto, ¿correcto?

Beni asintió y dijo:

—Eso será suficiente por hoy. Muchas cosas a la vez podrían estropear el negocio. Puedes decirle que mañana le preguntarás a tu amiga acerca del lugar al que ellos van.

Susi tomó los prospectos y abrió la ventana del cuarto de Beni. Estaba a punto de saltar.

—Dime —Beni la contempló de cerca—, ¿por qué últimamente siempre saltas por la ventana? La casa tiene una puerta muy amplia.

Susi ya tenía una pierna del otro lado. Vacilando le dijo:

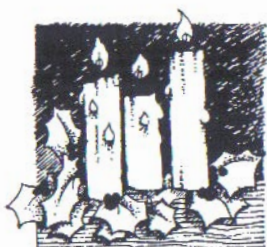
—No lo sé. Posiblemente porque es más rápido.

—No es más rápido. Además yo siempre tengo que cerrar la ventana.

Susi se asomó por la ventana hacia el cuarto:

—Siempre entro y salgo por la ventana para llevarle la contraria a los demás. ¡Adiós, señor Meier!

CAPÍTULO VIII



¡El plan de Beni era de primera! Susi nunca se imaginó que funcionaría tan bien. Mamá estaba feliz de que le hubiera evitado el trabajo de buscar hoteles. Susi no dejaba de hablarle a mamá acerca de las mil ventajas de Stoder y de «El Gamo Verde».

En un momento, casi todo se echa a perder, pues mamá decidió llamar de inmediato a los padres de la amiga de Susi que siempre iban a Stoder. Quería informarse con gran lujo de detalles. Sin embargo, Susi manejó la situación a las mil maravillas. Fue al teléfono, dijo que iba a marcar el número de los Pribil y marcó el número de los Meier. Beni contestó. Susi dijo:

—Buenos días, señor Pribil. Mamá quisiera

hablar con usted —Beni reconoció la voz de Susi y le dijo que dejara de hacer bromas pesadas, pero Susi siguió hablando tranquilamente:

—Luisa me ha contado en la escuela tantas cosas buenas de Stoder que mi madre, mi hermana y yo queremos viajar allá. Mamá quisiera hablar con usted para conocer más detalles al respecto.

Entonces Beni entendió de qué se trataba.

—Pásamela. Tendré un estilo muy Pribil —dijo.

—Gracias, señor Pribil —dijo Susi y le hizo una señal a mamá para que pasara al teléfono.

Mamá tomó el auricular. Susi sentía que el corazón se le saldría del pecho.

—¡Qué amable de su parte, señor Pribil! Pero no se moleste, por favor... Bueno si usted fuera tan amable de encargarse de todo le quedaría muy agradecida —dijo mamá.

Entonces mamá colgó y dijo que el señor Pribil hablaba de un modo un poco raro, pero que era encantador. Había prometido conseguir habitaciones, pues en El Gamu Verde todo estaba reservado.

—¿Y cómo sabremos si consigue las habitaciones? —preguntó Susi, fingiendo.

—El señor Pribil se lo dirá a su hija, y ella te lo dirá a ti. Susi se puso feliz y sonrió mientras pensó en los pobres Pribil, que en ese momento estaban todos en cama con gripe.

Dos días más tarde, Susi le trajo a la mamá una tarjeta de parte del señor Pribil en la cual describía varios aspectos de Stoder y de El Gamu Verde. Además aparecía la confirmación de las reservaciones.

Como era natural, mamá quiso telefonar inmediatamente al señor Pribil para agradecerle.

Como Susi sabía que Beni no estaba en casa, evitó la llamada diciendo la verdad:

—El señor Pribil está en cama con gripe —mamá no quiso molestarlo, pero le pidió a Susi que le prometiera que al día siguiente le daría las gracias a la hija del señor Pribil. Susi lo prometió. Además le dio a Susi una pequeña bombonera que el jefe de Soho-Lady le había dado y le pidió que se la obsequiara a la hija de Pribil.

Susi le llevó los bombones a Beni.

Todos quedaron contentos, excepto Irmí que no quería ir a Stoder. Ella se había enamorado de un folleto de Kitzbühel, más exactamente del bronceado instructor de esquí que aparecía en una fotografía. Sin embargo, Irmí sabía que Kitzbühel era demasiado caro, y Susi estaba tranquila pues sabía que los precios de Kitzbühel no habían sido modificados.

Todavía quedaba una semana para Navidad. Irmí escribió una lista larguísima enumerando todas las cosas que necesitaría para el viaje. Mamá trajo dos pantalones de esquí sensacio-

nales de Soho-Lady, dos gorras preciosas para la nieve y dos chaquetas. También envió un pago para cancelar el valor de la estadía en el Gamo. Sólo faltaba una cosa por hacer: no le había dicho a la abuela, a la tía abuela y a la tía Irmela que iban a viajar. Era evidente su falta de confianza. Sabía que la abuela y la tía abuela se opondrían. Ambas consideraban la Navidad como una gran fiesta familiar en la que toda la familia debía permanecer unida. En el pasado, papá y mamá tuvieron una pelea porque papá se negó a celebrar la Navidad con la abuela. En esa ocasión, mamá dijo:

—Yo iría con mucho gusto, pero Fred no quiere.

La abuela y la tía abuela se enfadaron con Fred y compadecieron a mamá.

En esta ocasión las cosas eran muy distintas porque mamá no se podía escudar en papá. Sin embargo, el asunto no podía seguir dilatándose. Llegó la noche, todas estaban sentadas a la mesa grande de la cocina y comían tan sólo papas guisadas con pepinos agrios. La tía abuela opinó que si uno comía frugalmente antes de las fiestas, la cena de Navidad sabría mucho mejor.

La tía abuela estaba hablando de la cena de Navidad. Se preguntaba si debía comprar un pavo de cinco o de seis kilos. La abuela quería uno de cinco kilos, pero la tía abuela quería uno de seis.

—Si no nos lo comemos todo, guardaremos para el día siguiente lo que sobre. Lo comeremos frío —dijo.

La abuela asintió con la cabeza y le dijo a mamá:

—Con mayonesa. Eso te gusta, ¿cierto?

Mamá tragó saliva. Se aclaró la garganta y dijo:

—Las niñas y yo no estaremos aquí para la Navidad. Vamos a ir a esquiar.

—¿Cómo? —asombrada, la tía Irmela se tragó medio pepinillo de un sólo bocado.

—¡Carolina! —exclamó la abuela—. ¡No lo estarás diciendo en serio! ¡Eso no tiene sentido! ¡Di que es una broma!

Mamá dijo que era en serio.

—Entonces, Carolina —se quejó la tía abuela—, ¿para quién encargaré el pavo, para quién hornearé las galletas? ¡Esto es inaudito! ¿Es que ya no tienes sentido de familia? ¡Te quedas en casa, Carolina! No vas a viajar bajo ninguna circunstancia. ¡Te lo prohíbo!

En ese momento mamá explotó. Gritó que tenía derecho a una vida propia porque tenía treinta y cinco años y ya no era una niña. Gritó que necesitaba un descanso y ese descanso sólo lo encontraría en Stoder y en El Gamo Verde. Dijo que no tenía nada en contra de la abuela ni de la tía abuela, pero que sus pobres hijas, sus hijas sin padre, también necesitaban unas vaca-

ciones, pues nunca habían tenido unas vacaciones de verano normales. Dijo entre sollozos que no quería que Susi tuviera otro ataque de nervios, y concluyó sonándose la nariz:

—¡Eso es todo! ¡Viajo con las niñas a Stoder a El Gamo Verde! No hay discusión. Las habitaciones ya están reservadas.

La abuela se puso de pie y abandonó la cocina, seguida por la tía abuela Alicia. La tía Irmela se quedó sentada y le dijo a mamá:

—¡Carolina, te admiro! Eso es lo que he querido hacer desde hace diez años y nunca he tenido el coraje para hacerlo.

Mamá estaba palida. Afirmó que era la primera vez que hacía algo en contra de la voluntad de su madre, pero la tía Irmela dijo:

—No. Con Fred te casaste en contra de su voluntad.

Mamá murmuró mientras guardaba el mantel de la mesa que, a propósito, estaba bastante raído:

—Pero he dado un paso atrás.

—Lo cual fue una bobada mayúscula —dijo la tía Irmela.

La tía Irmela opinó que ella no se hubiera separado si hubiera tenido un marido como papá.

«Eso es lo más lindo de ella», pensó Susi. «Aún más lindo que los ojos azules y que los hoyuelos. La tía Irmela es capaz de defender

a papá a las mil maravillas». En ese momento dijo:

—No todos los hombres son iguales, ¡gracias a Dios! Y tú, Carolina, también tienes tus defectos. No menos que los defectos de Fred.

Susi oyó la conversación con gran satisfacción. Se sentía aún más satisfecha al darse cuenta de que mamá no la contradecía en nada. Por el contrario, suspiraba y decía que la vida era muy difícil. La tía Irmela dijo que nuestras vidas eran tan difíciles como nosotros queríamos que fueran. Irmela asintió como si entendiera. Susi abandonó la mesa. Iba a donde Beni. En esta ocasión utilizó la puerta. Caminó por el sendero de gravilla, y pasó frente a la ventana del comedor que estaba iluminada. Alcanzó a ver a la abuela en la sala de estar. Susi dijo sofocando la risa:

—¡Izquierda, dos tres, cuatro, media vuelta! ¡Marche señora sargento! ¡Señora sargento, esta vez ha perdido la batalla!

Si Susi tan sólo hubiera sospechado las determinaciones a las que la señora sargento llegaría, se hubiera desmayado. Pero Susi no podía leer sus pensamientos. Corrió feliz hasta la cerca y el perro le salió al encuentro ladrando alegremente. El señor Meier estaba en el jardín. Conversaron sobre el mejor momento de sembrar los tubérculos de los tulípanes. Susi pensó que era hora de conocerlo mejor, y para eso, en los últimos días, no desaprovechó oportunidad de

charlar con él. Hasta el momento le caía bien, pero había algo que aún no tenía muy claro: ¿Lo llamaría «papá», «tío» o «señor Meier»? «Papá» estaba excluido porque ya tenía uno. «Señor Meier», le parecía demasiado formal, y «tío» era muy tonto. Entonces Susi le preguntó:

—¿Señor Meier, cómo es su nombre de pila?

Él respondió:

—¡Benjamín! Si no fuera así, ¿de dónde habría sacado Beni ese nombre tan absolutamente imbécil?

—Benjamín es un nombre bonito —dijo Susi, y entró corriendo en la casa. Le pidió permiso a Beni de llamar Benjamín al señor Meier. Beni la autorizó inmediatamente.

Como se había insinuado antes, la abuela, en su ir y venir por la sala, había tomado una decisión. Sin embargo, la mantenía en secreto y andaba silenciosa por toda la casa. Irmí dijo:

—Ha decidido desheredarnos.

—¿Es eso malo? —preguntó Susi.

Irmí no tenía ni idea si era malo o no.

—Creo que mamá debiera haberse quedado con papá porque aquí también hay muchas peleas.

Tres días antes de Navidad papá regresó de su viaje de negocios. Susi e Irmí fueron con él a comprar los regalos de Navidad. En este mo-

mento iban caminando por una calle con muchas tiendas. Llovía, nevaba levemente y soplaban un viento molesto. Papá había ganado una buena cantidad de dinero en un negocio y estaba muy generoso con los regalos. Incluso le compró un regalo a Beni: Un cinturón de policía estadounidense original. Lo llevaba puesto para probarlo.

—¿No tienen nada para la señora sargento? —preguntó papá.

Susi e Irmí no habían pensado en comprarle nada a la abuela, pero un paseo de compras tenía buenos efectos. ¡La Navidad era la época de hacer la paz! Tenían que conseguir un regalo para la señora sargento, ¿pero qué? Irmí tenía una buena idea: Conocía una tienda llamada «Hufnagel & Hufnagel» y allí era donde la abuela compraba toda su ropa. La señora Hufnagel debía saber lo que le gustaba a la abuela.

Hufnagel & Hufnagel no tenía nada en común con Soho-Lady. Del techo de madera colgaban dos lámparas lujosas y grandes, dos medianas y tres pequeñas. Los vestidos estaban colgados ordenadamente en barras detrás de cortinas de terciopelo. Era tan silencioso como una iglesia vacía. Las niñas y papá se quedaron como paralizados sobre una alfombra persa.

Papá tosió levemente, intentando atraer la atención de una vendedora que descendía por una escalera de madera, cubierta con un tapete

marrón oscuro. La vendedora era de proporciones enormes: tan alta como papá y el doble de gorda. Llevaba un suéter blanco bordado con perlas. Sus cabellos de color té formaban una moña sujetada con ganchos. Se trataba de la señora Hufnagel en persona. Tras ella venían dos vendedoras de verdad. Eran delgadas, pequeñas y grises como ratones. Papá quedó impresionado.

Entonces le explicó a la señora Hufnagel que él era el yerno de la señora Buchinger y que quería algo para ella. Al oír «yerno», la señora Hufnagel levantó las cejas por lo menos dos centímetros. Era evidente que estaba informada sobre las relaciones familiares de la casa Buchinger. Las vendedoras grises permanecieron alejadas de papá.

La señora Hufnagel trajo un chal de seda gris claro con rosas grises oscuras y hojas lilas. Tenía un borde ancho y negro que a Susi le pareció espantoso.

—Un cantón de rosas de granito —dijo papá.

La señora Hufnagel lo tomó como un cumplido y de repente fue más amable. Incluso le pidió un favor a papá:

—¿El señor yerno ha venido en automóvil?

—Sí.

Entonces le preguntó a papá si él podría llevarle unas cosas a las señoras Buchinger para que no tuvieran que hacer un viaje a la ciudad.

—¿Qué cosas? —preguntó Irmí.

—La ropa de esquí —aclaró la señora Hufnagel.

—¡Debe de ser un error! —exclamó Susi.

La señora Hufnagel negó con la cabeza y le hizo una señal a las vendedoras grises que vinieron al momento. Regresaron de inmediato con dos pantalones de esquí, dos bastones de esquí, suéteres, gorras y bufandas. La mitad de las cosas eran rosadas. La otra mitad, azul cielo. La señora Hufnagel dijo que eran *rosé*, y *bleu*; dijo que las *bleu* eran para la abuela y las *rosé* para la distinguida señorita Alicia. Luego otra vendedora gris trajo una montaña de ropa de seda verde.

—Esto es para *après-ski* —anunció la señora Hufnagel.

Extendió dos pijamas de seda bordados con rosas de nieve. Tomó una de las chaquetas por la parte más ancha y susurró:

—*Dernier cri! Voilà!* —y añadió—: No estoy segura de que en una aldea tan pequeña como Stoder exista algo de la categoría de este modelo de *haute couture*.

Susi lo entendió todo. No le dio rabia en absoluto, pues rabia tan grande como la que le debía haber dado, no existe.

Papá tartamudeó que no tenía espacio en el auto para esas cosas. La señora Hufnagel lo miró indignada. Irmí salió corriendo de la tienda y

Susi corrió detrás. Papá pagó el chal de rosas de granito y también salió corriendo. Corrieron uno detrás del otro hasta el auto. Al encender el motor, papá preguntó:

—¿Puedo hacer algo por ustedes?

—Consígueme un arma —dijo Irmí.

—Matar abuelas y tías abuelas está prohibido —dijo papá.

—¡Muy gracioso! —gritó Irmí.

Papá las llevó a casa de la abuela. Susi e Irmí sintieron que debían despedirse de él en una forma especial pues no lo volverían a ver hasta después del viaje. A Irmí no se le ocurrió nada afectuoso y dijo:

—¡Feliz Navidad, papá! —y añació:— Has hecho a tus hijas misteriosamente felices. Mejor de lo que nos va, no nos podría ir. ¡Muchas gracias!

Agarró como pudo todos los paquetes, se bajó del auto y dio un portazo. Susi permaneció sentada y susurró:

—Papá, Irmí no quería ofenderte.

—Tienes razón —respondió papá.

—¿Cómo vas a celebrar la Navidad? —preguntó Susi.

—No voy a celebrar nada —dijo papá.

—¡Maldita basura! —murmuró Susi. Casi nunca decía cosas así, pero sabía que decir eso le ayudaba a detener las lágrimas.

—Ya es tarde —dijo papá.

Susi asintió. Se bajó del auto. Papá bajó el vidrio de la ventanilla y le gritó:

—¡Que te vaya bien!

Entonces arrancó.

Susi pensó:

«¡Maldita sea, otra vez! ¡Qué frase tan tonta! ¡Que te vaya bien! Como si pudiera irme bien. ¿Cómo haré para que algo me salga bien?». De vuelta a la casa, enterró la punta de los zapatos en la gramilla húmeda y murmuró amargada:

—Que te vaya bien, que te vaya bien, bien, bien, bien...

El abrigo de mamá estaba colgado de la percha. Esto quería decir que ya había llegado a casa. No había mucho que hacer en Soho-Lady. El furor de las compras había pasado. La paz de la Navidad era como un imán que atraía a las gentes a su hogar.

Susi oyó la voz de su hermana y la siguió hasta el cuarto de mamá. Tocó. Antes de que abriera, ya habían abierto la puerta. Irmí comenzó a hacer ademanes y a gritarle a mamá. Le dijo de todo: Le dijo que la vida se había vuelto terrible, absurda e insoportable, y opinó que era el colmo que la abuela y la tía abuela fueran a Stoder.

Mamá dijo que eso no era cierto, pero una vez que escuchó la detallada descripción de los preparativos para el esquí en *rosé* y *bleu*, mamá le

dio crédito a la historia y aclaró que no podía impedirle a nadie, y menos a su madre, ir a Stoder. Precisamente en ese instante la tía Irmela llegó a casa. Mamá le gritó:

—¡Irmela, ven aquí, por favor!

La tía Irmela se acercó, y mamá le preguntó:

—¿Es cierto que mamá y la tía van a ir a Stoder?

La tía Irmela asintió con tristeza y dijo:

—Yo también tengo que ir. Al principio mamá estaba furiosa de que ustedes se fueran y decía que no tenían sentido de familia. Dijo que eso se debía a que ustedes tenían los nervios destrozados y que no eran capaces de pensar correctamente, y que por lo tanto era su deber cuidarlas. Por eso decidió viajar. Iba a ser una sorpresa de Navidad.

Mamá se encogió de hombros.

—Niñas, no puedo hacer nada.

—¿Cómo? —gritó Susi—. ¡Diles que queremos estar solas! ¡Diles que podemos pensar correctamente y que, por favor, nos dejen en paz!

Mamá respondió que ella no diría eso.

—¡Eres una cobarde! —gritó Irmela.

Mamá exclamó:

—¡Sí, sí, soy cobarde! Pero eso no puedo cambiarlo. Lo he intentado, pero no soy capaz. Además, yo quiero a mi madre y ella tampoco puede evitar ser como es.

—Yo tampoco puedo cambiar mi manera de

ser —dijo Susi y salió del cuarto. La puerta se cerró con tanta fuerza, que los cuadros de la pared se movieron.

Salió de la casa y fue a ver a Beni. En el preciso momento en que se estaba encaramando a la cerca, la abuela abrió la puerta del jardín. Llevaba un paquete. La tía abuela Alicia la siguió, agotada, llevando otro paquete. Debían de ser los esquís.

Susi llegó a la ventana de Beni y tocó. Beni abrió la ventana. Susi entró. Si Susi se lo contara, Beni diría inmediatamente: «¡Tienes que impedirlo!»

No entendería que ella no podría impedirlo. Probablemente Beni desmontaría todo el plan matrimonial. Por eso Susi prefirió preguntarle qué pasaba con un signo negativo en un paréntesis redondo cuando delante del paréntesis había otro signo negativo y qué pasaba cuando delante había aún un paréntesis cuadrado con otro signo negativo delante.

Lo había planeado bien: Beni se sumió en la cuestión de los paréntesis y los signos negativos. Susi fingió escucharle.

El día siguiente era el último día de clases. Salamandra de Fuego hizo una fiesta de Navidad. Cantaron tres villancicos, Salamander pronunció un pequeño discurso y dijo que la Navidad no era sólo cuestión de regalos, sino también de paz en los corazones. Dijo que dar era

mejor que recibir, que el mundo estaba lleno de maldad y de guerras y que en eso se debía pensar en la Navidad. Susi se cuestionó si el no recibir regalos cambiaba en algo la maldad y la guerra. No veía relación alguna. Rebener, que se sentaba detrás de ella, dijo en voz baja:

—Bla, bla, bla...

Salamandra de Fuego interrumpió su discurso y le preguntó a Susi y a Rebener por qué susurraban. Susi calló y miró al piso avergonzada.

Rebener se puso de pie y dijo:

—¡Lo que usted dice no tiene sentido, señor profesor!

Se pudo oír hasta el vuelo de una mosca. Todos miraron a Rebener. Hasta Novotny, que se sentaba atrás junto a la calefacción y se había dormido. El que miraba con más fijeza era Salamandra de Fuego. Era el primer caso de rebeldía estudiantil que le había ocurrido jamás.

Rebener dijo lenta y tranquilamente:

—Sus sentimientos íntimos sobre la Navidad no se los puede untar un pobre al pan. Y por más fuerte que cante «Noche de Paz» no se convierte la nieve en un baño de espumas. Tampoco se oxida un cañón porque en su corazón haya paz. ¡La Navidad es un chiste!

Rebener volvió a sentarse.

Susi esperó un grito de Salamander, pero no gritó. Tan sólo permaneció frente al tablero, co-

lorado como un tomate. Pero no de la ira. Se veía triste y abandonado.

Rebener se puso de nuevo en pie y dijo:

—No quería herir sus sentimientos, señor profesor.

Salamandra de Fuego dijo con voz apagada:

—Yo tampoco quería herirlo, Rebener.

Hizo una señal con la cabeza y dijo:

—Acabamos la fiesta.

Entonces salió de la clase.

Susi miró de soslayo a Rebener. No sabía qué pensar de él. A él le daba igual la Navidad. Seguro que le daría lo mismo si la abuela iba o no a Stoder y si el árbol de Navidad tenía luces o no. ¿Le daría lo mismo que sus padres vivieran separados?

Le hubiera gustado preguntarle eso, pero Rebener ya se había puesto su abrigo y salía de la clase.

Novotny se acercó a Susi y le dijo emocionado:

—¡Rebener es todo un tipo!

Susi asintió con la cabeza.

Por la noche, Susi hizo la maleta. La abuela reveló su sorpresa especial de Navidad, y mamá hizo como si se alegrara.

—Fue una suerte que consiguiéramos otra habitación en El Gamo Verde —dijo la abuela—. La dueña nos cedió un cuartito que no suele alquilar. Irmela tendrá que alojarse en otra pensión.

Susi había pensado que El Gamo Verde estaba lleno y esperaba, al menos, estar separada de la abuela por una calle y muchas casas.

La abuela reveló, tras haber dado a conocer la mayor sorpresa, los planes posteriores para las vacaciones.

Dijo que sería totalmente absurdo que mamá llevara su viejo Volkswagen, y agregó:

—Mi auto y el de Irmela son más que suficientes.

—Los dulces de Navidad irán en el baúl de Irmela.

—Es suficiente con una maleta para cada una.

—¡Mi árbol de Navidad irá con nosotras!

—Celebraremos en mi habitación.

—Carolina se irá con Irmela en el auto y las niñas irán conmigo.

—Iremos por la autopista hasta Salzburgo y luego iremos hacia Weiler.

—La salida es a las once y media.

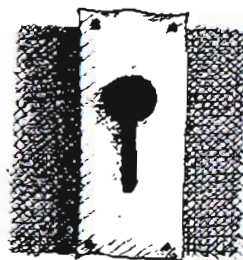
—Irmela me seguirá en su auto.

Mamá y la tía asintieron en todo.

* * *

Susi se fue a dormir. Antes de dormirse se acordó de que sólo había empacado unos interiores y ni un solo par de guantes. Mientras pensó en ir a buscar más ropa interior y otros guantes, se quedó dormida.

CAPÍTULO IX



El sol brillaba en la mañana del 23 de diciembre. El cielo era azul y la temperatura era de 14 grados. Soplaban el viento cálido de las montañas.

Susi constató furiosa que el tiempo estaba muy acorde con todo lo demás.

Beni y su padre salieron con las luces del alba hacia Stoder, porque las carreteras eran poco transitadas a esa hora. Beni había dejado en el buzón una carta para Susi que decía:

Querida Susi, ¡hasta pronto! Ahora ya nada puede fallar. Me alegro de antemano.
Beni.

A las once y media la familia estaba lista para la partida. La tía abuela andaba por toda la casa, vestida de *rosé*. Revisaba que todas las ventanas estuvieran cerradas y las llaves del gas en la posición correcta. Se aseguró de que la calefacción estuviera apagada y los grifos no gotearan. Cerró entonces la cerradura superior, la del medio y la inferior.

Susi intentó subir al auto de la tía Irmela. Mamá le susurró con desesperación:

—Por favor, Susi. Por favor.

Entonces se dirigió al auto de la abuela quien le dio instrucciones:

—No hablar mucho y no hablar en voz alta. ¡No comer galletas! ¡Admirar el paisaje! ¡No mover la cabeza de un lado para otro obstruyendo la visión por la ventana de atrás!

Susi e Irmí asintieron.

A la abuela se le podían encontrar muchos defectos, pero nadie podía decir que no supiera conducir. ¡Vaya si conducía bien! Conducía bien y rápido. Demasiado rápido para la tía abuela que suplicaba:

—¡Apresúrate despacio, apresúrate despacio!

La abuela declaró que nadie la podría convencer de que condujera despacio. Ni la tía abuela ni el BMW que intentó pasarla.

Poco después de Linz, perdieron de vista el auto de la tía Irmela. La abuela no la esperó y

siguió hasta Salzburgo. De allí siguió sin parar hasta Weiler. Susi dijo:

—Tengo que ir al baño.

La abuela se dirigió hasta la plaza principal de Weiler, pero allí no se pudo estacionar.

—Sólo queda media hora hasta Stoder. Aguanta hasta allá —dijo.

Susi dijo que no podía aguantar más. Comenzó a gemir y a moverse de un lado para otro en el asiento. La abuela se detuvo en una zona prohibida, y un policía le recordó que allí no podía detenerse. La abuela le explicó lo que ocurriría y aunque el policía era comprensivo, le aconsejó que se apresurara.

La tía abuela, Susi e Irmí trotaron tras la abuela hacia la hostería Zur Post.

Irmí gritó:

—¡Tengo sed!

La abuela anunció que tomarían una taza de té.

—Pero estamos en una zona prohibida —se quejó la tía abuela.

Eso no inquietó a la abuela. Dijo que ningún policía podía juzgar cuánto tiempo se demoraba alguien en el baño. Susi entró en el baño mientras las otras entraron en la cafetería. Cuando volvió, la abuela estaba discutiendo. El mesonero dijo:

—Sólo tenemos té en bolsas.

La abuela se negó a tomar té de bolsa.

—Lo siento señora, pero no hay de otro —dijo el mesonero.

Irmi dijo que ella prefería una Coca-Cola, pero la abuela opinó que no se podían quedar en un lugar en donde solamente sirvieran té de bolsa.

—Pobres niñas —murmuró el mesonero. La abuela se indignó y salió a zancadas de la cafetería. Susi, Irmi y la tía abuela tuvieron que correr detrás.

Media hora más tarde se detuvieron frente a El Gamo Verde. A la abuela le agradó la fachada.

—Burguesa y muy sólida —dijo.

La tía abuela recordó que muchas cosas en la vida eran como una manzana roja, pero podrida por dentro. Sin embargo, El Gamo Verde también estaba muy bien por dentro. Madera de pino, hierro corrugado, visillos a cuadritos blancos y negros. La posadera era una versión campesina de la señora Hufnagel. La abuela se entendió con ella enseguida. La posadera tomó tres llaves y subió con la abuela al segundo piso. Susi e Irmi las siguieron. La tía abuela Alicia se quedó abajo pasando revista a El Gamo Verde: manchas y polvo, naturalmente.

La habitación número 12 tenía una sola cama para mamá. La número 13 tenía dos camas para Susi e Irmi. La número 23 era para la abuela y la tía abuela. La 12 y la 13 eran magníficas. La 23 era terrible. Había una cama vieja, un sofá, un

armario torcido y una percha. No había espacio para un solo mueble más.

La posadera se disculpó:

—Nunca la alquilo. No tiene agua y tampoco calefacción, pero como la señora insistió tanto...

Susi sonrió burlona. Sin embargo, la abuela miró la habitación con agrado y anunció:

—¡Mira esto! ¡No está tan mal! ¡Es apenas suficiente para las niñas!

Enseguida regresó por el corredor y entró en la habitación número 13.

Irmi se arrojó al sofá, golpeó con los puños, y gritó sollozando:

—¡No me puede hacer esto!

—¿Y qué puedes hacer para impedirlo?

—¡Se lo diré a mamá!

—¡A mamá?

—¡Sí, a mamá!

—¿Y qué crees que hará mamá? —preguntó Susi.

—¡Nada! —sollozó Irmi.

—¡Exacto! —dijo Susi.

Susi intentó desempacar la maleta. Pasó por entre el sofá y la cama hasta el armario. La puerta del armario no se abrió más de un dedo, pues el sofá lo impidió. Susi intentó correr el sofá, pero no lo logró.

—Déjalo así —dijo Irmi. Susi lo dejó así. Se encaramó al sofá y golpeó con la rodilla el estómago de Irmi, que en ese momento estaba gritando.

Susi se disculpó y dijo:

—Voy a buscar a Beni.

—¿A quién?

—A Benjamín Meier Junior.

—¿Y dónde lo vas a encontrar? —preguntó Irmí.

—En la habitación número 10.

—¿Y cómo?

—Está alojado allí, y su padre también.

—¿Lo sabías antes de venir? —preguntó Irmí.

—¡Lo he planeado todo! —le confió Susi.

—Asunto peliagudo —se burló Irmí, y preguntó—: ¿Qué quieres decir con «planeado»?

Susi hubiera debido callar, pero no calló:

—He planeado que mamá se enamore del señor Meier. Cuando se case nos iremos a vivir a la casa de los Meier. ¡Es perfecto!

Susi esperó reconocimiento, un poco de alabanza por lo menos, pero Irmí no la alabó en absoluto. Todo lo contrario,

—¡Estás loca! —gritó, y añadió reconciliadora—: Claro, ¿por qué no habrías de estar loca?

—Yo no estoy loca —dijo Susi—. ¿Por qué eres tan mala? ¿Acaso no quieres vivir en casa de los Meier?

—Esa pregunta ni siquiera se hace —suspiró Irmí—. ¿Crees en serio que mamá y el señor Meier se enamorarán? ¡Durante treinta años no se han podido ver el uno al otro!

—Eso está por verse —dijo Susi y abandonó la habitación. Fue en busca de la puerta número 10.

La puerta 10 quedaba junto a la escalera de pino. Susi se preguntó si debía tocar a la puerta. Mientras tanto, ocurrieron dos cosas al mismo tiempo: La primera, Beni Meier y su padre venían subiendo la escalera. La segunda, la puerta número 13 se abrió, y la abuela salió al corredor. Estaba buscando la puerta del baño.

Susi huyó escaleras arriba al tercer piso. Se detuvo conteniendo el aliento y miró a través de los adornos en forma de corazón de la baranda de la escalera de pino.

La abuela, que buscaba el baño, pasó junto a la escalera. Se quedó helada mirando a Beni y al señor Meier que subían. Beni y el señor Meier, a su vez, se quedaron helados. Beni gritó:

—¡No! —y repitió—: ¡No!

El señor Meier dijo:

—¡Maldita sea, otra vez! ¡Este monstruo me persigue!

La abuela exclamó:

—¡Que frescura tan inaudita! ¡Que bajeza sin límites! —y prosiguió su camino hacia el baño. Beni y el señor Meier subieron la escalera. Se dirigían a la habitación. Susi siguió tras su observatorio en forma de corazón. Esperó hasta que oyó correr el agua en el baño. La puerta se abrió, la abuela pasó dando grandes zancadas y la puerta número 13 se cerró. Entonces Susi se

deslizó escalera abajo. Se acercó a la puerta 13 y puso el oído para escuchar. Oyó la voz quejumbrosa de la tía abuela:

—Te lo ruego, te lo suplico, dime qué pasa. Estás pálida. Parece que hubieras visto un espanto.

Entonces oyó la voz de la abuela:

—¡He visto al señor Meier Meier y a su hijo!

—¡Estas soñando! ¡No puede ser! Debe de ser el cambio de aire. Eso le pasa a la gente muy sensible —dijo la tía abuela.

—¡Qué visión ni qué nada! ¡Eran los dos Meier!

—¿Los dos Meier, de carne y hueso?

—¡Así es!

—¡En esto anda metido el diablo!

—¡Nada de diablo! ¡Otro muy distinto está metido en esto!

Susi tembló, pero luego suspiró aliviada.

—Írmela me va a tener que dar explicaciones. O Carolina. Todavía no estoy muy segura.

Susi se deslizó hasta la puerta número 10. Las voces llegaban con fuerza. Beni y su padre hablaban a voz en cuello.

—Papá, te lo juro. No tenía ni idea. Yo sentí que me hería un rayo cuando vi a la vieja. ¡No puedo entenderlo!

—He quedado noqueado. Yo que voy tranquilamente subiendo la escalera y de repente aparece ante mis ojos la peor de las pesadillas.

—¿Crees que también esté la tía Alicia?

—Todas están aquí. Siempre están todas en equipo. ¡Nos las encontraremos a todas! La alta, la dama de los refranes, la de los hoyitos, la gorda Carolina y los dos gansos.

Al oír la «gorda Carolina» y «los dos gansos», los dientes de Susi rechinaron.

—¡Susi no es ningún ganso! ¡Írmi tampoco está mal! —dijo Beni.

Susi asintió satisfecha.

—Si no lo son, pronto lo serán. En esa familia nadie es normal. La abuela es una aplanadora de vapor. Va aplastando todo cuanto está en su camino. Cuando yo era niño temblaba al verla.

—¡Pues yo nunca tiemblo!

—¡Claro! Ahora ya está vieja y la presión del vapor se le ha bajado un poco.

—¡Y la mamá de Susi es muy bonita y educada!

—¡Ja, ja, ja! ¡Bonita y educada! ¡Eternamente gorda, eternamente berreando, eternamente ofendida! De niña no sabía decir sino una sola frase: «Se lo voy a decir a mamá». En una ocasión la ensucié de barro de pies a cabeza y le metí un bloque de barro en la boca. ¿Y sabes que me dijo?

—¿Y cómo voy a saber qué te dijo una niña gorda hace treinta años? —interrogó Beni.

—¡Ja, ja ja! Anda, ¡trata de adivinar!

—Probablemente: «Se lo voy a decir a mamá» —adivinó Beni.

—Dijo: «¡No eres un niño bueno!»

—Entonces podía decir algo más que sólo una frase —dijo Beni.

—No hablemos más de esa familia Drácula-Frankestein porque me enfermo.

Susi había oído suficiente. Preocupada, fue a la habitación. Irmí todavía estaba acostada en el sofá. Del techo colgaba una bombilla desnuda de 15 vatios.

—Ven, Irmí. Vamos afuera a esperar a mamá.

Irmí se levantó. Susi sacó las chaquetas nuevas de la maleta.

Eran de color naranja con una gran estrella amarilla en la espalda. Irmí se la puso y murmuró:

—Me gusta mucho esta chaqueta, pero no me siento alegre de usarla.

—¿Le decimos a la abuela que vamos afuera a esperar a mamá? —preguntó Susi.

Irmí negó con la cabeza. Dijo que nunca le volvería a hablar a la abuela. No volvería ni siquiera a mirarla.

Al llegar a la entrada de El Gamo Verde, vieron el auto de la tía Irmela que se detenía. Mamá y la tía Irmela descendieron. Abrieron el baúl y sacaron la maleta de mamá, las cajas con los dulces de Navidad y los paquetes con los regalos. Entonces la tía cerró el baúl. Parecía trastornada. Le preguntó a mamá:

—¿Crees que debo subir y explicarles todo?

—¡No, no!

La tía Irmela sacó del auto un par de cajas de cartón.

—Ahí están los regalos de mamá y de la tía —dijo—. La caja grande es para mamá y la pequeña para Alicia. Las facturas también están ahí por si quieren cambiar algo.

—Está bien —exclamó mamá—. Y ahora, ¡largo!

La tía Irmela dijo:

—¡Adiós niñas! ¡Adiós, Carolina! —se subió al auto y se fue.

Susi e Irmí ayudaron a mamá a llevar cajas y paquetes a la habitación 12. Susi miró a Irmí inquisitiva. Irmí encogió los hombros y puso cara de quien no tiene idea.

En la habitación, mamá miró por el balcón al cielo oscuro y estrellado.

—Qué bello —dijo—. Bueno niñas, ¿cómo va todo? ¿Contentas?

Susi e Irmí le informaron sobre la habitación y sobre la abuela. En realidad no era un informe. Se quejaron y profirieron amenazas terribles. Mamá cayó exhausta sobre la cama.

Gimió:

—Déjenme tomar un respiro. Las cosas no van a salir tan mal después de todo.

Susi e Irmí no estaban dispuestas a que mamá tomara un respiro. Gritaron que las cosas se empeorarían. Rugieron y dijeron que las cosas

nunca habían salido peor. En ese momento se abrió la puerta. Entró la abuela:

—Carolina, finalmente llegaron. Niñas, hacen más escándalo que un vagón lleno de monos. ¿Por qué están tan alteradas?

En ese momento algo estalló dentro de Irmí. Susi lo notó claramente. Al principio fue un *clac* imperceptible. Era como una bomba que estallaba y que estaba llena de quejas contra la abuela. No tenía siquiera que pensar, reflexionar. Sólo tenía que abrir la boca:

—Estamos alteradas porque tú eres desconsiderada. Nos has quitado nuestra habitación. Nunca preguntas si los demás están de acuerdo. ¡Siempre haces lo que te viene en gana! ¡Todos tienen que hacer lo que tú quieres! ¡Te crees el ombligo del mundo! ¡No te quiero! ¡Te odio! ¡Devuélvenos la habitación!

La abuela, sorprendida, preguntó:

—¿No nos querrán obligar a mí y a la pobre Alicia a que nos metamos las dos en ese cuchitril?

Irmí rugió:

—Nosotras reservamos esa habitación. ¡Nos pertenece! ¡Tú has reservado un cuchitril y te pertenece!

La abuela rugió a su vez:

—¡Modérate! ¿Cómo te atreves a hablarme así?

Irmí miró a la abuela, que dijo más tranquila:

—Debieran estar felices de que les haya cedido esa habitación; es baratísima, y su mamá siempre tiene dificultades con el dinero.

Entonces la abuela miró por toda la habitación como buscando algo.

—¿Dónde está Irmela? —preguntó.

Mamá estaba tendida en la cama y había cerrado los ojos.

—¡Irmela se ha ido! —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la abuela—. Ella sabe que la cena es a las siete y media. ¿Cuándo regresa? ¿Dónde está? ¿Se fue a su hotel? Eso podía haberlo hecho después de cenar.

Mamá, tendida y con los ojos cerrados murmuró:

—Ya te lo he dicho: ¡Se fue! ¡No va a venir a cenar!

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Es que todas están locas?

La abuela se acercó a la cama y sacudió a mamá por los hombros.

Mamá abrió los ojos y se incorporó. Entonces dijo:

—Irmela y yo paramos en una cafetería cerca de Salzburgo a tomar algo. Allí estaban el doctor Strekl, su hermana, Felipe Beierl y un par de personas más. Todos iban al Tirol a una cabaña.

La abuela interrumpió:

—¡Deja de decir cosas sin importancia! ¿Qué

tiene que ver el doctor Strekl con mi cena? ¿Qué tiene que ver con Irmela todo eso de la cabaña de esquí?

Mamá suspiró resignada.

—El doctor Strekl no tiene nada que ver con la cena. Y la cabaña tampoco. Pero sí tienen algo que ver con Irmela. Ella me trajo hasta aquí y después se fue con la familia Strekl a la cabaña de esquí. Yo la convencí de que lo hiciera.

Por fin reinó el silencio. Lo único que se oyó fue la respiración de la abuela.

Susi miró a Irmel. Tenía cara de estarse divirtiendo y una sonrisa de pequeño diablo se dibujó en sus labios.

Susi contempló a mamá. Tenía la tez pálida como la nieve. Las pestañas le aleteaban y la nariz le temblaba. Susi miró a la abuela. Estaba en la mitad del cuarto y respiró como un caballo. Tenía el cuello lleno de manchas rojas. Dijo jadeante:

—¡Son unas frescas sin nombre! ¡La Navidad es una fiesta familiar! ¡De la familia! ¡Y la familia...!

Mamá la interrumpió con voz chillona:

—¡Exacto! Irmela también quiere llegar a tener una familia alguna vez. Y es posible que sea con el doctor Strekl.

—¡Bobadas! —gritó la abuela—. ¡Irmela ya tiene una familia!

—¡No, no! —aclaró mamá—. ¡En eso te equivocas! ¡Tú tienes una familia! ¡Solamente tú!

Otra vez reinó el silencio en el cuarto. Hasta la respiración de la abuela se fue calmando poco a poco.

—Vamos a cenar —dijo la abuela.

Mamá se levantó de la cama. Sacó un peine de la cartera de mano, fue al espejo y se arregló el cabello. Alguien llamó a la puerta. La tía abuela entró. Susi la miró estupefacta y comenzó a reírse poco a poco hasta que terminó riéndose a carcajadas. No podía evitarlo. Después de un día lleno de molestias, preocupaciones y cosas desagradables, por fin se veía algo divertido: La tía abuela se había puesto el pijama verde Nilo, que habían visto en Hufnagel & Hufnagel y parecía una montaña de helado de pistacho.

—¡Quítate esa cosa de encima! —gritó la abuela.

—Yo pensaba... —tartamudeó la tía abuela.

—¡No pienses! —ordenó la abuela—. ¡Cambiate eso! Irmela se ha ido con el doctor Strekl al Tirol.

La tía abuela, aterrorizada, susurró:

—¡La juventud no conoce la virtud!

Entonces la abuela miró el reloj y anunció:

—En cinco minutos nos encontraremos en el comedor.

Mamá sacó una bolsa con cosméticos y se la dio a Irmel. Susi fue hacia la puerta. Quería irse.

En primer lugar no le gustaba arreglarse y, en segundo lugar, quería hablar con Beni.

—Susi —dijo mamá con voz chillona y ácida—: En cinco minutos quiero verte abajo.

Susi asintió y cerró la puerta tras de sí. Beni estaba en la escalera de madera de pino y le hizo señas a Susi.

—Sígueme —susurró. Beni se deslizó por el pasillo hasta llegar a una puerta que tenía un cartel de «Privado».

Beni abrió la puerta y Susi se deslizó tras él. Era un cuarto muy pequeño lleno de pilas de ropa blanca. Susi y Beni se sentaron en una pila.

—Éste es el cuarto de ropa blanca —dijo Beni. Susi asintió.

—Aquí nadie nos molestará —dijo Beni. Susi asintió de nuevo.

—¡Qué jugada tan sucia! —dijo Beni. Susi asintió otra vez.

—¿Puedes explicarme todo esto? —preguntó Beni.

Susi asintió de nuevo y dijo:

—Están aquí como sorpresa de Navidad.

Beni suspiró:

—Eso es terrible para nuestro plan. Papá está acabado. Primero tendrá que reponerse. Hoy no podremos hacer nada. Además estoy cansadísimo. Tus antepasadas me tienen agotado.

En el pasillo se oyó una voz:

—Beni, Beni. ¿Dónde te has metido?

Susi y Beni abandonaron el cuarto de ropa. El señor Meier estaba en el pasillo.

—¡Ajá! ¡Con que aquí tenemos otra Buchinger! —dijo burlón. Susi se detuvo cerca del señor Meier, se empinó y explicó:

—¡Señor Meier, mi apellido es Kratochwil, téngalo bien en cuenta!

—Muy bien, señorita Buchinger, usted se llama Kratochwil —exclamó el señor Meier. Se dirigió a la escalera de pino y Beni fue trotando tras él.

Susi se asomó a las habitaciones 12 y 13. Estaban vacías. La familia debía de estar en el comedor. Vaciló, pues tenía las uñas sucias. Intentó limpiarse las de la izquierda con el índice de la derecha y lo logró fácilmente, pero las de la derecha no se dejaban limpiar por nada del mundo. Irmi apareció en la escalera de pino y dijo:

—Me han mandado a buscarte. ¡Ven enseguida!

El comedor era muy grande y estaba casi vacío. El resto de los huéspedes llegarían el 25 de diciembre. Junto a la puerta del comedor había un árbol de Navidad con guiraldas plateadas y bombillitas eléctricas. En una mesa estaban Beni y su padre. En otra estaban la abuela y mamá. Había por lo menos veinte mesas con mantel blanco entre los dos grupos de personas. Irmi susurró sonriente:

—¡Tu plan matrimonial está funcionando a la maravilla!

Susi no contestó. Las veinte mesas vacías producían un efecto desolador.

—¿No puedes ser puntual? —le dijo la abuela a Susi.

La abuela dio la impresión de querer descargar toda su furia en Susi. Para evitarlo había un método que jamás fallaba:

—Estuve mucho tiempo en el baño. Tengo diarrea —dijo Susi.

—¡En la mesa no se habla de esas cosas! —dijo la abuela.

—Yo no quería hablar de eso, pero tú me preguntaste —Susi dijo sonriendo.

La abuela calló. La idea, sin embargo, no fue del todo buena, pues mamá pidió que no trajeran el asado de cerdo que había pedido para Susi, sino zanahorias con galletas y té de manzanilla. La abuela buscó otra víctima:

—Carolina, quiero que me expliques una cosa. ¿Qué hace aquí el señor Meier Meier?

Mamá la miró estupefacta, confundida. No había notado la presencia del señor Meier hasta ese momento. La abuela señaló con el brazo extendido hacia la mesa de los Meier.

—¡Sólo esto nos faltaba! —gimió mamá.

—Carolina, no me querrás hacer creer que no lo sabías. Fue idea tuya venir a Stoder...

¡La conversación de la abuela tenía que ser

interrumpida a como diera lugar! ¡Y pronto! Susi preguntó:

—¿Ya estará la tía Irmela en el Tirol en la cabaña de esquí?

La abuela interrumpió enseguida la conversación que se iniciaba y le dijo a Susi:

—¡Ni una palabra más sobre Irmela! ¡Si no, me levanto ahora mismo de la mesa!

¡Como si eso fuera una amenaza!

—¿Está enamorada del doctor Strekl, de Felipe Beierl o de ambos? —siguió preguntando Susi.

El tenedor temblaba en la mano de la abuela.

—Abandona inmediatamente la mesa —gritó la abuela.

Entonces Susi se puso furiosa. Los dientes le rechinaban:

—Yo creía que tú ibas a abandonar la mesa si yo seguía hablando de la tía Irmela.

Irmí exclamó:

—Sí, eso es cierto. Eso fue lo que dijo la abuela.

La abuela dejó caer el tenedor. Estaba a punto de explotar. Entonces la tía abuela dijo:

—¡Cada uno arrima el fuego a su sardina!

La abuela se olvidó de gritar y le preguntó a su hermana:

—¿Cómo?

La tía abuela sacudió la cabeza y riéndose, prosiguió:

—No llevemos lechuzas a Atenas. Los árboles no dejan ver el bosque. Quien tiene techo de cristal, que no tire piedras. Los prusianos...

—¡Alicia, Alicia! —la reprendió la abuela.

—El buey suelto bien se lame —susurró la tía abuela.

—Alicia, no más, por favor —se quejó mamá.

—Aprende a sufrir sin dejar de sonreír —dijo por último la tía abuela. Se levantó de la mesa y dejó el comedor. Parecía como si estuviera caminando a tientas.

La abuela se levantó y dijo que tenía que ocuparse de la tía abuela.

Susi también se fue. No le apetecía comer zanahorias con galletas y no tenía ninguna intención de contestarle a mamá ninguna pregunta sobre la presencia de los Meier en Stoder.

En la puerta del comedor se encontró con el camarero. Llevaba una bandeja con una copa gigantesca de helado y sobre el helado había un melocotón. Se dirigió a la mesa de los Meier.

Corrió escalera arriba y luego por el largo corredor hasta llegar a la horrorosa habitación. Sobre el sofá estaba la maleta abierta. Le dio un puntapie y ésta cayó incrustándose entre el sofá y la cama. Se sentó sobre el sofá y apoyó la barbilla sobre la rodilla. Le dolía el cuello y sentía una airosa sensación de alegría. «Si estiro el cuello un centímetro más, se me desgarrarán los músculos del cuello y también se desgarrará

el esófago, la tráquea y la nuca. Entonces moriré. Mi cabeza quedará colgando de las rodillas», pensó.

Susi intentó estirar el cuello el centímetro mortal. Le dolió la nuca y dio un chasquido. Pero no sucedió ningún desastre. Se incorporó, se frotó el cuello con ambas manos y suspiró resignada. No le quedaba otra cosa que acostarse.

Se quitó los pantalones, el suéter y la blusa.

¿Dónde estaba el pijama? En la maleta que estaba en el espacio entre el sofá y la cama. Susi no tenía ganas de buscar el pijama. Se metió desnuda entre las sábanas. La carne se le puso de gallina. Era como si la almohada estuviera hecha de aserrín y el cobertor estuviera mojado. La almohada y el cobertor de Irmí parecían más calientes y más suaves. Extendió el brazo y agarró la almohada. Sí. Eran más suaves. Volvió a estirar el brazo y agarró el cobertor de Irmí. También parecía de algodón mojado, pero dos eran mejor que uno. Se durmió.

Una hora más tarde llegó Irmí. Zarandeó a Susi:

—¡Bestia! ¡Devuélveme el cobertor y la almohada! —Susi se aferró al cobertor y a la almohada, pero Irmí logró arrancárselos de las manos. Susi intentó reconquistar ambos. Comenzó una lucha sorda, pero frenética.

En ese momento se abrió la puerta. La tía abuela miró la habitación.

Tenía puesto un pijama rosa.

—De dos males elegir el menor es el lema del perro de aguas —susurró.

Susi e Irmí dejaron de pelear. Miraron aterradas a la tía Alicia quien las miraba amigablemente. Luego cerró la puerta y las niñas escucharon cómo los pasos de la tía abuela iban perdiéndose a lo lejos.

—¡Sólo eso nos faltaba! —suspiró Irmí.

Irmí sacó el pijama de Susi de entre la cama y el sofá. Susi repartió las almohadas y los cobertores como buena hermana, y apagó la luz.

—¡Que duermas! —dijo Susi.

—¡Si la risa me deja! —murmuró Irmí.

CAPÍTULO X



Susi no durmió bien. Soñó cosas disparatadas. La tía abuela iba y venía en sus sueños y le gritaba refranes al oído. La abuela la perseguía con una red de mariposas y quería cazarla. El señor Meier azuzaba a Don José que mordía a la abuela.

Se despertó de repente y observó que Irmí resoplaba como un caballo. Agarró la punta de la almohada de Irmí, la sacudió con fuerza e Irmí dejó de roncar.

Susi se quedó quieta. Oyó que alguien silbaba contra la ventana. Debía de ser Beni. Sacó una pierna de la cama y recorrió el piso con el pie hasta que éste tocó algo suave de lana. ¡Estupendo! Era su suéter. Extendió de nuevo la

pierna y pescó con la ayuda de los dedos del pie el resto de su ropa.

Se vistió bajo las cobijas y se levantó de la cama. Se arrastró a gatas por el piso y buscó las botas. Encontró una. Luego la otra. Por desgracia eran las botas de Irmí.

—¡Maldita sea! —murmuró Susi. No quería encender la luz pues no quería que Irmí se despertara. Ella no entendería los paseos nocturnos de su hermana. Ahora sólo necesitaba dar con una gorra. A tientas, entre la cama y el sofá, la encontró.

Se caló la gorra raída de Irmí y dejó el cuarto caminando en puntillas. El pasillo y la escalera de pino estaban iluminados. Susi corrió escalera abajo. Llegó a la puerta de El Gamo Verde, pero estaba cerrada. No entendía nada de lo que estaba sucediendo. Beni le había silbado desde la calle. Aunque realmente no tenía ninguna certeza de que hubiera sido él. Fue al comedor. Allí todo estaba apagado. Desde el vestíbulo llegó un débil resplandor al comedor. Las mesas con mantel blanco parecían fantasmas. Caminó entre ellas hasta que llegó a una ventana y apartó las gastadas cortinas. Pero ¡qué mala suerte!, el cerrojo no corrió. No había nada que hacer. Se dirigió a otra ventana. Apartó dos macetas de geranios y una de espino del alféizar. El cerrojo de esa ventana sí abrió.

Calculó la altura desde la ventana a la calle.

Era aproximadamente de un metro setenta. «Podré saltarlo», pensó y se lanzó. La calle frente a El Gamo Verde estaba helada como un espejo. Se sentó en la calle y pensó en todos los moretones que le aparecerían al otro día. Pero, ¿dónde estaba Beni? La calle estaba desierta. Se puso de pie. Se abotonó la chaqueta y se caló la gorra hasta las orejas. Sintió miedo. Quizá no se trataba de Beni. No sabía qué hora era. Una cosa sí sabía: Le fue fácil saltar de la ventana, pero le sería imposible volver a entrar desde la calle. Claro que podría tocar el timbre de El Gamo Verde, pero sólo en un caso extremo. Decidió esperar. Se apoyó sobre la pared y empezó a componer un poema:

*¡En torno a mi nariz la niebla blanca,
mientras la señora sargento duerme en mi cama!*

Beni, ¡ven pronto!

*¡La punta de mi nariz está casi helada
y como hielo mis orejas! Beni, ¡ven pronto!*

*¡La punta de mi nariz está casi helada
y como hielo mis orejas!*

Beni, ¡ven pronto!

Sola estoy aquí, abandonada,

¡Para estos paseos no estoy preparada!

Beni, ¡ven pronto!

Ese murmullo conjurador tuvo éxito. De entre la niebla surgió una figura que silbaba.

—¡Susi! —exclamó Beni— ¿Qué haces aquí?

—Creí que silbabas para que yo saliera.

Beni no le había silbado a Susi sino a Don José.

—Hace una hora que estoy corriendo con él —dijo Beni—. Tiene dolor de barriga pues ayer comió sin parar.

Susi se acordó que el día anterior había comido muy poco.

—Tengo hambre —dijo Susi.

Beni señaló en la niebla hacia alguna parte:

—Allí hay una cafetería que está abierta —le aseguró Beni.

—¿Podemos ir a una cafetería a media noche? —averiguó Susi.

—En primer lugar, podemos —dijo Beni—y, en segundo lugar, no es media noche, sino las cinco y media de la mañana.

—¿Tienes dinero? —preguntó Susi.

Beni dijo que tenía tanto dinero, que por más comida que pidiera, no se le acabaría. En la cafetería hacía un calor reconfortante. Sólo estaba la señorita que atendía. Estaba tejiendo el cuello de un suéter inmenso. «Debe de ser el regalo de Navidad para su novio», se dijo Susi.

—Su novio debe de ser un hombre muy grande —le dijo.

La señorita le contó a Susi muchas cosas sobre su novio. Parecía ser maravilloso.

Susi la escuchaba entusiasmada. Comió un

par de salchichas y tomó tres vasos de jugo de manzana. Entonces entró un hombre en la cafetería. Beni lo conocía. Era el carnicero de Stoder. Pidió una taza doble de café y agregó que el que preparaba su esposa era horrible. Dijo que debía ir a un lugar vecino a entregar medio cerdo. Beni le preguntó si lo podían acompañar.

El carnicero accedió sin dificultad.

—¡En marcha! —dijo.

El lugar vecino estaba bastante lejos. Avanzaban con dificultad debido a la densa niebla.

De repente surgió de entre la niebla una figura que le hizo señas. El carnicero frenó.

—¡Es la señora maestra! —exclamó.

El auto de la maestra estaba atascado en una cuneta. A Susi y a Beni les agradó encontrar una maestra que cometiera errores. Bajaron del auto tras el carnicero.

La pobre maestra estaba desesperada y muerta del frío. Hacía una hora que estaba allí.

El carnicero comenzó la operación de salvamento. Beni le ayudó. Sacaron una gruesa cuerda del auto de reparto. El carnicero sujetó fuertemente la cuerda al auto de la maestra y después a la parte trasera del auto de reparto.

Susi le preguntó a la maestra si tenía permiso de conducir. Todo lo que consiguió fue una mirada severa. El carnicero subió al auto de reparto y arrancó.

—¡Vamos! —gritó.

La cuerda se tensó. Beni le gritó a la maestra consejos útiles a través de la ventanilla. Parecía un estudiante frente a un problema de matemáticas muy difícil.

—¡Vamos, vamos! —rugió el carnicero desde el auto de reparto. El auto de la maestra dio una sacudida pequeña, después otra, y finalmente una grande.

Susi pensó: «¡Ahora se volcará el auto!»

El auto no se volcó. Ahí estaba de nuevo sobre la carretera. El carnicero quitó la cuerda y la maestra le dio las gracias. El carnicero se rió:

—¡No hay de qué, señora maestra! ¡Déle más bien a mi Juanito un diez en matemáticas!

La maestra dijo que por desgracia le tendría que dar nuevamente un seis.

Mientras el carnicero volvió a arrancar, salió el sol y la niebla desapareció.

—En un momento llegamos —informó el carnicero.

En la aldea vecina las tiendas ya estaban abiertas y en las calles había un montón de gente. El carnicero se detuvo frente a la posada y tocó la bocina. El posadero y su hijo salieron y le ayudaron a meter la mitad del cerdo.

—Quédense sentados. En un minuto estoy de vuelta —les dijo a Susi y a Beni.

—¿Qué hora es? —preguntó Susi.

—Las ocho y media pasadas —se burló Beni.

—¡No puede ser! —murmuró Susi. Pensó que la abuela y su madre ya estarían desayunando.

—Ve a buscar al carnicero —le suplicó Susi. Beni no quería.

—Mira, Beni —dijo Susi—. Si llegamos tan tarde todos, se pondrán furiosos y eso atrasará nuestra operación matrimonio.

Al principio Beni no contestó. Después dijo vacilante:

—Mira, Susi, yo creo que de esta operación no va a resultar nada. Yo no sabía que papá le tuviera tanta fobia a tu mamá.

—¿Pero la odia tanto?

—Ayer por la noche me dijo que le da dolor de estómago cada vez que la mira.

Susi se quedó callada. ¿Qué podía decir ante eso?

—Odia a todas las mujeres desde que mi mamá se fue —dijo Beni.

—¿A dónde se fue?

Beni dijo:

—A Francia. Me acuerdo muy bien. En esa época yo lloraba sin parar y le pedía que me llevara con ella.

—¿Y no te llevó?

Beni sonrió irónico:

—¿Qué pregunta tan boba! ¿Acaso estoy allá? Susi asintió.

Beni continuó:

—Y según dicen, ahora tiene tres niños pequeños con el señor con quien se marchó.

—¡Entonces tienes hermanos! —exclamó Susi.

—¡No! —dijo Beni.

A Susi le hubiera gustado seguir hablando sobre los hermanos de Beni, pero en ese momento llegó el carnicero.

—¡Vamos a casa! —dijo.

Faltando diez minutos para las diez, Susi y Beni descendieron del auto del carnicero frente a El Gamo Verde. Susi no quería entrar. La abuela estaría hecha una furia. El señor Meier no quería a mamá. La tía abuela estaría diciendo refranes que no venían a colación, e Irmí tampoco estaría muy amigable.

—¡Adelante! —dijo Beni—. ¡No seas cobarde! Hasta Don José la animó con sus latidos.

En el vestíbulo de El Gamo estaba la posadera. Se alegró:

—¡Ajá! ¡Ahí están los fugitivos!— y se alejó hacia la cocina para prepararles el desayuno.

Irmí salió del comedor.

Susi preguntó:

—¿Pasa algo?

Irmí se burló.

—¿Pasa algo? ¿Pasa algo? ¿Qué crees que pasa?

Beni, Susi e Irmí entraron en el comedor. Estaba vacío. Beni preguntó:

—¿Qué pasa? —se sentó en una mesa—. No tienen por qué preocuparse tanto. Ya no somos unos niños. Podemos ir a dar un paseo sin tener que pedir permiso.

Irmí dijo:

—No tiene nada de malo que te hayas ido con Beni a dar un paseo. Lo más grave sucedió hace un momento.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —preguntaron al tiempo Susi y Beni.

—El señor Meier y nuestra familia llegaron al comedor al mismo tiempo. A la puerta del comedor estaba la posadera. Señaló una mesa grande y dijo que había puesto la mesa para todos, pues era natural que buenos amigos, como lo somos los Meier y nosotros, se sentaran juntos a desayunar. El señor Meier miró desesperado, la abuela movió la cabeza indignada y mamá pestañeó como si estuviera enferma de los nervios. La tía abuela entró de nuevo en trance y gritó amenazadora: «¡Zapatero a tus zapatos!» Pero la posadera no se dio cuenta de nada de eso y siguió charlando. Se volvió a disculpar por nuestra habitación y dijo que hubiera sido más sensato que el señor Meier hubiera reservado tres habitaciones para nosotras.

—¡Maldición! —murmuró Beni.

Susi se metió el índice a la boca y se mordió la uña.

Irmí siguió contando:

—Entonces sí que se formó un lío. El señor Meier comenzó a gritar que jamás, jamás en la vida había reservado habitaciones para nosotras, pues a él no le gustaba cavarse su propia tumba. Y la posadera insistió que él había reservado habitaciones para nosotras telefónicamente y que ella misma le había mandado la confirmación. Dijo que si el querido señor Meier no hubiera reservado las habitaciones, no nos las hubiera dado porque ella no las alquila sino a clientes habituales. Mamá gritó que ella había conseguido las habitaciones a través del señor Pribil. La posadera contestó que ella no conocía a ningún señor Pribil. Entonces la abuela gritó más fuerte que todos: «¡La quiere implicar en una red de mentiras!», y ahora desprecia al señor Meier y a mamá.

—¿Por qué a mamá?

Irmí aclaró:

—Ella cree que mamá se puso de acuerdo con el señor Meier para venir juntos a Stoder. Dijo que mamá era una víbora que ella misma había criado.

—¿Y mi padre? —preguntó Beni preocupado.

—Al principio maldijo suavemente —dijo Irmí—, luego dijo que ya lo había comprendido todo; que todo lo había causado el Brutus que tenía bajo su techo.

—¿El qué? —preguntó Susi.

Beni se veía muy infeliz. Explicó:

—Se refiere a mí. Brutus fue el que apuñaló a su padre, al César.

Irmí prosiguió:

—Los nervios de la tía abuela no resistieron el griterío. Sufrió un ataque de refranes. Corrió de un lado a otro del comedor, gritando: «¡El hacha en casa perdona al carpintero! El hacha en casa...» No hubo manera de calmarla. Mamá la arrastró a la habitación. En este momento la abuela le está poniendo compresas de agua fría en la cabeza.

La posadera le trajo el desayuno a Susi y a Beni y le preguntó a Irmí cómo seguía la tía abuela.

—Hoy no importa. Casi no hay ningún huésped, pero mañana llegará mucha gente y sería inconveniente que la señora anduviera por ahí diciendo cosas tan cómicas. Eso me estropearía la marcha normal del negocio —dijo la posadera.

El señor Meier llegó en ese momento a la puerta del comedor. No tenía cara de buenos amigos. Quería que Beni lo acompañara a la habitación. Tenía que «hablar unas palabritas con él». Beni contestó que iba a desayunar primero. El señor Meier se acercó a la mesa y dijo que en esos momentos desayunar era lo menos importante. Beni se puso de pie, vacilante. En ese preciso instante irrumpió una bola enorme de color rosa: la abuela. Gritó que el señor Meier

no tenía por qué hablar con sus nietas y que eso ella no lo permitiría. Lo llamó sirvengüenza y le dijo que había llevado a la tía Alicia a un ataque de nervios.

Mientras gritaba, la abuela miró fijamente al señor Meier a la cara y golpeó con el pie izquierdo el suelo. Infortunadamente, allí descansaba la cola de Don José, que lanzó un ladrido lastimero, metió el rabo entre las piernas, dio un salto y mordió a la abuela en la pantorrilla. Aunque ya no tenía muchos dientes, la media de la abuela se tiñó de rojo.

—¡Dios mío, Dios mío! —gimió la posadera—. ¡Pero si él es siempre un perrito tan cariñoso!

Don José se metió de nuevo bajo la mesa.

—No pudo evitarlo —exclamó Beni—. La vieja lo pisó.

La abuela se miró la pierna. La media azul cielo se volvía cada vez más roja.

—¡Señor Meier, nos veremos de nuevo ante los tribunales! —dijo jadeando, y salió cojeando del comedor.

Beni tomó a Don José de debajo de la mesa y miró si tenía la cola partida. Parecía estar bien.

El señor Meier dijo:

—Hijo, fuiste una oveja descarriada, pero te perdono. Ahora ven porque nos vamos inmediatamente.

—¡Pero, papá! —exclamó Beni.

—¡Pero, señor Meier! —le dijo la posadera—. ¡Sea razonable!

El señor Meier aclaró que él era muy razonable, y que por eso mismo no quería, en esa noche sagrada, convertirse en el asesino de la abuela. Quería algo de paz. Pagaría el cuarto hasta el 3 de enero porque la posadera no tenía la culpa. Entonces tomó a su hijo por los hombros y salió con él del comedor. La posadera fue tras ellos y murmuró algo apaciguador, que no apaciguó a nadie.

Irmi se apoderó del desayuno que había dejado Beni y comió satisfecha.

Las dos niñas no tenían ganas de ir a la habitación, y mucho menos de ir a la habitación de mamá o a la de la abuela. Tampoco tenían ganas de dar un paseo, porque querían seguir de cerca el desarrollo de los acontecimientos. Decidieron quedarse en el comedor. La posadera las proveyó tanto de galletas y jugo de manzana como de noticias.

—¡Dios mío, como tiene de alterados los nervios la gente de la ciudad! —dijo—. Pero un perro tan manso como el de los Meier no puede morder mucho. ¡Yo no entiendo por qué la señora armó semejante griterío por tan poco! He tenido que llamar por teléfono al doctor para que viniera a examinarle la pantorrilla.

Luego dijo:

—¡Qué lástima! El señor Meier se va de ver-

dad. Ya me pagó la cuenta. Las maletas están a la salida. ¡Y el pobre muchachito! Está tristísimo.

Después continuó:

—Acaba de llegar el doctor. Lo llevé a la habitación de la señora. Ojalá no diga que el bueno del perrito de los Meier está rabioso.

Susi preguntó:

—¿Y qué sucede si Don José está rabioso?

La posadera de El Gamo no sabía con certeza, pero sería terrible tanto para la abuela como para Don José.

—¡Al fin! Acaba de irse el doctor —dijo la posadera—. Se ha despedido de mí y dijo: «Señora posadera, lo del mordisco del perro es un chiste. La señora no tiene sino un rasguño en la piel, y para algo así no es necesario llamar a un médico. ¡Cómo si uno no tuviera nada más que hacer!»

La posadera les sirvió más jugo de manzana y más galletas de almendras.

—El doctor dijo que la otra señora, la hermana de la señora abuela tenía los nervios totalmente alborotados. «Ella sí es un caso para tener en cuenta», dijo, pero él, como médico rural, no quiso entrometerse en un asunto que le concierne a un especialista.

La posadera dijo que tenía que ocuparse del almuerzo. No tenía más tiempo para traer noti-

cias. Tenía que pelar papas, limpiar las zanahorias y adobar la carne.

—¿Podríamos ayudarle a pelar las papas? —preguntó Susi—. No se nos ocurre nada más.

La posadera dijo que dos ayudantes le vendrían bien, pero opinó que afuera brillaba el sol y que la nieve estaba preciosa. Les dijo que detrás de la casa podrían montar en trineo y que en la parroquia había un bautizo.

Susi e Irmi prefirieron pelar papas y siguieron a la posadera a la cocina. Pelaron tres kilos de papas, limpiaron dos kilos de zanahorias, picaron un kilo de col y cortaron ocho apios en pequeñas rodajas. La posadera alabó mucho su trabajo y les dijo que le gustaría tener dos hijas tan amables y buenas, y les contó acerca de su hijo que vivía en Insbruck y estudiaba medicina. Ese día llegaría a casa y se quedaría con ella hasta el día de los Reyes Magos. En ese momento llegó un empleado.

—Señora posadera, la dama de azul cielo, la que fue atacada por el perro de los Meier, está afuera pidiendo la cuenta, pues quiere cuidar a su hermana y cuidarse a sí misma en su propia casa.

Irmi dejó caer el cuchillo y Susi se cortó el meñique. La posadera se limpió las manos en un paño de cocina y dijo:

—Díle que enseguida le mando la cuenta.

La posadera se sentó en la mesa de la cocina

y sacó las gafas y una libreta de cuentas del cajón.

—¡Cielos! —dijo—. Pero si acaban de llegar —y añadió entre dientes—: ¡Así es mejor!

—¿Podremos ocupar la habitación de la abuela? —preguntó Susi. La posadera dijo que sí. Se puso de pie y salió de la cocina llevando la cuenta de la abuela. Susi susurró:

—¡Qué bueno, Irmí! ¡Todo ha vuelto a la normalidad! Tendremos nuestra habitación y nos quedaremos solas con mamá.

Irmí contestó también susurrando:

—No creo. A nosotras nunca nos sale nada bien. Algún problema surgirá.

En el vestíbulo, ante la cocina, cayeron con estrépito las maletas. Se oyó la voz de la abuela:

—¡Oiga, no sea usted tan brusco! En la caja va mi árbol de Navidad. ¡Tenga cuidado!

Entonces se oyó la voz del empleado:

—Vienen por un solo día y traen un equipaje como para quedarse tres años.

Susi e Irmí regresaron de puntillas a la cocina y miraron el desarrollo de los acontecimientos a través de la ranura de la puerta.

No querían dejarse ver de la abuela, aunque ésta no parecía tener tiempo para sus nietas. Tenía que contar las maletas, las bolsas y las cajas e impartir órdenes al empleado que re-songaba todo el tiempo. Entre una cosa y otra, se tocaba constantemente la pierna que tenía una

venda abultada. En este momento bajó la tía abuela por la escalera de pino. Venía enfundada en su uniforme rosa. Sus ojos agua gris del Danubio brillaban como en un ensueño.

Sonrió misteriosamente y dijo:

—Nos vamos a casa. ¡Ése es el huevo de Colón!— se acercó a la abuela, la tocó en el hombro y dijo—: ¡Ése es el huevo de Colón, Henrieta! ¡Nos vamos a casa!

La abuela apartó sus ojos de las cajas y bolsas, miró a su hermana y le ordenó:

—¡Compórtate, Alicia! ¡Sal de aquí y siéntate en el auto!

La tía abuela abandonó obediente El Gamo Verde. Susi e Irmí dejaron su puesto de observación y corrieron a la ventana. Desde allí se veía la calle. En ese preciso momento, subió la abuela al auto.

—¡Oye, se van de verdad! —exclamó Irmí. Hasta este momento no lo había podido creer. Abrazó a Susi emocionada. El auto de la abuela arrancó y Susi suspiró aliviada.



De repente Susi dejó de bailar y el terror se dibujó en sus facciones.

—¿Dónde está mamá? ¿Por qué razón no está aquí?

Irmi también se aterrorizó.

—¡Vamos a su habitación!

Susi salió de la cocina tras Irmí. Subieron corriendo la escalera de pino.

Irmi murmuró:

—Ya decía yo que las cosas no podían salirnos bien. A nosotras nunca nos va bien. Nunca. Con toda seguridad mamá estará furiosa con nosotras. De no ser así, ya hubiera bajado.

Susi aclaró:

—Contigo no puede estar enfadada pues tú no has hecho nada ni tienes la culpa de nada.

Irmi murmuró:

—¡Por favor, cuéntaselo todo!

Irmi golpeó a la puerta número 12. Hubo un silencio sepulcral. Irmi preguntó:

—¿Mamá? ¿Mamá? ¿Estás aquí?

Nadie respondió. Irmi giró el picaporte y la puerta se abrió. Sobre la cama estaba mamá. Estaba boca arriba y miraba con los ojos desorbitados hacia el techo. Lloraba. Debía de haber llorado por mucho tiempo. Su cabello estaba mojado y la almohada empapada. Tenía la nariz hinchada y roja como un tomate.

Susi se acercó a la cama. La tiró de la manga y dijo:

—Mamá, ¿qué te pasa?

Mamá comenzó a temblar. Era un espectáculo terrible. Lloraba a mares. Susi e Irmi no sabían qué hacer. Susi estaba confundida. Esperaba por lo menos un regaño. Gritos, incluso. ¿Pero por qué sólo lloriqueaba así? Susi no tenía la culpa de que el señor Meier hubiera dicho eso de su mamá: «Eternamente gorda, eternamente lloriqueando, eternamente ofendida». Le rogó:

—¡No más, mamá! ¡Ya no más! —pero mamá continuó igual. El temblor era cada vez mayor y le corrían copiosas lágrimas.

Susi recordó que en una ocasión Irmi tuvo un acceso parecido cuando se murió el gato ante-

rior al gato Felipe. Mamá desvistió a Irmi, la cubrió con una cobija y le sonó la nariz. Después le puso una compresa empapada sobre la frente. La acarició y le susurró al oído: «Tesoro, todo va a estar bien, todo va a estar bien, tesoro mío». ¿No podría ella hacer lo mismo con mamá?

Fue al lavabo, abrió el grifo y mojó una toalla con agua fría. Tomó la toalla goteando y se la puso en la cara. Mamá tembló un instante más y luego se calmó. Comenzó a sollozar. Se quejó con una voz ronca y era como si aullara. Dijo que nadie la amaba, que nadie la quería y que todos la odiaban. Agregó que eso no era sorprendente, pues al fin y al cabo ella no valía nada. Dijo que era gorda, fea y, además, tonta, y que hacía a sus seres queridos desgraciados. Incluso a sus propias hijas a quienes tanto quería.

Irmi intentó interrumpir a mamá y exclamó:

—Mamá, ¡eso no es verdad! Tú eres la única que piensa eso.

Mamá sollozó y habló con voz lastimera. Dijo que la tía abuela se había enloquecido por su culpa, que la abuela no quería volver a oír hablar de ella, que su hermana pronto se casaría, que sus propias hijas la despreciaban, que el hombre a quien amaba la había abandonado e incluso el vecino rehusaba compartir con ella una habitación en el mismo corredor.

Susi le quitó la toalla húmeda de la cara, la volvió a empapar de agua fría y se la puso de

nuevo en el rostro. Mamá se había tranquilizado un poco. Se tendió en la cama plácidamente y no lloró más.

Susi le quitó los zapatos, sacó el cobertor, y con la ayuda de Irmí la arropó. Corrió los visillos de la ventana y el cuarto quedó en la penumbra. Susi e Irmí se sentaron a los pies de la cama. Esperaron. Pasado un minuto se convencieron de que mamá estaba dormida. Salieron en puntillas de la habitación y se sentaron en el escalón superior de la escalera de pino. Suspiraron aliviadas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Susi.

Irmí tenía los ojos cerrados y se mordía las uñas. Decía que cerrar los ojos le ayudaba a pensar. Cuando estaba nerviosa, se mordía las uñas.

—¿Estás pensando en algo interesante? —preguntó Susi.

—¡Cállate un momento! ¡Silencio! —murmuró Irmí.

Irmí pensó un buen rato. Por fin se sacó los dedos de la boca y abrió los ojos.

—Bajemos —dijo Irmí—. Tengo que hacer una llamada telefónica.

—¿Vas a llamar al doctor? —preguntó Susi.

Irmí sacudió la cabeza negativamente.

—¿A quién vas a llamar?

Irmí no contestó. Bajaron la escalera y llegaron a la cocina de la posada. Allí estaba el teléfono. La posadera no estaba en la cocina.

—¿Cuál es el código de Viena? —preguntó Irmí. Susi no lo sabía. Por fortuna detrás del teléfono había un cartón sujeto a la pared con un clavo. Allí estaba el número del carnicero, del doctor, de la policía y el código de Viena.

—Ahora sólo pido que esté en casa —dijo Irmí al marcar el número.

—¿Quién? —preguntó Susi.

—Papá, naturalmente —susurró Irmí.

A Susi le pareció una eternidad el tiempo que Irmí tardó en marcar.

—Está repicando —dijo Irmí con un hilo de voz.

Susi reflexionó:

«Si papá está tumbado en el sofá y el gato Felipe está en su barriga, entonces primero quita el gato de encima y se levanta. Ahora busca su pantufla izquierda. Ya la tiene. Ahora da el primer paso...»

Pero papá era más rápido de lo que Susi pensaba:

—Papá, hablas con Irmí. Susi está aquí a mi lado.

Susi se pegó a Irmí, pero no pudo oír nada de lo que decía papá. Sólo oyó lo que dijo Irmí:

—Sí, sí estamos en Stoder. Pero sólo mamá, Susi y yo. A la abuela la mordió el perro de los Meier, la tía abuela se puso como una cabra... ¡No, no, no en Viena! El perro de los Meier estaba aquí, porque Susi quería que mamá se

casara con el señor Meier, pero cuando éste se dio cuenta, no, el perro no, el señor Meier, se marchó. La abuela también se marchó porque la mordió el perro y se enojó con mamá. Mamá está tirada en la cama. Tiembla y solloza porque cree que nadie la quiere. Bueno, ahora ya no llora más, porque está dormida.

Irmi dejó de hablar y escuchó. Movi6 la cabeza asintiendo.

Colgó el auricular y miró a Susi con una sonrisa burlona.

—Ha dicho que va a conducir su auto como lo hacen los bomberos —dijo.

—¿Y a dónde va a ir?

—Viene para acá, tonta —se rió Irmi.

—¿Y qué va a hacer aquí? —preguntó Susi.

—Dijo que lo va a arreglar todo —anunció Irmi.

¿Cuánto se tardaba de Viena a Stoder? Susi e Irmi se sentaron en el comedor y trataron de contestar esta pregunta, pero no era fácil. ¿Habría muchos autos en la carretera? ¿Tomaría café en el camino? ¿Vendría en el Renault o le pediría prestado al tío Johnny el Alfa Romeo? ¿Estaría buscando una corbata por toda la casa?

En conclusión:

Si la autopista estaba llena de autos, si en cercanías de Weiler había un accidente leve que bloqueara la carretera, si papá tomaba café, si el

camarero no se lo traía enseguida, si venía en el Renault que no pasaba de 140 por hora y si se ponía a buscar la corbata roja, entonces necesitaría casi seis horas. Estaría llegando más o menos a las cinco de la tarde.

Si papá no buscaba nada, no tomaba café, venía en el Alfa Romeo, no había autos por el camino, lo cual era posible porque era Nochebuena, entonces sólo tardaría tres horas. Podía estar llegando a las dos de la tarde.

La posadera de El Gamo les trajo el almuerzo y les preguntó por mamá. Irmi dijo que estaba dormida.

—Es natural —opinó la posadera—. ¡Después de tantos sobresaltos!

La posadera también estaba nerviosa. Estaba esperando a su hijo. Llegaría de un momento a otro. Temía un poco por él, porque conducía como un loco.

Después del almuerzo les enseñó los regalos de Navidad para su hijo. ¡Vaya si iba a recibir regalos! Un equipo de sonido, un abrigo de piel, una billetera con mucho dinero dentro, una torre de discos, suéteres, camisas, libros, una gorra de piel con cola de zorro, una cámara fotográfica y un minirrefrigerador en el que se podía poner a enfriar una botella de whisky.

Claro que esos regalos no se los había elegido ella misma sino un amigo de su hijo. La posadera dijo que ella no quería equivocarse. Tenía

un árbol de Navidad grande y hermoso, lleno de alfajores, estrellas, nueces doradas y manzanas rojas.

—¡Dios, mío! Tiene que haber árbol. Desde que era niño tiene que tener árbol. Si no hay árbol no viene a casa —dijo.

Susi envidiaba un poco al hijo de la posadera. No por la montaña de regalos sino por el árbol de Navidad. ¡Y también por la posadera!

—No te quedes mirando así como embobada —susurró Irmí—. Vamos a despertar a mamá. Ya es más de la una.

—¡Déjala que duerma! —opinó Susi—. Podemos despertarla cuando papá haya llegado.

—De ningún modo —explicó Irmí. Mamá tiene que arreglarse para que se vea bien.

—¿Y cómo tendrá que verse?

—Pues linda, para que le guste a papá.

Por fin Susi entendió lo que Irmí estaba planeando. Pensaba que papá lo iba a arreglar todo.

—¡Mamá ya no quiere a papá! —dijo Susi.

—¡Cómo puedes creer eso! —exclamó Irmí.

—¡Pero si ella lo ha dicho!

—¿Y eso qué? Uno a veces dice lo contrario de lo que piensa.

Susi sacudió de nuevo la cabeza:

—¡Papá ya no quiere a mamá!

—¿Te lo ha dicho él?

—¡No! —exclamó Susi—. Pero uno también puede pensar algo y no decirlo.

—Yo creo —dijo Irmí levantando el índice como si estuviera haciendo un conjuro— que mamá aún quiere a papá y que papá aún quiere a mamá. Además uno puede vivir junto a otra persona sin quererla. El respeto es suficiente.

—¿Qué? —preguntó Susi.

—Eso lo he leído en el periódico, en la columna «Consuelo y Consejo» —dijo Irmí.

—¿Ah, sí? —murmuró Susi.

Entraron en la habitación de mamá sin llamar a la puerta. Mamá ya no dormía, pero aún estaba acostada. Estaba pálida. Sus párpados estaban pesados y le caían como dos orugas gordas sobre un par de ojos inyectados de sangre. Tenía la nariz hinchada y roja.

«Así no le gustará a papá, garantizado», pensó Susi.

—¿Y ahora qué quieren? —preguntó mamá desconsoladamente. Los brazos le caían sin fuerza, como muertos, a ambos lados de la cama. Susi pensó:

«No quiero ser injusta con ella, pero creo que ha recuperado su voz de actriz de cine». Y dijo:

—Papá va a venir. Ya está en camino, viene rápido como los bomberos.

Mamá se incorporó. Su voz ya no sonaba apagada y sin color. Perdió el timbre de actriz trágica y exclamó:

—¿Quién? ¿Papá? ¿Viene aquí? ¿Cómo?
¿Cuándo? ¿Por qué?

Irmí contestó:

—Viene porque yo lo llamé, porque las cosas no pueden seguir así, y porque no es cierto que a ti nadie te quiera.

Mamá se levantó de la cama de un salto y corrió al espejo, casi gritando:

—¡Diablos! ¡Miren cómo me veo!

Abrió el grifo, y comenzó a rociarse agua sobre el rostro.

—¡Cielos! ¡Y mi pelo! ¡Ya no tengo peinado! ¡Sácame el pantalón negro de la maleta! ¡Y el suéter acolchado! —le dijo a Irmí.

Irmí sacó el pantalón negro de la maleta.

—Te has quedado sin saliva en la boca —dijo Susi entre dientes. Contempló la escena sobresaltada. Mamá dejó de echarse agua fría en la cara. Corrió por todo el cuarto. Sacó otro suéter de la maleta y gritó:

—¡Ése tampoco me queda bien! —lo tiró en la cama y sacó otro que volvió a tirar sobre la cama. Después buscó unas medias y se quitó la ropa que tenía puesta.

Irmí corría de un lado para otro como una perdiz.

—¡Ponte una sombra lila! ¿Has traído el broche de rubí? ¡Ponte la falda acampanada! —caca-reó.

Irmí tomó la falda acampanada y después la

colgó porque algo se le había metido en la cremallera y ni subía ni bajaba. Mamá gritó asustada.

—¡Está trabada!

No se había puesto nada arriba, pues no había decidido qué blusa ponerse. Ante cada oreja se balanceaba un rulo para que se le sacara el pelo, aún mojado por las lágrimas. Lo más extraño eran los ojos de mamá. Uno estaba como siempre, aunque un poco hinchado. El otro tenía una gruesa raya azul y mucha sombra lila. Antes de que mamá se pusiera la sombra en el otro ojo y encontrara el zapato, se abrió la puerta de la habitación. Era papá. Se quedó asombrado mirando a mamá. Irmí suspiró asustada.

¡Llegó como los bomberos!

Papá siguió mirando fijamente a mamá. Dio un paso hacia adelante. Cerró la puerta tras de sí y siguió mirando. De repente rompió a reír a carcajadas. Ya no podía detenerse. Le caían lágrimas por las mejillas.

—¡No te rías! —gritó mamá.

—¡No me estoy riendo! Ja, ja, yo no me río. ¡No me voy a reír! ¡Ji, ji! —papá se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y contuvo una risa sofocada.

—Si te sigues riendo te doy una... —dijo mamá, pero no sonó convencida.

Papá se le acercó, esforzándose por contener otro ataque de risa. Tomó los dos rulos y se los

quitó. Se agachó y le quitó el zapato de tacón alto del pie.

—Creo que viene otro —dijo riéndose—. Pero tienes que calmarte.

Mamá lanzó un grito agudo y corto, y se tapó con las manos su pecho desnudo.

—¡Eres tan ruin! —susurró y le comenzó a pegar en el pecho. Papá le dio palmaditas suaves en la espalda desnuda y susurró:

—Sí, sí, es verdad.

Irmi le dijo a Susi en voz baja:

—¡Ven, vamos!

Susi le susurró:

—¡Ni lo pienses! Ahora que están en lo mejor, me quedo.

Irmi no escuchó a su hermana, y la sacó del cuarto.

—Tenemos que quedarnos porque de pronto vuelven a cometer algún error y todo se estropea —dijo Susi.

—No cometerán ningún error. Nada volverá a salir mal —le aseguró Irmi, mientras la jaló enérgicamente de la manga.

Susi e Irmi llevaban sentadas una hora ante la puerta número 12.

—¡Obra mía! —dijo Irmi.

Susi contestó:

—Es cierto. Obra tuya.

Después de media hora más, ambas decidie-

ron que la amorosa pareja no debía prolongar más su reconciliación. Susi golpeó a la puerta suavemente. Mamá salió del cuarto. Se había peinado y tenía sombra lila en ambos ojos. La cremallera ya no estaba trabada. Y ahora, naturalmente, llevaba una blusa en la parte superior. Dijo que papá dormía un poco porque estaba muy cansado del viaje.

Se sentó junto a Susi e Irmi en el suelo y les dijo que tenía un problema grave:

—¿Otra vez? —exclamó Irmi asustada.

—No, no de esos —dijo mamá.

El problema era de otro tipo: papá salió tan a la carrera que no trajo ni pijama, ni cepillo para los dientes, ni una sola camisa. Además tenía una media azul y una roja, y no sabía si había dejado cerrada la puerta de la casa.

Lo más terrible era que con la prisa se había olvidado de llevar al gato Felipe a casa de la administradora, y el pobre gato estaría solo en la casa y no habría nadie para alimentarlo.

—En consecuencia —dijo mamá—, tendremos que regresar rápido a casa.

Susi asintió y repitió:

—En consecuencia, debemos regresar rápido a casa.

Las palabras «a casa» se le fundieron en la boca como helado de frambuesa.

—¿Y cuál es el problema terrible? —le preguntó Susi.

—Que tendremos que salir por la noche a casa, y no podremos celebrar la Navidad.

Entonces Susi e Irmí comenzaron a reírse. Se rieron tan alto que papá se despertó y salió a tropezones con una media roja y otra azul.

—¿Te hemos despertado? —dijo mamá preocupada.

—Me siento como nuevo —dijo papá—. ¿Podemos partir ya?

—Antes tienes que pagar la cuenta, Fred —dijo mamá.